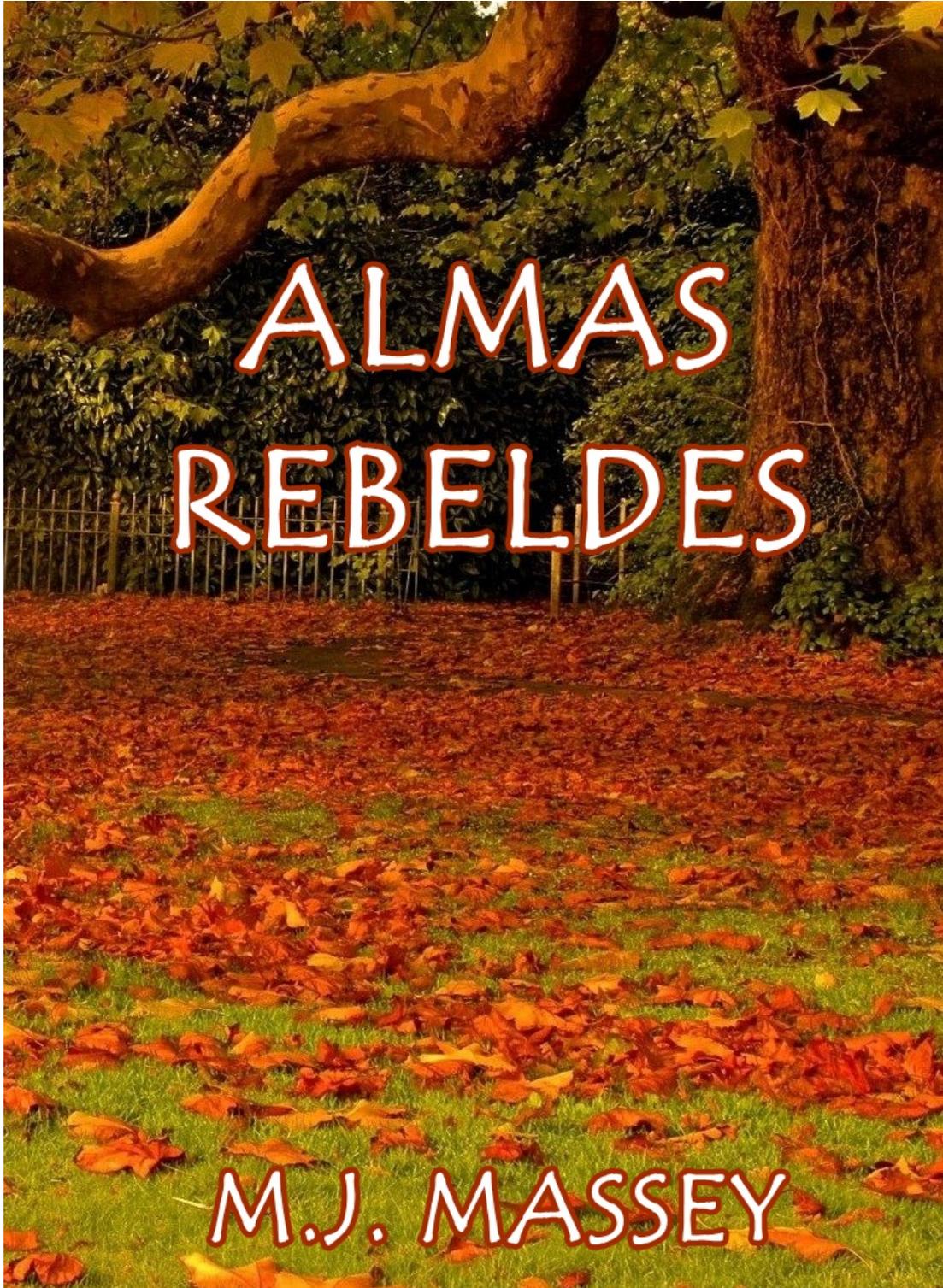
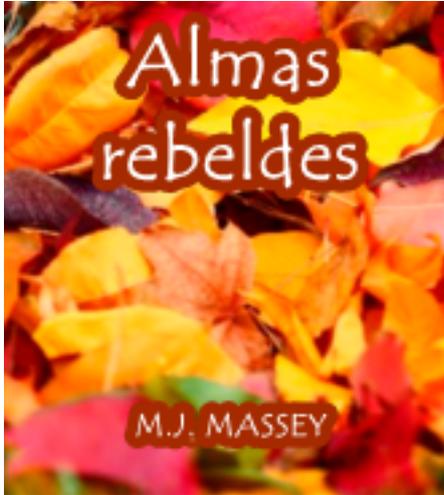


Almas rebeldes

MariaJe Bailón



Capítulo 1



M. J. Massey (nacida en 1991), empezó a escribir a la temprana edad de trece años inspirada por la que, en aquellos entonces, era su autora preferida. Fue a esa edad cuando descubrió su vocación como escritora, y es que su sueño es, no solo compartir sus ideas, sino que la gente se divierta con ellas.

Gracias a los años que pasó en la carrera de magisterio, descubrió que lo suyo era escribir y enseñar mediante cuentos. A los diecinueve años había terminado ya cinco novelas; a los veinte, cuando cursó su primer máster, creó un blog gracias al cual aún continúa aprendiendo de los gustos de sus lectores; hoy en día, cuenta con una gran cantidad de seguidores en Instagram y un canal de YouTube.

En 2012 ganó un concurso organizado por «El Circo de los Horrores», mediante un relato de terror. Y el 18 de septiembre de este mismo año, su relato «Un origen legendario», fue publicado en la página «Forummontefrío».

«Almas rebeldes» fue su primera novela romántica-erótica, escrita en 2013.

En 2016 publicó «Volverse a enamorar» el primer libro de una saga romántica, erótica, con un toque de fantasía, el cual recibió más de seiscientos descargas en el primer mes de venta.

Instagram: Idmariaje.

Twitter: @MariajeMassey.

Snapchat: m.jmassey.

Todos los derechos de autor reservados.

Capítulo 2

PRÓLOGO.

Ni siquiera tenía dieciocho años la primera vez que lo vi, sin embargo, sentí una conexión tan poderosa e inmediata que no pude negar que a partir de ahí mi vida cambiaría.

Me encontraba en una plaza de Granada, solitaria y pintada de marrón. Digo pintada de marrón porque el otoño hacía que las hojas de los árboles cayeran balanceándose muertas, dejando sitio a unas nuevas que aflorarían en primavera. El suelo, antes blanco repleto de excrementos de pájaro, era ahora una preciosa alfombra de hojas naranjas y amarillas. Unas hojas que desprendían un olor penetrante, fresco y mojado por las lluvias de los últimos días.

Ains, si es que hablando así se notaba que era una tía profunda que disfrutaba con las pequeñas cosas de la vida, ¿verdad? Pues sí, así era: una chica alegre con mucho mundo interior. Una chica con misterios a la que iréis conociendo conforme avance la historia.

El caso es que en ese momento yo iba vestida con un elegante chaquetón marrón claro que me llegaba por encima de la rodilla. Ese chaquetón era uno de mis preferidos, ya que, aparte de ser muy bonito, por dentro lucía un precioso manto de pelo blanco que lo hacía súper calentito. También llevaba unas botas a juego y un sombrero que les iba bastante bien. De hecho, la gente podría pensar que las tres prendas se habían vendido como un conjunto (¡qué le vamos a hacer! ¡Yo y mi sentido de la moda!). Bajo el abrigo, mis piernas se intuían tras unos vaqueros claros que se ajustaban perfectamente a mi figura, tanto como si los hubiesen pintado sobre mí. Además de todo eso y acompañando a mi look dulce aparte de elegante, protegía mis manos del frío gracias a unos guantes de lana blancos: la armadura perfecta para sostener un oloroso chocolate caliente recién comprado sin achicharrarme la piel.

Fue en la pastelería donde lo compré donde vi al acosador que no me quitaba ojo de encima, cosa que me empezaba a preocupar seriamente.

Yo estaba en la barra con una de mis mejores amigas mientras tomaba un delicioso trozo de tarta de queso con frambuesa; mi favorita. En una de las esquinas del negocio, un hombre moreno y alto, unos seis años mayor que yo, me observaba con detenimiento. No, no le vi los ojos. Sí, sabía que me miraba porque mi alerta se activó haciéndome ser dolorosamente consciente de su escrutinio. Fue una de esas miradas que

arden en tu piel. Una vista clavada en mi rostro.

Ni siquiera le di importancia. En un principio pensé que sería uno de esos veinteañeros salidos que se fijan en las menores ignorantes de varias experiencias de la vida. Mira que nunca me las he dado de egocéntrica o creída aunque quizás os lo parezca por lo que diré ahora...: Yo no me veía fea. Tampoco me miraba al espejo y veía a Aflorita hecha carne, pero fea, lo que se dice fea, no era. Me definiría como una chica del montón alto (para que lo entendáis; normal tirando para guapa), así que entendía que le hubiera llamado la atención. Por eso me acabé el trozo de pastel, dejé el platito sobre la vitrina y pagué antes de salir con mi amiga María por la puerta.

La segunda vez que lo vi pensé que sería una casualidad tonta. Fue cerca de mi casa, andando a pocos pasos de mí, con las manos metidas en los bolsillos. Yo empuñaba un paraguas color morado con cuadrados blancos que repelían las gotas de lluvia al caer. Estas provocaban un ruidito relajante que me impulsó a correr para llegar cuanto antes a casa, enterrarme en las enaguas de la mesa, junto al brasero, y ponerme a leer un buen libro de Jane Austen. Si es que estaba hecha toda una romántica... Encima el agua calaba por mis botas iy no me digáis que no es incómodo que se te mojen los calcetines dentro del calzado!

La tercera vez empecé a pensar que su obsesión era intencionada. Y no se vosotros pero, a mí, cuando un hombre varios años mayor que yo me persigue, tiendo a desconfiar y a volverme algo paranoica. Si no se lo conté a nadie fue para no asustar a más gente de la que debiera.

Por desgracia no se quedó en una tercera vez: hubo una cuarta, una quinta y una sexta. Y todas las veces el hombre disimulaba cuando yo lo miraba. ¡Le faltaba darse la vuelta chiflando, así, como si nada! ¡Para colmo, aún no había visto sus ojos! No vislumbraba en mi mente el rostro completo del acosador, lo que me hacía temer más (que ya es decir). Lo único que podía pensar era que ese hombre tenía malas intenciones. La televisión no ayudaba mucho a relajar mis nervios de punta: veía el telediario todos los días, el cual me daba unas ganas de vivir que para qué (nótese la ironía). Que si la trata de blancas, que si el tráfico de órganos, que si las violaciones, que si los maltratos... En fin, ya sabéis, esas cosas preciosas que se cuentan de la vida, ejem...

Cada vez que veía una noticia de una adolescente desaparecida, me acojonaba. Vamos, que hasta se me quitaba el hambre y tenía que fingir que comía para que mis padres no se dieran cuenta de que mi vida olía a chamusquina ese último mes. Ya me daba hasta miedo ir sola por la

calle.

Justo en eso iba pensando: en mi vida patas arriba, en que la plaza estaba desierta, en que nadie impediría mi secuestro a no ser que existieran los milagros y que tenía que solucionar aquello cuanto antes. Vivir con miedo no era una forma de vida: era una forma de tortura. ¡Y yo no era de las que se escondían de nadie! Si tenía que denunciar cuando llegara a casa, lo haría. No quería ser víctima de un asesino en serie que se te acerca por detrás con cloroformo y te lleva lejos, donde nadie puede encontrarte.

Un escalofrío recorrió mi espalda.

Joder..., si es que parecía imbécil pensando esas cosas. ¿No era yo la chica dura que intentaba tranquilizarse en los momentos más difíciles? ¡Lo de ahogarme en un vaso de agua no era mi estilo!

Acerqué el chocolate caliente a mi nariz aspirando su aroma.

—Qué bien —murmuré para mí.

De pronto, justo cuando levanté la mirada, alguien alto hizo que chocara contra su pecho y cayera de culo hacia atrás desparramando por el suelo el líquido del vaso de cartón. Un calambre me atravesó el coxis hacia la columna vertebral igual que una flecha. Me incorporé maldiciendo a todos los demonios del infierno, restregando mi trasero con la mano, con cara de dolor.

Bufé.

—Perdona. —Escuché una voz grave, educada—. ¿Estás bien? Hoy estoy muy torpe...

Levanté mi vista hacia una mano musculosa y gruesa, y, después, la elevé hacia unos preciosos ojos castaños. Unos ojos brillantes que me encogieron el corazón e hicieron aflorar de mí un grito que murió en mis labios: Él era el acosador de todos los días. Ese que tanto me aterraba y que, de repente, me encantaba.

Capítulo 3

ALÍM: ENCUÉNTRAME.

Sabía que estaba asustando a la pobre muchacha, por eso decidí presentarme ante ella ese día de otoño, en un escenario tan... podríamos decir romántico y especial.

Pobrecita, tras verme por séptima vez la muchacha debía de estar aterrada. Quizás había cometido un error. ¡Qué cara puso cuando me vio frente a ella! ¡Creí que le iba a dar un infarto! Yo no podía decir lo mismo porque sentí una felicidad en mi interior que me provocó un temblor tremendo por todo el cuerpo.

Tras haberla visto en la pastelería me quedé prendado de ella al instante; sus ojos grandes, verdes en el sol y castaños en la sombra, su cuerpo delgado y su sonrisa blanca y perlada que iluminaba toda la habitación, eran rasgos de diosa. Cuando nuestras miradas se cruzaron todo mi cuerpo se encogió y supe que mi vida cambiaría a partir de ese momento porque nunca había sentido nada igual.

—Yo... lo siento. ¡En serio! No estaba prestando atención al camino.

«Vamos, cógeme la mano. No te quedes ahí mirando con esa cara de miedo. »

—No importa —respondió ella. Su voz estalló en mis oídos como el canto de un ruiseñor—. Yo también iba pensando en mis cosas y me asusté.

Apartó su mirada de mis ojos y se quitó un guante blanco para recoger el vaso de chocolate caliente; de esa forma no se mancharía. Luego su rostro cambió a fastidio y, con la mano aún enguantada, me cogió la mía y la ayudé a levantarse. Deseé que no hubiese llevado guantes para poder rozar su piel en vez de la lana blanca. Seguro que sería suave, cálida..., deliciosa.

—¿Quieres que te compre otro chocolate? De verdad, no me cuesta trabajo y sé cuál es la pastelería que te gusta.

—Hmmmm —comentó mientras en su rostro se reflejaba un expresión de indecisión. Se movía nerviosa sin parar de pestañear para evitar mi vista clavada en ella—. Claro, porque tú conoces todos los lugares a los que voy. ¿Verdad?

—¿Yo? —respondí con una sonrisa—. No me digas que te he asustado.

—¡Pues claro! ¿Acaso lo dudabas? No sé cómo te llamas, ni qué edad tienes. No sé nada de ti y no se te ocurre otra cosa que perseguirme por todos los lugares que frecuento. Sigo preguntándome si eres un psicópata. ¡En realidad no sé lo que hago hablando contigo!

—Si estamos manteniendo esta conversación es porque quieres. Y bueno, supongo que querrás una explicación sobre mis apariciones.

—Apariciones suena un poco fuerte...

Me encogí de hombros.

—Apariciones, manifestaciones, dejarme ver... ¿Qué más da? El caso es que querrás una explicación.

—Pues claro.

—Mira, es difícil decir esto, pero solo quiero que me veas como un hombre normal. No soy un psicópata, ni un asesino, ni un violador. Tenlo por seguro. Quizás algún día te diga por qué frecuentábamos los mismos sitios. Puede ser solo casualidad.

La chica pareció pensar durante un momento.

Era guapísima. Apenas iba maquillada, su cutis era terso, suave y su naricita... muy mona, sí señor. A ver, voy a ser sincero: no soy el típico tío cursi que usa palabras como cuqui, pero es que cuando la miraba a la cara me daban ganas de gritar «¡eres una monada!» a los cuatro vientos. Otra cosa era su cuerpo, y es que ¡vaya cuerpazo! Era imaginarla desnuda y ya sentía una presión en mis vaqueros. ¡Qué digo imaginarla desnuda! No me hacía falta hacerlo para ponerme así. Su sola presencia me encendía.

—Puede que sí, aunque serían demasiadas casualidades después de haber estado haciendo lo mismo durante años y no haberte visto ni una sola vez.

—Quizás no quería que me vieses.

Por fin conseguí dibujar una sonrisa en el rostro de la muchacha y me sentí satisfecho de mí mismo. Saqué el chocolate caliente que llevaba en mi cartera para tomarlo en casa y se lo entregué con toda mi buena fe. Ella lo miró sin aceptarlo, estudiando mis intenciones. Conocía bien esa mirada de «este hombre está loco». Esperaba que no pensase que quería drogarla, aunque sería normal que lo hiciera a juzgar por mis estúpidas

persecuciones en plena calle.

Ahugué un suspiro reprendiéndome por hacer esas estupideces siendo ya tan mayor, con tanto vivido.

—¿Me dices tu nombre? —Intenté disminuir la tensión del ambiente.

Por fin ella aceptó el chocolate, pero no bebió. Seguramente no lo haría hasta estar en algún lugar en el que yo no pudiera alcanzarla.

Joven inteligente.

Se movió incomodada evitando mi mirada a toda costa. Eso la hacía todavía más adorable. Despertó en mí un deseo depredador que me impulsó a lanzarme a sus labios para besarla, apoyarla contra un árbol y tomarla allí mismo, en plena plaza.

Mi polla volvió a sacudirse

—Quizás te lo diga. Si tanto tiempo me has perseguido, ¿por qué no hacerlo un poco más?

Su cara pasó a ser divertida, como si quisiese hacer de ese momento un juego, cosa que me sorprendió y descolocó al mismo tiempo. Puso una mano en la cintura y me miró con ojos de pícara. Ahí parada, parecía una diablesa creada para divertirse con los hombres, al contrario que hacía dos segundos.

Pestañeé más confuso que nunca.

—¿Quieres que continúe persiguiéndote?

—No. —Negó con fervor—. Quiero que me demuestres que deseas saber mi nombre. Encuéntrame donde sea que vaya. Y no cuentan la pastelería, el parque, o cualquiera de esos lugares en los que nos hemos cruzado.

—¿Cómo? ¡Eso es una injusticia! Quedaría el instituto o tu propia casa. ¡Y seguro que mirarás por la ventana antes de salir!

—Claro. ¿Acaso creías que te lo pondría tan fácil? ¡Y no vale perseguirme! —Se carcajeó.

—¿Me estás pidiendo que averigüe dónde está tu casa y tu instituto sin seguirte? ¿Cómo voy a hacerlo?

—No lo sé. —Se encogió de hombros—. Si te lo dijese no sería divertido, ¿no crees? Además, estoy segura de que sabes cómo encontrarme. Después de tanto tiempo vigilándome no tiene que ser difícil.

—Sí que lo es. No es lo mismo conocer tus horarios y cruzarme contigo adrede, a esperarte fuera de tu casa o en la salida del instituto. No soy tan acosador. Eso sí, si es lo que quieres, encontraré la manera de hacerlo. Todo sea por conseguir tu nombre. —Escruté su rostro. Su expresión divertida me hizo sonreír—. Tienes cara de llamarte Lisa o Sara.

—¿Por qué?

—No lo sé. Todas las Lisas y Saras que conozco son morenas y tienen la cara redondita, como tú.

—¿La cara redondita? ¿Te refieres a que parezco una bola de bolos o algo así?

—¡No! —exclamé. Pero vi que estaba bromeando. Ese sentido del humor me cautivó. ¡Qué cojones! ¡Todo en ella me cautivaba!—. Tienes un rostro muy dulce.

Hice ademán de acercarme, pero ella retrocedió guardando las distancias, me esquivó dando pequeños saltitos y me miró por encima del hombro.

—No quiero que te acerques a mí... Por ahora.

Me sonrió con esa preciosa sonrisa perlada que poseía y echó a correr sin darme tiempo a decirle nada.

La verdad era que, en cierto modo, esa inocencia y esa alegría de niña adolescente me gustaban de una manera poco normal.

Algo me decía que lo mejor era alejarme de ella, ya que vivíamos en dos mundos completamente diferentes y ella era joven, mientras que yo tenía veintiséis años. Todo a mi alrededor me gritaba que no debía seguir con eso. Pero, ¿y esa atracción que sentía hacia ella? ¿De verdad estaba dispuesto a dejar pasar una sensación así? Por supuesto que no. ¡Quizás estábamos unidos por el Destino! ¡Quizás era una de esas historias que no volverían a repetirse jamás!

Sí, estaba decidido; la buscaría aunque miles de señales me dijeren que no era lo correcto.

Ilusionado, aceleré el paso dejando atrás esa mancha de chocolate que salpicaba el suelo adentrándome en las preciosas calles de Granada.

Pese al frío, el día no era nublado. Solo había dos o tres nubes blancas en el cielo que presagiaban un buen día. Los pájaros emigraban en bandada sobre mi cabeza mientras hacían un ruido espantoso. Los árboles se mecían tranquilos con el viento y este soplaba al compás del otoño.

Cuando llegué a casa me esperaba Mohamed, mi primo y fiel amigo con el que compartía piso desde que mi mujer y yo nos divorciamos. Pero esa es una larga historia, desde luego. Una historia que no contaré en este momento.

Él era moreno, no muy atractivo, aunque su carisma hacía milagros con las mujeres. Su sonrisa blanca era graciosa con un pequeño espacio entre las paletas, característica que venía de familia; yo también lo tenía, eso sí, a mí no me parecía nada gracioso en mi cara.

—¡Ey, Alîm! —saludó.

Yo le hice un gesto con la cabeza y me tiré al sofá, cansado. Después, acomodándome en el mullido cojín, cogí el ordenador portátil y me metí en internet con esperanzas de encontrar algo sobre la muchacha. ¡Qué desilusión al reparar en que no sabía ni cómo se llamaba!

Decepcionado, lo cerré de golpe con un «clock» y dejé caer mis brazos a los lados de mi cuerpo, sin fuerzas, tristes.

—¿Qué te ocurre? ¡No has dicho ni una palabra desde que entraste aquí!

Mohamed acababa de entrar por la puerta y se había sentado junto a mí. El sofá se hundió por el peso de su cuerpo, cogió el mando y encendió la televisión. En ella empezaron a hablar dos políticos, así que cambió al de dibujos animados.

—Bueno... Me ha ocurrido algo.

—¿Algo con esa chica a la que llevas intimidando semanas? ¿O algo con la arpía de tu ex-mujer?

—Lo cierto es que ha sido con la chica a la que llevo semanas intimidando, como tú dices.

—¿En serio? —No pudo evitar abrir mucho los ojos y sorprenderse. La televisión dejó de tener interés para él—. No me digas

más: Te has cruzado con ella y ha llamado a la policía diciendo que un acosador quiere secuestrarla. —Rió.

—No, no ha sido eso. —Le miré molesto.

En ese momento no estaba para bromas. Acababa de cruzarme con un increíble ángel que rozaba el infierno con su locura adolescente y él quería que tuviese sentido del humor.

—Todo lo contrario. La he conocido por fin.

—¿De verdad? ¿Y no ha echado a correr? —interrogó Mohamed sin poder creerlo abriendo aún más los ojos.

Torcí mis labios en una sonrisa siniestra, de esas ladeadas que en las películas de posesiones enloquecen a la gente de terror. Al menos esa fue la impresión que intenté transmitir, aunque, al parecer, no lo logré.

—No. No ha salido corriendo, es más, ni siquiera ha gritado. Y me ha dicho que si quiero saber su nombre tengo que buscarla en su instituto o en su casa, y que no vale perseguirla.

—Vaya, habla de eso como si fuese un juego, ¿no crees? Ha puesto reglas para que la encuentres. Suena divertido. Como una pequeña aventura.

—Sí. —Reí por fin—. Lo cierto es que tiene una inocencia y una alegría en el cuerpo que me atraen más aún, y mira que es difícil y que apenas he cruzado unas palabras con ella.

No quería decir todo lo que me había pasado por la cabeza al conocerla, ya que no me gustaba contar todo lo que ocurría en mi interior. No le contaría que al mirarla a los ojos había pensado que me cambiaría la vida, ni tampoco le contaría que noté una conexión inmediata. Solo le diría que me gustaba su forma de ser y que me atraía físicamente. En el sillón, me crucé de brazos para continuar hablando.

—Y si tanto te atrae, ¿no crees que deberías empezar a buscarla desde ya?

—Sí, pero, ¿cómo? No tengo su nombre y no puedo mirar por internet, y sé que eso de no perseguirla no tiene ni pies ni cabeza, pero me hace ilusión afrontar el reto.

Mohamed negó con la cabeza mientras sonreía.

—Ella tiene amigas, ¿no? No te ha prohibido perseguir a sus amigas. Si ambas están en el mismo instituto, la encontrarás con

facilidad.

—¡Pues claro! —exclamé levantándome de mi asiento como un suricato alerta. Empecé a dar vueltas alrededor de la mesa moviendo mucho las manos—. ¡Hay una amiga que casi siempre está con ella en la pastelería! ¡Ella será la clave!

—Sí, pero por favor, Alîm, no te pongas en plan acosador otra vez. Disimula. Pasa desapercibido. Si su amiga le cuenta que la has perseguido no sabemos lo que puede pensar la muchacha. Recuerda que al principio siempre hay que andarse con pies de plomo.

—Lo sé, Moha, lo sé. ¡A mí me vas a contar!

—Bueno, aunque ya lo sepas nunca viene de más que te lo recuerde. Además, ella es castellana, y ya sabes que algunos no son muy tolerantes con nosotros, los árabes.

Resoplé. Eso era un problema que existía en la actualidad y que casi nadie veía. Aunque nosotros nunca habíamos tenido ese problema, ya que parecíamos más españoles que árabes; éramos mestizos y nuestro aspecto era de tez clara. Eso sí, poseíamos el pelo negro, los ojos oscuros y los nombres de nuestro país, al igual que la religión islámica.

—Tienes mucha razón, primo. Pero seamos realistas: Ella es una inocente chica de diecisiete años con apenas experiencia en la vida, y yo... bueno, digamos que sé mucho. Sé cómo hacer sentir única a una mujer.

—Eso ha sonado muy aprovechado.

—Sí, lo ha hecho. Pero son armas que usaré a mi favor.

Sabía que él no me iba a juzgar y que, como hombre que era, entendería que no podía sacarme una chica que me entrase por los ojos tan fácilmente, y ella lo había hecho de forma exagerada.

Me estremecía al darme cuenta de lo mucho que me había afectado.

—Bueno, cambiando de tema —comentó—, creo que deberíamos improvisar un poco de rap, ¿te apuntas?

Lo cierto era que no tenía muchas ganas de cantar, pero por otro lado la improvisación podía ser un buen medio para expulsar de mí todos esos pensamientos y sentimientos. Sí, no estaría mal desahogarme de esa forma. El rap siempre me relajaba, era como un hobby que me

transportaba a un mundo increíble donde todo iba a cámara lenta.

Nos dirigimos a la habitación que nosotros llamábamos «Habitación Maquina» por los instrumentos para mezclar música, y Mohamed se encaramó a uno de ellos. Yo, por otro lado, cogí el micrófono, que noté frío y suave; lo acerqué a mis labios y comencé a cantar dejándome llevar por los preciosos acordes de la melodía.

Capítulo 4

JAZMÍN:VEN CONMIGO

No podía creerme lo que acababa de pasar. ¿Cómo había sido tan tonta al hablar con ese hombre que podía haber sido un psicópata o haberme secuestrado? Había sido tan necia... De hecho, puede que fuese un milagro seguir viva. No obstante, cuando le había mirado a los ojos me había sentido muy segura. Y ese lazo increíble que había surgido entre nosotros, como si estuviésemos destinados, no podía ser solo una casualidad. Al mirarlo toda la incertidumbre y el terror que atenazaban mi corazón me habían abandonado como el humo abandona un bosque incendiado. Sus manos musculosas me acalararon, sus labios bien definidos estaban hechos para besarlos, sus ojos, para mirarme cada minuto de mi vida, su nariz, para rozar mi piel con cada caricia, su cuerpo, para estar contra el mío.

Lo cierto era que yo nunca me había enamorado, y cuando digo nunca, es nunca. Me habían gustado chicos, pero a mis diecisiete años había empezado a pensar que quizás no tenía corazón. Sin embargo, por primera vez estaba confundida por culpa de un hombre. Porque eso es lo que era; un hombre hecho y derecho.

Aunque la verdad es que no creía que me encontraría. ¡Ni siquiera se molestaría en buscarme! Seguro que para él era un capricho insignificante por el que no valía la pena luchar. Debía reconocer que estaba ansiosa porque me encontrara. Seguro que me agradaría verlo... ¡demasiado! Tanto que quizás gritara de alegría o la guardaría para mí, para así poder disfrutarla sin parecer una niña que no sabe controlar sus emociones. El tema es que, al fin y al cabo, quería que me buscara, y si no lo hacía mi tristeza podía llegar a ser un problema en época de exámenes. Incluso me había sido difícil tirar su chocolate a la basura.

Por Dios, ¡estaba loca! ¿Cómo podía afectarme tanto un tío al que acababa de conocer? No le veía explicación por ningún lado. Por mucho que lo mirase desde mil perspectivas distintas, no lo entendía.

Sacudí la cabeza para quitarme la imagen de sus ojos castaños de mi mente.

Estaba a punto de entrar en mi casa; mi tortuosa casa en la que se encontraba una madre a la que no soportaba. Quizás por la rebeldía de la adolescencia o porque no paraba de mandar y mandar. Además ella era vidente y médium, y siempre me estaba dando la lata con unas visiones en las que ni siquiera yo confiaba. Estaba harta de oír: «No hagas esto, o te pasará aquello.» «Hoy he visto que tu amiga tomará la decisión equivocada, tienes que ayudarla»... y más consejos por el estilo. La

mayoría cargados de consecuencias catastróficas.

Últimamente me sentía al borde de explotar.

Por suerte mi madre no estaba en casa, así que corrí a mi habitación y me tiré a la cama de un salto. Cogí el ordenador portátil y me puse a ver mi serie favorita, de acción y amor.

Hablaba sobre una chica adolescente sobreprotegida por sus padres que escapaba de España y caía en manos de un grupo de hombres dedicados a la trata de blancas. La chica, desesperada, buscaba cómo escapar de esa vida, y, en uno de sus trabajos, conocía a un inglés que se enamoraba de ella y decidía salvarla.

No fue el argumento de la serie lo que me enganchó, tengo que reconocerlo, sino la protagonista. Me recordaba mucho a mí, sobre todo en el tema de la sobreprotección. Ella quería ser libre, como yo, y tenía un carácter fuerte. Entre todas las chicas raptadas, ella adquiría el papel de líder y motivaba a sus compañeras. Les daba esperanza para aspirar a una vida mejor.

Tras ver el capítulo, me dirigí al armario, cogí un pijama de color verde con nubes blancas, me metí en la cama y no tardé mucho en caer en los brazos del sueño.

Lo que no me esperaba a la mañana siguiente era lo que ocurrió nada más llegar a las puertas del aburrido instituto; una cárcel donde te obligan a pasarte las horas enteras estudiando en tu casa. El chico-acosador del día anterior me esperaba en la entrada, y al verme me sonrió y mi corazón dio un vuelco de ilusión. ¡Era él! ¡Y me había encontrado!

Entonces yo, que nunca había creído en las historias de las películas, me vi involucrada en una de ellas y me resultó agradable. ¿A quién no? Mecida como estaba por esa corriente eléctrica repleta de excitación, ahogada por esos ojos que por fin tenía la oportunidad de estudiar con plena libertad.

Estaba apoyado en la parte derecha de la puerta de entrada, con las manos metidas en la chaqueta de cuero. Llevaba unos pantalones vaqueros, una camiseta larga, una pulsera de plástico sencilla, trenzada alrededor de su muñeca y unas deportivas color negro. Su mezcla informal y oscura le daban un aspecto cuidado a la vez que despreocupado. Estaba guapísimo con esa expresión de recién despierto,

en esa postura expectante con una pierna cruzada sobre la otra.

—Ahora me tienes que decir tu nombre —comentó con una sonrisa de oreja a oreja mientras me acercaba.

Me fije en que, a pesar de tener unos dientes deslumbrantes, tenía un pequeño hueco entre las paletas que le daba un aspecto cómico. No era guapo. Aun así tenía algo que hacía enloquecer cada órgano de mi cuerpo. Me estremecía de arriba abajo, me hacía sentir pequeña y, lo más extraño, más viva que nunca.

—No me puedo creer que me hayas buscado de verdad. —Reí.

—Pues claro, ¿qué esperabas? Tengo mucha experiencia como acosador. —Me lanzó un guiño seductor. De nuevo, una sonrisa luchó por dibujarse en mi rostro—. Me prohibiste perseguirte, no perseguir a tu amiga. Ya sabes, la que siempre va contigo al café. ¿Cómo se llama?

—María.

—Pues eso. Perseguí a María hasta aquí y veo que no me he equivocado.

En mi interior tuve que reconocer que fue una idea ingeniosa, pero no sabía si sentirme importante o asustada. ¡Había perseguido a mi mejor amiga para encontrarme! ¿Seguro que ese hombre no era un acosador obsesivo? Y si lo era, ¿me importaba? Porque yo más bien juraría que era una de las cualidades que más me llamaban la atención de él.

—Me has encontrado sin romper las reglas, así que te diré que me llamo Jazmín. —Una promesa era una promesa, no había más que hablar—. Y por favor, no me acortes el nombre. No me llames Jaz, que me recuerda mucho al estilo de música.

—Jaz es un buen nombre. —Se carcajeó feliz.

—Puede que te parezca un buen nombre, pero no a mí. —Reí yo también.

Sentí que hablábamos como si nos conociésemos desde hace muchísimo tiempo. Como si ya fuésemos amigos del alma, de esos que se cuentan todo lo que han hecho e incluso las intimidades más sórdidas.

—En ese caso te llamaré Jazmín. Por cierto, quería proponerte venir conmigo a pasar la mañana. ¿Qué te parece?

—Pues que tengo clase, no creo que sea buena idea.

Después lo pensé dos veces y di una pequeña patada al suelo. Sin querer, golpeé una piedra que rodó unos pasos.

—No voy a obligarte a nada —dijo.

Genial, encima era respetuoso.

—No creo que pudieses obligarme a nada delante de tanta gente, de todas formas.

—No lo haría aunque estuviéramos solos. Espero demostrarte que no soy como piensas. Reconozco que he sido muy impetuoso, irreflexivo... pero, por favor, no creas que soy así.

—Un hombre razonable y adulto no hace lo que tú has hecho. Muchas te habrían denunciado por menos.

—Este no es el caso, si no ya lo habrías hecho. ¿Me equivoco?

—No te equivocas. Eso sí, no me estás convenciendo para que me vaya contigo. —Me carcajeé.

—Tienes razón. —Agachó la cabeza, sacó una mano del bolsillo de la chaqueta y me la ofreció—. No estoy poniendo nada de mi parte y eso está mal. Te lo pediré de manera más formal: ¿Quieres saltarte las clases conmigo? —Me guiñó un ojo—. Sé que soy un desconocido, pero fíjate en toda esta gente que nos mira. Me han visto la cara. ¡No tengo escapatoria!

Un pequeño interruptor se encendió en mi interior y me entraron unas ganas terribles de vivir aventuras, de sacar de mis adentros toda esa rebeldía que tenía que esconder en casa, de rebelarme, de ser libre como los peces en el mar, de cometer una locura e ir con él donde fuese que me llevase. Con ese extraño que estremecía mi corazón con una sola mirada y provocaba en mí lo que ningún otro. Con ese señor que no conocía, al que sentía como a alguien de mi familia. Deseaba parecerme a Mina, la protagonista de mi serie favorita.

Cogí su mano y la apreté.

—¡Eh, Jazmín! —exclamó la voz de María tras de mí—. ¿Dónde vas?

La chica se acercó corriendo y observó a mi compañero, desconfiada. Ella tenía unos enormes ojos azules que eran como ventanas que dejaban ver hasta lo más profundo del alma. Tenía unos senos

generosos y un cuerpo con curvas que era la envidia de muchas mujeres. Podría describirla como una muchacha que rozaba la perfección: No era delgada como las modelos, ni tampoco rezumaba grasa, simplemente era ella, y tenía un atractivo especial. Sus únicos defectos eran su timidez y esa rosácea que se encendía cada vez que sentía vergüenza, reía o lloraba. Aunque más bien yo diría que la rosácea la hacía aún más adorable. Solía vestir ropajes oscuros con un estilo que favorecía a su piel pálida. Su nariz era chata, bonita, y sus labios también eran preciosos.

—María —le respondí mientras se aproximaba un poco más—, no voy a asistir a clase hoy. Verás, me voy a ir con él. Necesito desahogarme un poco.

Me miró extrañada, luego volvió a mirarlo a él y levantó una ceja.

—Vas a perderte la clase de lengua que hay antes del examen.

—Lo sé, pero para eso están las amigas, ¿no?

María siempre había sido la pura imagen de la responsabilidad y la vida casera. Ella siempre hacía lo correcto, y cuando salíamos de fiesta era como la madre de todas. No quería juzgarla mal, pero a mí me parecía algo aburrida. Cuando otras amigas y yo piropeábamos a algún hombre, María solo agachaba la cabeza y sonreía con esa dulzura suya. ¿Dónde estaba su interruptor de adolescente fiestera? No entendía por qué prefería quedarse viendo series o leyendo en casa antes que salir a una discoteca, sin embargo la respetaba porque no había otra como ella en toda la ciudad.

Me despedí de ella con la mano intentando no pensar en su mirada de reproche, y monté en el coche con ese desconocido que había a mi lado.

—Y tú te llamas...

—Me llamo Alím, que significa sabio —respondió arrancando y haciendo que el vehículo diese un pequeño tirón.

—Aunque ya juzgaré yo si eres muy sabio o no. —Reí—. Para saber si una persona hace honor a su nombre tienes que conocerla primero.

—Pues claro. Yo, por ejemplo, sé que tu nombre significa alegría y naturaleza. No te conozco mucho aún, pero por lo que sé de ti juraría que haces honor a él.

—No te equivocas. —Me carcajeé sintiendo una extraña sensación de viveza en mi interior—. Pero dime; ¿dónde vamos?

La curiosidad era una de mis principales características. Él era misterioso, una de las cosas que más me llamaban de él; quería descubrir sus secretos y conocerlo como él parecía conocerme a mí.

—Bueno... ¿No prefieres esperar? Te aseguro que no te arrepentirás de dejarte llevar. Te prometo que nunca olvidarás este día.

—Esta bien, ya veo que no me lo quieres decir, así que al menos háblame de ti.

—Con que quieres que te hable de mí.

—Pues claro —interrumpí—. No creerás que voy a dejarme en las manos de un acosador sin ni siquiera saber su edad.

—Yo juraría que ya te estás dejando en mis manos —continuó sin importarle la interrupción—. Estás en un coche conmigo, podría llevarte donde quisiera, y tengo nueve años más que tú. Además ¿quieres que te sea totalmente sincero?

—Sí, dime todo lo que puedas sobre ti.

—Está bien, te contaré lo que pueda. LO QUE PUEDA —resaltó.

—Lo sabía, has asesinado a alguien —agregué en modo irónico, aún metiéndome con su obsesión por perseguir jóvenes.

—No, no he asesinado a nadie, aunque puede que me culpen de algo por el estilo.

Sin atreverme a decir nada más por ahora, dejé que hablase sobre el lugar en el que nació, sobre su pasión por viajar (¡Había visitado tantos lugares que me sentí una cría a su lado!) y por la música, de su capacidad para improvisar, de su amor por la cultura árabe y de que compartía piso con su primo Mohamed.

—No pareces de ascendencia árabe —comenté al escuchar el nombre de su compañero de piso.

Si hubiese tenido pintas de musulmán tendría la piel morena, la nariz grande y los ojos verdes o marrones, como los míos. Sin embargo, él lucía una tez pálida y transparente, una nariz recta, no demasiado grande, y, eso sí, unos ojos chocolate en los que sería fácil perderse.

—No parezco de ascendencia árabe porque soy mestizo. Pero practico el islam.

—Entonces, ¿aguantas un mes entero sin sexo y sin comer de día? —le solté con naturalidad.

Él me miró serio durante unos largos segundos. Luego estalló en risas encantado por mi soltura.

No sabía qué me pasaba. Sentía como si lo conociese de toda la vida y eso no me había pasado nunca, cosa que me hacía sentir incómoda y animada a la vez. Incómoda porque me reprochaba a mí misma mi irresponsabilidad y las burradas que decía, y animada porque me sentía yo. Difícil de explicar, sí, pero era cierto. Con nadie me había sentido tan yo. Era como si me descubriese a mí misma a su lado. Como si no hubiese barreras, ni leyes, ni tabús.

—Sí, me tiro un mes completito durante el día. Y creo que es una práctica bastante útil.

—¿Y eso?

—Te enseña a tener autocontrol, serenidad, paciencia... Creo que te fortalece mentalmente.

—Claro, como cuando haces dieta o castigas a tu novio sin sexo durante un mes.

Él volvió a carcajearse mientras conducía por un terreno escarpado que hacía que el coche se zarandeara. Me fijé en sus manos masculinas acariciando el volante con suavidad. Eran grandes, de trabajador, fuertes. Me ruboricé al darme cuenta de que mis pensamientos empezaban a tomar matices sexuales. Ya me imaginaba que me tocaba los hombros, empezaba a bajar por mis brazos, metía los dedos bajo mi camiseta y rozaba uno de mis pechos por accidente.

Me escandalicé de mis propias fantasías. ¿Qué demonios me estaba pasando? Nunca había imaginado que un chico me tocaba así, lo juro. Sí, sé que a los diecisiete lo normal en la actualidad es que ya te hayas abierto de piernas, y no, yo no era así. Quizás se debía a que tenía unos gustos peculiares, qué sé yo.

—Sí, como eso. —Realizó una pausa y agregó:— Ya hemos llegado.

Con un movimiento suave paró el coche y se bajó. Después acudió raudo a mi puerta y me ayudó a quitarme el cinturón medio roto que me tenía apesada. Su proximidad hizo que mi corazón bombeara

sangre más rápido de lo normal y mi respiración se aceleró al ritmo del galope de un caballo. Él me miró a tan pocos centímetros que notaba su aliento golpeando en mi nariz. Me sonrió y se apartó.

Fueron pocos segundos, lo suficiente para trastornarme. Podría jurar que incluso sentí vértigo.

—¿Te gusta el riesgo? —me preguntó juguetón.

—Sí. Bueno, nunca he probado ningún deporte de riesgo, pero me gusta mucho innovar. Siempre soy partidaria de probarlo todo, si no ¿cómo sabrás si te gusta o lo odias?

Observé que nos encontrábamos en un acantilado que daba a un pantano enorme, azul y cristalino como el mar, con unos reflejos verdes que daban viveza y alegría al paisaje. En la otra orilla se veía una cueva grande, algo oculta, y el terreno era pedregoso y escarpado.

«Si María hubiese venido aquí, se habría quedado mirando sin atreverse a saltar al agua. »

—Vamos a saltar desde el acantilado y nadaremos hasta la cueva, ¿qué te parece? —consultó Alím mientras me cogía de la mano y me dirigía al borde de las rocas.

Sentí su extremidad fuerte y cálida, igual que la había sentido a través del guante el día en que nos conocimos. Durante un segundo imaginé que saltaban pequeñas chispas con nuestro contacto.

—Me parece... —titubeé por la emoción que me recorría el estómago—. ¡Me parece genial! Nunca he hecho esto, ¿sabes? Puede que en otra ocasión me dé miedo, pero el presente es lo que cuenta y me siento valiente. Si no salto ahora quizás no lo haré nunca. ¡Me lo pide el cuerpo!

Sus manos me cogieron de la cintura por detrás, al borde de la gran roca, y me hizo apoyar mi cabeza contra su pecho. Lo sentí sólido detrás de mí. También sentí el impulso de darme media vuelta y palpar sus pectorales, aunque no lo hice.

—Siente el aire que golpea tu rostro trayendo consigo la humedad de la naturaleza —me susurró al oído con voz relajante. Su aliento en mi oreja levantó en mí sensaciones que creía muertas de nuevo, y me erizaron el vello de todo el cuerpo—. Deja a la corriente recorrer tu cara y golpear tu cabello. Imagínate que vuelas como un pájaro y que nadas como una carpa. Como esa carpa celeste y blanca que tienes tatuada en

el hombro.

Rozó mi tatuaje con el dedo índice justo antes de que todo lo que había a mi alrededor desapareciese y solo existieran mis suspiros complacidos, sus brazos protectores que parecían hechos solo para mí y sus preciosas palabras que hacían a mi imaginación volar. Fui un pez y un pájaro volando libre. Sentí que los dieciocho años que cumplía ese día me hacían volver a nacer y que todo el peso que cargaba se lo llevó el viento.

—¿Sabes? —pregunté con los ojos cerrados aún—. Hoy es mi cumpleaños.

Noté que sus labios se torcían en una sonrisa y que sus manos hacían que me girara hasta mirarlo: Levanté los párpados.

—Entonces déjame que haga que sea un cumpleaños que nunca olvides.

Su rostro se acercó a unos milímetros del mío y nuestros labios se rozaron haciendo que una corriente eléctrica recorriese nuestros cuerpos y estremeciera hasta el rincón más escondido de nuestras extremidades. El calor de las hormonas me invadió, solo quise abrazarme a él y hundir mis dedos en su pelo moreno. Sus labios eran firmes y suaves, y se hicieron más pasionales cuando yo pegué mi cuerpo al suyo. Pensé que ardería en deseo y agradecí estar junto a un pantano en el que poder calmarme. Dejé que ese fuego me meciera en sus brazos y creciera en mi interior como un virus en incubación, porque me gustaba. Me tentaba a dar un paso más, a dejar de pensar en la diferencia de edad y a que mi corazón tomara el control. Él me separó de su rostro y me acarició la mejilla con cariño.

—Ahora, haré que des el salto de tu vida.

Cogiéndome de la mano con firmeza, se puso a mi lado y saltamos por el acantilado aún vestidos.

El viento volvió a azotar mi cabello y sentí una gran subida de adrenalina. Mis omoplatos picaron haciéndome consciente de que deseaba tener alas en ese momento. Tenerlas para volar y sentirme así toda mi vida, para poder descender eternamente y hacer del aire mi hogar. Deseé ser agua para fundirme con el pantano cuando golpeé con él y deseé volver a repetir eso todos los días de mi vida. Pero entonces, si lo repetía una y otra vez, no sería un día inolvidable, y ese lo era.

Capítulo 5

JAZMÍN: VISIONES.

—¿Volveré a verte otra vez?

Alím paró el coche en la esquina de la manzana, lejos de mi casa. Si mi madre me veía no dejaría de hacer preguntas. Se pondría como una fiera al descubrir que no había ido al instituto, sino que había optado por un desconocido nueve años mayor que yo.

¡Parecía de locos!

—Eso espero, porque, tal y como dijiste, no olvidaré este día
—respondí mirándolo desde fuera del coche.

—Así que, al fin y al cabo, ha sido un gran cumpleaños.

—Los dieciocho años más aventurero de mi vida.

El hombre se carcajeó con las manos en el volante. Su risa era varonil, más grave que el sonido de un Gong.

—Si no hubiésemos saltado, ¿habría sido especial?

—Puede. —Me encogí de hombros—. Eso nunca lo sabrás.

—¿Sabes que eres la primera chica que llevo al acantilado? Al menos dime cómo te sentirías ahora de no haber saltado. No quiero pensar que he sido una mala influencia. Por favor, no me tengas como modelo a seguir.

—En primer lugar, los niños son los que imitan, no los adolescentes. En segundo lugar, puede que me sintiera igual de ilusionada, pero tendría una experiencia menos que contar a mis hijos.

—¿Contarás esto a tus futuros hijos?

Me observó levantando una ceja, como diciendo: «Si lo haces, la mala influencia para los niños serás tú. » Aunque yo no lo veía como algo malo, sino como una historia bonita que contar. No todo el mundo tenía anécdotas así.

—Pues claro que se lo contaré. ¿Qué te crees? —Me carcajeé.

Miré al otro lado de la calle, en dirección a mi casa. El tiempo

pasaba muy rápido y hacía media hora que debería estar almorzando.

—Tienes prisa, ¿verdad? —Me dejó asentir—. Me darás al menos dos besos de despedida.

—¿Dos besos de despedida? ¿A ti? —En broma, hice un gesto de desprecio que pareció demasiado realista—. Quizás lo haga más adelante. Por ahora dejaré que te lo trabajes. —Le lancé mi mejor guiño mientras me daba media vuelta—. Si sigues tratándome así te los daré muy pronto.

Sonreí para mis adentros. En menos de un minuto ya estaba en mi pasillo con la puerta de casa cerrada a mis espaldas, el chaquetón colgado en la percha y una madre furiosa haciéndome frente desde el salón.

—¿Se puede saber dónde has estado? ¿Por qué has tardado tanto en llegar?

Tenía los brazos cruzados sobre una bata celeste atada con un lazo de seda blanca. Con su pie derecho golpeó el suelo una vez tras otra en señal de disgusto.

—Nada —respondí despreocupadamente—. Hoy uno de los profesores tenía un mal día y ha decidido pagarlo con nosotros dejándonos algún tiempo más encerrados.

—¿De verdad? Es extraño, porque en ti huelo a pantano, a agua, a viento, a tierra... ¿Acaso una excursión improvisada, hija? ¿O una aventura con un chico mayor que tú, de ojos marrones y pelo oscuro?

Me quedé paralizada en el umbral de mi casa, ya que solo había una explicación para que ella supiese eso: una visión. Como ya dije antes, ella es vidente y médium, por lo que puede ver el futuro, así como el presente y pasado. Escalofriante, sí, pero cierto. Donde otros lo considerarían un don, yo lo odiaba. Nunca podía hacer nada sin que me pillaran. Era la peor pesadilla de una joven como yo.

La diversión en esa casa estaba prohibida.

—Siéntate —me ordenó al ver mi silencio—. Quiero que hablemos sobre él. —Esperó a que apoyara mi trasero en el sofá, y me miró de un modo frío con aires de superioridad—. Dime cómo se llama y qué sabes de él.

—Se llama Alîm y es mestizo. Tiene veintiséis años, practica el islam y vive con su primo Mohamed. Le encanta el rap e improvisar. Viajar es una de sus mayores aficiones. A visitado Londres, África, parte de

Egipto. —Me quedé callada al descubrir que no sabía nada más de él.

Durante la mañana la explicación había durado horas, pero al resumir me di cuenta de que apenas lo conocía.

—¿Eres consciente de que no sabes prácticamente nada de él y de que te has montado en un coche con un hombre nueve años mayor que tú?

—Lo sé, mamá, pero hay algo en mi interior que me grita que es inofensivo, que me grita que estamos, por así decirlo, destinados. Yo también veo eso en sus ojos. Además, ha conseguido encontrarme, ha puesto interés en mí. ¡Sé que no es uno cualquiera!

—¿Y en qué te basas para decir eso? ¿En tu simple atracción? ¿En que su mirada también aparenta sinceridad?

Me dejó asentir mientras me daba cuenta, al oírlo de su boca, de lo inmaduro e inconsciente que sonaba.

—Sé que parece ridículo, pero es algo en mi interior que no puedo explicar, y tú siempre me has educado para que crea en el destino y en todo aquello que sientes con fuerza. Noto que esto tiene que significar algo.

—¡Oh, por el amor de Dios! ¡No todo tiene que significar algo! Y créeme, hija, ese hombre no es tan bueno como crees. Lo he visto en visiones asistiendo a juzgados, lo he visto negar un maltrato y cuidar a dos niños. Lo he visto fumar y beber, y lo más espeluznante; ¡lo he visto saltar por un acantilado! Por Dios, ¿tú sabes lo que es eso? ¡Podíais haberos matado!

—¡Deja mi vida en paz de una vez, quieres! —exploté. Me levanté del sofá de un salto notando que la ira recorría mi cuerpo y vibraba bajo mi piel como una serpiente de cascabel—. ¡Siempre te estás metiendo en mi vida! ¿Es que no ves que yo necesito mi libertad? Con esa vigilancia excesiva lo único que conseguirás será que te odie, y no quiero hacerlo, pero me estás obligando...

—¡No digas esas tonterías! —me interrumpió—. ¡Yo hago todo esto porque me preocupo por ti! ¿Es que no lo entiendes? No puedes estar con él, ha maltratado, tiene dos hijos, tiene ocho años más que tú. ¡Y tú eres una adolescente que comete locuras! ¡Una adolescente sin cabeza! Y me lo demuestras saltando por acantilados en los que podrías haberte matado.

—No pasaba nada, mamá. Él lo tenía todo controlado.

—Sí claro —comentó con todo irónico—. Ahora resulta que él sabía todas y cada una de las rocas que había bajo el agua.

—¡Basta ya! —chillé cada vez más, enloquecida—. Ha llovido durante todos estos días. ¡Era evidente que el nivel del agua había subido! Y no quiero hablar más de esto. Es mi vida y yo tomo mis decisiones.

—¡No puedes tomar tus decisiones! ¡No puedes estropear tu vida por un capricho! ¡No te vayas! ¡Escúchame! ¡Desde que estás con ese hombre estoy teniendo visiones raras y desordenadas! ¡Eso no significa nada bueno!

A esas alturas yo ya subía las escaleras y, al llegar a la planta de arriba, cerré la puerta tras de mí con la respiración acelerada. Aún escuchaba los gritos desesperados de mi madre en la planta baja, pero no me importó. No pensaba prestar atención a nada más de lo que dijera. Todo lo que salía por su boca en esos momentos no eran más que patrañas insignificantes.

¿Pero cómo podía decir esas cosas? ¿Cómo podía juzgar a alguien sin conocerlo? No podía culparla por sus visiones. Estas cambiaban, ¿verdad? Ella siempre me había hecho creer en el destino, pero yo opinaba que, a pesar de todo, tú podías cambiarlo con esfuerzo. Hay muchos caminos en la vida y tú eliges cual seguir. Pero el destino te presentaba problemas en esos caminos, y también personas.

Me tiré a la cama de golpe y allí me quedé un momento, recapacitando y controlando mis latidos y mi respiración. A continuación pensé en Alím y mi móvil sonó de repente haciendo que pegase un pequeño bote sobre el colchón. De inmediato, lo cogí y lo miré con curiosidad; el mensaje era de él.

«¿Qué tal, Jazmín? Sé que acabamos de vernos, pero me pregunto si tu madre te ha dicho algo sobre tu tardanza. Puede sonar raro, pero no sé porqué tengo una sensación extraña, como de nauseas. Un beso.»

Me quedé helada: ¿Por qué el mensaje me había llegado al pensar en él? ¿Era solo una casualidad, o esas nauseas que sentían se debían a nuestra conexión? si era así, nuestra relación no era normal. Tenía que haber algo escondido en todo eso, una explicación lógica que demostrase esa unión tan fuerte que había entre ambos.

Emocionada y con el corazón martilleando en mi cabeza, le

contesté:

«Hemos tenido una pequeña discusión sobre la tardanza y tal, pero ya te contaré mejor. Gracias por preocuparte. Un beso.»

A él aún no le había contado nada de mi madre vidente, y cuando lo hiciera quería que estuviese delante de mí para que pudiese explicarme todo eso del maltrato, los hijos y el juicio.

Un pájaro pasó volando por delante de mi ventana a toda velocidad. El viento revuelto tras él movió la fina rama del pino de mi patio.

Mi móvil sonó de nuevo y yo me lancé a por él como una fiera. Esta vez era María, mi amiga, que, con toda probabilidad, me llamaba para cotillear y resolver mis dudas del examen.

—¿Dígame? —contesté.

—¡Jazmín! —exclamó tan fuerte que tuve que apartar el móvil de mi oreja para que no me explotara el tímpano—. ¿Quién era ese hombre? ¿Por qué te has ido con él? Cuéntamelo todo, ya —exigió.

En mi interior sonreí, ya que contarle mis problemas y secretos era una de las cosas que más necesitaba en ese momento. Con una ilusión poco disimulada, se lo expliqué todo desde el principio; las persecuciones, el choque en el parque, la corriente eléctrica que me recorría el cuerpo cada vez que lo tocaba, lo bien que besaba, el cumpleaños inolvidable que me había ofrecido, algo referido a la vida de él, y, por último, la discusión con mi madre y sus visiones.

Tras todo eso ella se quedó parada un momento que a mí me pareció una eternidad, y luego recobró el habla.

—Mira, Jazmín, sabes que te diré lo que pienso, y creo que deberías tener cuidado con él. Las visiones de tu madre fallan pocas veces. Si está denunciado por maltrato y tiene hijos, no sé yo cómo de bueno será. ¡Además, te ha perseguido más de siete veces! ¡Y a mí también!

—Lo sé, lo sé —respondí siendo consciente de la imagen que había dado de él a mi amiga—. ¿Pero qué me dices de todo lo demás? De las sensaciones de conexión, de atracción y de electricidad estática.

—Pues digo —contestó algo insegura. Su voz se transformó en la de alguien amante de las historias de amor prohibidas—, que es como una película. Esa situación en el acantilado, la forma de conoceros...

inolvidable y precioso. Me recuerda algo a mi historia con Kevin.

Kevin era el ex-novio de María con el que había tenido una historia apasionante y, sobre todo, sufrida. Tenían solamente catorce años cuando comenzaron a salir y ella se enamoró de él como si fuese su propio mundo. Sin embargo, los padres de ella no lo aceptaron nunca y acabaron por separarlos a pesar del esfuerzo que ella puso por mantener a flote ese lazo. Yo viví esa relación de cerca y vi cómo ella luchaba con uñas y dientes por una causa perdida. En aquellos momentos no lo entendía, pero ahora sí que lo hacía. Ahora comprendía por qué ella no perdió la esperanza hasta que no hubo ni una simple gota. Comprendía por qué se arriesgó a ser enviada al norte para ser ingresada en un internado. Ahora una ventana se abría ante mí para mostrarme cosas que antes no había entendido.

Admiré su valor, el peso que había tenido que aguantar y la tristeza con la que había acarreado.

—Sí, tienes razón. Ahora tú, que tienes experiencia en amores prohibidos, podrás aconsejarme.

Se escuchó una risa al otro lado de la línea.

—Exacto, y también entenderte. Mira, no voy a juzgar lo que estás haciendo para mal, sino todo lo contrario. Sé lo que significa querer tanto a alguien y voy a apoyarte en lo que sea. Si necesitas tapadera, la tendrás. Voy a intentar ver las cosas buenas de todo esto. Ya sabes que soy muy empática.

—Sí.—Asentí sin ser consciente de que nadie me veía—. No pierdas nunca ese aspecto de tu personalidad. ¡Estoy encantada!

Otra risa se volvió a escuchar al otro lado de la línea. Una risa complacida que escondía un timbre de dolor.

—No lo estés tanto, ser empática a veces no es bueno. Vives las cosas que le pasan a otro como si fuesen tuyas. Y con eso me refiero tanto a las cosas buenas como a las malas.

—Tienes razón. Por cierto, necesito saber qué habéis hecho hoy en clase.

—No mucho. Apenas han preguntado dudas y ha dejado la hora completa para estudiar. Hemos adelantado y... poco más.

—¿Y qué hay de los temas? ¿Los llevas bien preparados?

—¡Ni hablar! Aún me queda repasar. Son mucho más largos de lo que parecen. O eso, o es que soy malísima para estudiar.

—¿Más largos de lo que parecen?

—Sí. Todos esos cuadritos morados de información... no quiero asustarte, pero el profesor nos obliga a estudiarlos.

—¿Los cuadros morados también?! ¿Y qué hago aquí hablando contigo? ¡Será mejor que me ponga manos a la obra!

Nos despedimos entre risas y colgué.

Con todo lo que había ocurrido ese día y el anterior, en mi mente solo estaba Alîm; Alîm sonriéndome, besándome, diciéndome que jamás olvidaría ese día, dejando que oyese su corazón a través de la fina camisa, susurrándome, tocando mi tatuaje de la clavícula con sus dedos...

Sacudí la cabeza tratando de ahuyentar esos pensamientos y volví a mirar el libro lleno de letras (más que de dibujos); tuve que esforzarme mucho para memorizar la primera página.

Capítulo 6

ALÍM: CONVERSACIONES SINCERAS.

Por culpa de los exámenes no pude volver a ver a Jazmín en toda la semana y tuve que aguantarme con los recuerdos que, aunque pocos, eran valiosos. Además esos últimos días me habían servido para comprobar cómo de fuerte era nuestra conexión; ahora estaba convencido de que entre nosotros había algo indestructible, poco normal.

Estaba emocionado porque por fin vería a Jazmín tras el almuerzo, con esa sonrisa suya, esa alegría incontenible y esos preciosos ojos verdes. Con tan solo pensar en ella se me erizaba el vello de la nuca. En mi corazón parecían trotar al menos diez caballos de carreras. El único problema era que no sabía si ella soportaría ver a mis dos hijos.

Ese fin de semana tenía que quedarme con ellos, y cuando Jazmín los viera podría poner fin a nuestra relación (ella, no yo. Estaba demasiado encandilado con la joven como para dejarla). En cierto modo tenía todo el derecho del mundo: Si yo tuviese dieciocho años, el hacerme responsable de los niños de otro habría sido razón suficiente para salir huyendo. No pensaba hacerla responsable (no os equivoquéis), ella estaba en su derecho de agobiarse. Ya que me sentía tan unido a ella, quería pasar por eso lo antes posible con el fin de evitar daños futuros; para estar conmigo tenía que aceptarlos a ellos. Veníamos tres en uno. Éramos una familia y eso nadie podría cambiarlo. Sería decepcionante que no lo aceptara.

—¡Mohamed! —exclamé buscando mis llaves en el mueble de la entrada.

Él sacó la cabeza por una puerta con los auriculares medio puestos, el pelo revuelto, sin camiseta y con un cigarro recién encendido atrapado en los labios.

—Dime.

—¿Has visto mis llaves?

—No, pero conociéndote te las habrás dejado en la cocina, como siempre. ¿Por qué tanta prisa? —Salió de la habitación y me persiguió por el pasillo—. Te ves nervioso.

—Sí. Es que tengo que pasar a recoger a mis hijos, y después a Jazmín, así que imagínate la situación.

Se puso la mano en la frente y abrió la boca sorprendido.

—¿Tus hijos y Jazmín? ¿Tan pronto? —Agarró mi hombro como si me fuese a dar el pésame—. ¿Qué te ha hecho esa chica?

—Si quieres que te diga la verdad, no lo sé. Ya sabes que tienes un primo con un corazón muy sensible.

Mohamed se carcajeó y apartó su mano de mi hombro. Cuando dejó de reír, me miró muy serio.

—Ten cuidado, ¿vale? Me asusta que estés así conociéndola desde hace poco.

—¿Por quién me tomas? Lo de corazón sensible era una broma.

—Dices que es broma, pero vas a presentarle a tus hijos. ¿Para qué? ¿Para evitar más daño en un futuro?

Sacudí la mano de arriba abajo quitándole importancia. Lo último que quería era preocuparlo.

—No discutamos ahora. Tengo mucha prisa y cosas en las que pensar. Reconozco que sería una desilusión para mí que no los aceptara.

Había olvidado a muchas mujeres en mi vida, pero con ninguna me sentía tan conectado. Si Jazmín no aceptaba a mi familia, aunque me costaba reconocerlo, me dolería.

—Sabes que si se los presentas tienes que contarle la historia con tu ex-mujer, ¿no? Espero que estés preparado y que ella sea abierta de mente.

—Lo estoy —comenté serio. Había pensado mucho en ello, sin embargo, había dejado de hacerlo porque la historia siempre acababa con Jazmín desconfiando de mí—. Tendré que contárselo tarde o temprano. No quiero empezar una relación con secretos.

—Pues te deseo toda mi suerte. Es un tema peliagudo.

Vi el reflejo de una de las llaves en el cenicero y corrí a agarrarlas. Le quité uno de los cigarrillos a mi primo y me lo llevé para el camino. No me gustaba fumar delante de mis hijos, por eso, antes de llegar a casa de mi ex-mujer, lo tiraré por la ventanilla.

A decir verdad hacía poco que empecé a dejar el tabaco, pero lo haré sin prisas, tomándome mi tiempo. Cuando me sintiese preparado

compraría un cigarrillo electrónico y, luego, me pasaría a los chicles.

Con un gesto de la cabeza me despedí igual que él hizo conmigo.

Al cabo de pocos minutos ya estaba recibiendo a unos muchachos radiantes de felicidad que se aproximaban al coche como si fuese lo último que importara. Sus risas familiares me recibieron con entusiasmo, sus voces inocentes me cautivaron y supe que no podría dejarlos nunca. Ellos eran carne de mi carne. Llevaban mi sangre en sus venas.

—¡Papá! —gritaron a dúo.

Eran un niño y una niña, los más preciosos para mí. Ella se llamaba Tisha, la belleza exótica más mona que había visto nunca. Todo en ella era adorable y gracioso, como la hija de un ángel al que nadie se puede resistir. Siempre que quería algo me miraba con sus grandes ojos castaños, y yo no podía negárselo.

Por otro lado, él se llamaba Rasel y se parecía una barbaridad a su hermana: Ambos de ojos almendrados, cara redonda, pestañas largas y pelo más negro que el carbón. Si alguien los viese por la calle los confundirían con gemelos.

—¡Hola! No sé por qué me parece que cada día sois mayores —dije mientras los abrazaba y esperaba a que se acomodasen en los asientos traseros—. Hoy vamos a conocer a una amiga nueva.

—¿Una amiga nueva? —preguntó Rasel.

—¿Cómo se llama? —interrogó Tisha.

—Sí, es una amiga nueva, y se llama Jazmín.

—¡Como las flores! —Me interrumpió la pequeña.

Ella era así de habladora. Quizás por eso no me importaba que Jazmín me interrumpiese a cada momento: estaba acostumbrado.

—Sí. Veréis qué buena es. Se nota que le encantan los niños, así que podréis jugar con ella tanto como queráis. Por cierto, Rasel. ¿Cómo te ha ido en el colegio? ¿Le has pedido salir a esa niña que te gusta? ¿Y tú, Tisha? ¿Has sacado un diez en tu examen de matemáticas?

De pronto ambos quisieron contestar a la vez y se escuchó un tumulto de voces en el asiento trasero. No era desagradable, al contrario. Me gustaba su compañía. Que ambos quisiesen hablarme a la vez me

hacía sentir querido.

—Tranquilidad. —Traté de imponer—. Primero le toca contestar a Rasel, que le he preguntado antes.

Tisha se cruzó de brazos, infló las mejillas y sacó los labios en señal de disgusto.

—Pues no, papá. Es que ya no sé si me gusta ella u otra niña que se llama Sara. Es que Marta se ha enamorado de otro.

—No me digas. ¿Y cómo es esa Sara?

—Rubia, con los ojos azules y muy, pero que muy lista.

—Anda, mira tú que bien. A este paso podrás tener novias a montones.

—Pues yo he sacado un nueve y medio y la señorita me ha nombrado encargada de la clase.

Sonreí buscando aparcamiento, dejándome llevar por las risas de mis hijos que, sin enterarme, se habían internado en una acalorada discusión sobre quién de los dos sacaba mejores notas. Ambos comparaban resultados de sus últimos exámenes, trabajos, y el número de veces que habían sido encargados del aula.

Cuando llegué a la plaza, Jazmín me miraba sonriente con unos ojos cargados de felicidad y amor. Un amor que no necesitaba palabras, de hecho, ella no solía usar palabras para expresarlo.

No me importaba. Si quería se expresaría. Aún era pronto para juzgarla y me quedaba mucho de ella por conocer.

—Hola, Alím —saludó—. ¿Éstos son tus dos hijos?

Me quedé helado. ¿Cómo sabía ella...?

—Te lo contaré. No pongas esa cara, todo tiene su explicación.

Se acercó a mí y me propinó un tierno beso en los labios. Un beso que hizo que todo mi cuerpo se estremeciera y mi mente se disparara. Yo se lo devolví acompañante de una mirada más ardiente que la lava líquida. Eso era lo que sentía dentro de mí; lava por sangre. Pero no quemaba, calentaba. Era más agradable que llegar a tu casa en invierno después de una nevada y acurrucarte en el sillón mientras bebes

chocolate con leche y ves el programa de la noche.

—Ven, te presentaré a mis hijos —dije cogiéndola de la mano.

Tisha y Rasel la miraron y le sonrieron.

—Estos son Tisha y Rasel.

—¿Esta es la mujer con nombre de flor, papá? —preguntó la pequeña.

Se balanceó de un lado a otro mientras se tocaba el vestido con timidez.

—Sí, hija. Es ella.

—¿Y jugará con nosotros?

—¡Por supuesto que jugaré! —intervino Jazmín—. Vosotros id a los columpios. Luego iré yo.

—¿De verdad?

—¡Pues claro!

—Vale, pues allí te esperamos. No tardes, ¿vale?

Los dos pequeños nos dieron la espalda y se alejaron corriendo. Nosotros nos dirigimos al banco limpio más cercano a la zona de juego y nos sentamos el uno junto al otro. Era impactante cómo sentía la atracción de Jazmín, magnética, en mi propia piel. Seguía sin saber a qué se debía, así que no hacía más que sorprenderme.

Al sentarse, su camiseta se arrugó y su minifalda se levantó dejando ver más muslo bajo las medias oscuras. ¡Qué poco necesitaba yo para sentir la presión en mis vaqueros!

—Mi madre es vidente —explicó con total naturalidad. Después me miró atentamente, pero no abrí la boca—. Me ha dicho que tienes dos hijos, que estas divorciado y... algo de juicios y maltratos. —Me miró de nuevo revolviéndose nerviosa en el banco—. No quiero pensar mal de ti. Seguro que tienes una explicación lógica para esto. No quiero presionarte, solo quería que supieras que soy consciente.

Sin duda esa chica iba al grano. Ni siquiera me había preguntado cómo iba mi día, y eso me gustaba: directa, sin dar rodeos innecesarios.

—Vaya, me impresionas. Estoy sin palabras. —Me revolví yo también sin saber muy bien cómo contestarle. Lo último que esperaba era que su madre fuese vidente—. Me sorprende tu sinceridad, quedan pocas personas así en el mundo. Y gracias por tu discreción. Sé que solo quieres informarme, pero, de todas formas, te contaré la verdad.

»Me casé joven, con diecinueve años, y nunca me llevé muy bien con mi ex-mujer. Ella es de esas mujeres que te absorben, te quieren para sí las veinticuatro horas del día, pero yo nunca he sido así. Un día todo explotó y... ya está. Se acabó el amor.

—¿Y esa es toda la historia? ¿Se acabó el amor y os divorciasteis?

—Sí. Luchamos por no hacerlo. Ya sabes, por los niños. No queríamos que salieran perdiendo. Pero cuando algo está tan muerto, cuando no hay brasas que encender, entonces todo está perdido. Ella no podía soportar no tenerme controlado. Yo llegué a odiarla. Ni siquiera la veía como mi mujer, más bien como a una enemiga. ¡Estaba viviendo con una persona a la que no soportaba!

—Al final pasó lo inevitable.

Asentí.

—Cuando un matrimonio está así de roto, es muy difícil arreglarlo. Más cuando la mujer es una víbora.

—¿Víbora?

Jazmín rio.

—Sí. Verás, aunque no conozcas a ninguna, hay más mujeres malas escondidas en la multitud de las que crees, y mi ex-mujer era una de ellas. Cuando nos divorciamos y empezamos a discutir por la custodia de los niños, no le faltó tiempo para inventarse que yo era un maltratador. —Resoplé. Esa arpía me había hecho la vida imposible durante meses y aún lo intentaba—. Jazmín, ella quiere verme entre rejas, pero no lo conseguirá. No con mentiras. Solicitaré un psicólogo que me evalúe, si es necesario, para demostrar que el peligro de la relación no soy yo. Es ella.

—Entonces, ¿tú nunca has maltratado a nadie?

—Me extraña que me lo preguntes. Creo que no necesito responder porque ya sabes la verdad. ¿No es cierto? En tu interior.
—Señalé a mi propio pecho.

Ella asintió de manera precavida con la vista clavada en mí.

—No te veo como alguien malo. Mi madre estuvo repitiéndome que no confiara en ti, pero siento algo que no puedo explicar. Es una certeza, no un presentimiento. Lo sé, y ya está.

Me contenté al descubrir que no era el único confuso ahí. Ella también se preguntaba por la conexión, por las casualidades y ese lazo invisible que nos conectaba. No eran imaginaciones mías. ¡No me estaba volviendo loco! Ahora mismo lo notaba tirando de mí hacia ella y viceversa. No podía tocarlo, ni sentirlo sólido, pero casi.

—Me alegra que pienses eso, aunque no negaré que soy una mala influencia en ciertos sentidos.

—¿Cómo? —Frunció el ceño.

—Sí. —Me encogí de hombros, abrí mi chaqueta de cuero negro y dejé ver un cigarro guardado en mi bolsillo—. Pero nunca intentaré influenciarte en nada. Juro que te respetaré en todos los campos.

—¿En todos? —preguntó con tono travieso.

Tenía la mente sucia de una adolescente. Su sonrisa ladeada hizo a mi entrepierna reaccionar con exquisita presión por segunda vez en la tarde.

—En todos —respondí con una sonrisa de oreja a oreja.

Ella soltó una risita satisfecha mientras miraba a Tisha y a Rasel, jugando en toda su inocencia. Ambos se balaceaban en los columpios colgantes. Competían por ver quién llegaba más alto.

—Me encantan los niños —habló. Pasó su dedo índice por su pelo y acarició un mechón que le caía sobre la clavícula—. A veces pienso que me gustaría volver a ser pequeña. Tener cinco años y no preocuparme por nada.

Allí, mientras el viento de otoño soplaba y los perros saltaban entre las hojas marrones, recordé que debía partir a Inglaterra dentro de poco. Casi lo olvidé con la emoción de esos días. Además era duro separarse de los hijos, pero al mismo tiempo lo necesitaba para desconectar de la realidad. Lo había hecho más de una vez y podía soportarlo. Aunque en esta ocasión era distinto porque no quería ir solo: quería llevar a Jazmín conmigo.

—Eso me recuerda a que pronto me iré a Inglaterra.

De repente, Jazmín me escrutó con los ojos muy abiertos y vi un reflejo de pena cruzar por ellos, sin embargo no dijo nada. Era bastante reservada. ¿O más bien debería decir respetuosa?

—Bueno —habló por fin tras una pronunciada pausa—, no seré yo la que te lo impida, por mucho que crea que tenemos una conexión. Ya sabes, por eso de pensar lo que el otro piensa, llamarnos cuando el otro se está acordando... En fin, no seré yo la que te detenga.

—¿Y no prefieres venir conmigo? —Ella y yo, juntos. Sin videntes ni juicios de por medio—. Nosotros solos, allí, donde nadie nos moleste. Dedicados únicamente al rap y a vivir la aventura. A probar suerte y a dormir bajo un puente si no la hay.

La tristeza desapareció de su mirada y apareció la rebeldía, pero no dijo nada. Se quedó callada mientras miraba al cielo ahora naranja.

—No puedo —concluyó al fin—. Es decir, puedo, pero no ahora mismo. Tendría que pensarlo. Los estudios, la familia... aunque esté deseando deshacerme de ellos siguen siendo mi sangre. Eso no lo sustituye nada.

—Tienes mucha razón, pero piénsatelo bien cuando estés en casa. Además, podemos irnos cuando llegue la navidad. No falta mucho y apuesto a que lo aprobarás todo. Has estudiado muchísimo.

—Sí pero... sí, ¿Por qué no? Irnos a Inglaterra en navidad. Hacer una pequeña escapada para estar contigo y que mi madre deje de creer que soy de su propiedad. Si me voy quizás aprenda a no sobreprotegerme. Estoy harta de sus limitaciones. Por otro lado están mis hermanos. Ellos lo pasarían mal sin su hermanita mayor. —Apoyó la frente en su mano—. Tengo que pensármelo.

Las palmas de mis manos comenzaron a sudar. Algo me dijo que ese duelo estaba ganado, pero no debía cantar victoria. Aunque ella dijese que iba a pensarlo, en mi interior sentía que ya había decidido. Ella era tan impulsiva, sincera, aventurera y, a la vez, tan inocente... por esa chica perdía la cabeza y la perdería mil y una vez más.

—Gracias por pensártelo.

—No hace falta que me las des. Debería dártelas yo por proponérmelo, por haberme presentado a tus hijos y por haberme contado los problemas con tu ex-mujer.

Sonreí satisfecho. No solía ser así de sincero con todo el mundo y menos con las mujeres, pero quería abrirme a esa adolescente de ojos verdes. Ella me trataba como si me conociese, así que sentía que tenía que darle lo mismo. Corresponderla igual que ella me correspondía a mí. Estar en igualdad de condiciones.

—Sí, pero no me apetece hablar de eso ahora mismo. Cuéntame: ¿Cómo que tu madre es vidente? ¿Ve espíritus y todo eso?

—¿Que quieres decir con «todo eso»?

—Sombras, poltergeist, demonios...

—Sí. —Levantó el brazo interrumpiéndome—. Poltergeist no lo sé, pero sí espíritus, demonios... y, como ya habrás comprobado, tiene visiones. A veces es espeluznante, pero con el tiempo te acostumbras.

Imaginé una especie de Jazmín con arrugas sentada en una mesa frente a una bola de cristal, invocando espectros mientras ponía los ojos en blanco y temblaba con descontrol.

—¿Es hereditario? —interrogué curioso.

—Depende.

—¿Depende? Por favor, algo más concreto.

—Mi hermana no ha heredado nada de ese don. Mi hermano posee una sensibilidad enorme, es decir, ha heredado bastante de mi madre. Yo... digamos que estoy entre ambos. A veces veo cosas extrañas, las noto. De todas formas no quiero que mi sensibilidad se desarrolle más. No lo soportaría.

El vello de la nuca se me erizó. ¿Cómo sería convivir con una persona así?

—¿Tienes miedo? --Se carcajeó bromista.

Levanté una ceja y la miré serio.

—No, pero me causa respeto.

Justo en ese momento mis hijos llegaron corriendo y riendo. Miré el cielo y descubrí que estaba oscureciendo. ¿Cómo era posible que el tiempo pasase tan rápido junto a ella? ¡Los minutos se convertían en segundos!

Al parecer ella pensó lo mismo, abrió mucho los ojos y se levantó de un salto agarrando el bolso.

—¡Me tengo que ir!

—¿Nos vamos ya? —intervino Tisha.

Vi que Jazmín sonreía al mirarla.

«Los aceptará como si fuesen suyos. »

—Sí, hija —contesté tratando de disimular mi satisfacción—. Ya es casi de noche. Os tengo que llevar a casa y luego llevar a Jazmín a la suya.

—¿Jazmín no tiene coche?

—No, hija.

—Ah —concluyó.

Suspiró hundida en sus pensamientos infantiles.

Capítulo 7

JAZMÍN: AL LÍMITE.

El día había sido raro, pero eso no significaba que fuese malo. A decir verdad me gustó, porque habíamos hablado de nuestra vida. Ahora sabíamos un poco más del otro y eso nos unía. La prueba estaba en que no quería que acabara. No quería volver a casa y esperar a que llegase la navidad. Tampoco me apetecía ver a mi madre, claro. Si lo hacía le gritaría a la cara que Alîm era bueno, que ella estaba equivocada todo ese tiempo. Lo que necesitaba era quedarme en el coche con él un poco más.

Noté que agarraba mi barbilla con la mano derecha y me levantó la cabeza para que lo mirara. Al hacerlo se me quedó un pelo pegado en el brillo de labios, y me lo apartó con la mano libre.

—¿Qué piensas?

—En que últimamente me siento más viva de lo que me había sentido nunca. Pienso que no quiero que esto acabe.

—Yo tampoco quiero que esto acabe, Jazmín.

—Estamos de acuerdo entonces. —Me carcajeé—. Ahora debo irme o mi madre me dará la lata, si es que no ha tenido ya una visión de las suyas —comenté poniendo los ojos en blanco—. Encantada de conocer a tus hijos.

Puse la mano en la manivela decidida a irme, pero él me detuvo agarrándome del brazo izquierdo, pegado a la plaza del conductor.

En la calle, un perro sin raza corría detrás de un gato más grande que él.

—¿Crees que voy a dejar que te vayas así?

—¿A qué te refieres?

—Hace poco me dijiste que tenía que merecerme tus besos. ¿Acaso sigo sin merecerlos?

Me escrutaba con una pasión enloquecedora. Sus ojos marrones estaban clavados en mí de una forma que rozaba la intimidación. Bajaba la mirada hacia mis piernas, la subía por mi cuerpo demorándose en mi escote unos segundos más, acabando en mi rostro.

—Reconozco que has sido sincero conmigo, has sabido escucharme, has respetado mis rarezas...

—¿Cómo no hacerlo? Has aceptado a mis hijos, Jazmín, y tienes dieciocho años. ¿Sabes lo que significa eso para mí?

—Cuando mi madre me lo dijo me impactó, pero me preparó.

—Así que su visión me ha beneficiado.

—Sí, en cierto modo. —Me encogí de hombros. El asa del bolso se deslizó por mi hombro y cayó al asiento—. De haberme enterado hoy no habría sabido cómo actuar. Seguramente te habría mirado como diciendo: «¿estás de broma?»

—Te habrías dado media vuelta y habrías echado a correr.

—¡Pues claro! —Reí—. Al llegar a mi casa te llamaría disculpándome, y todo estaría arreglado.

—¿Quieres decir que los habrías aceptado igual?

—Sí. Estoy segura de que no entra en tus planes que yo me ocupe de tus hijos, es decir, que me haga responsable de ellos, no sé si me entiendes.

Nerviosa, me restregué las manos. Quería decirle que los aceptaría y querría, pero que nunca sería una madre de verdad. Sería una amiga, sí. También los llevaría al colegio si era necesario, pero no les daría más de cuatro o cinco horas de mi tiempo. Podía sonar egoísta, pero con dieciocho años, una mañana ocupada por los estudios y vacaciones escasas, no entraba en mis planes ser madre.

Me estremecí, asustada por lo rápido que iba todo entre él y yo.

—No te preocupes, te entiendo.

Cogió mis manos para tranquilizarme. Las suyas estaban cálidas en comparación con las mías más frías.

Sin dejar de observarme se acercó a mi rostro hasta que nuestras narices se rozaron. Mi corazón reaccionó al instante y latió dos veces más rápido de lo que solía. Un temblor agradable recorrió mi cuerpo entero. Me gritaba que avanzara ese centímetro que nos separaba porque me causaba dolor. Sin él me sentía dormida, amurmada. Él era la batería que recargaba mis pilas. La pieza que encajada en el rompecabezas que

era mi cerebro, en el puzle de mi corazón.

—Para mí ha sido más importante de lo que crees —continuó.

Con un movimiento rápido y sensual, alargó su cuello y rozó mi labios con los suyos erizándome el vello. La electricidad se convirtió en pasión y el cariño estalló en mil chispas que me hicieron desear que me besase y me abrazase de por vida. Al parecer él también lo sintió, pues su beso empezó a notarse más apasionado y desesperado.

Enrolló sus dedos en mi pelo castaño y mi respiración se agitó al son de la suya. Casi sentí cómo mi cerebro cogía a la razón como si fuese un papel desechable. Entonces fue cuando decidí que deseaba hacer caso a mis impulsos e irme con él a Inglaterra cuando llegase la navidad. Sería divertido, sería una pequeña aventura personal. Una aventura en la que podría vivir momentos así todas las veces que quisiera.

Los brazos fuertes de Alím me apoyaron contra la puerta del coche y se colocó sobre mí, posesivo, sosteniéndose en los asientos para no aplastarme. Su mano derecha se deslizó suavemente por mi pecho mientras que su mano izquierda aún me tiraba del pelo con una pasión poco disimulada. Mi cuerpo juvenil, poco acostumbrado a los varones, reaccionó de forma exagerada, y mi mente me hizo ver imágenes de lo que de verdad deseaba que ocurriese en ese momento: que su mano siguiese bajando hasta desabrocharme el pantalón, que me desnudase y recorriese cada rincón de mi cuerpo con esos tiernos labios tan irresistibles.

El momento acabó pronto. Demasiado pronto para lo que yo hubiese querido.

—Ojalá pudiera controlar el tiempo para alargar este instante para siempre —me dijo.

Sonreí ruborizándome, cosa que no solía pasarme casi nunca hasta que lo conocí.

—Pienso igual, pero tengo que irme. Ya es de noche y mañana tengo el último examen.

—Y entonces serás libre.

—No seré libre exactamente, es decir, sí, estaré libre de exámenes, pero no de clases. Aunque ya no serán importantes siempre viene bien causar buena impresión.

Alím me acarició la mejilla con su dedo varonil mientras yo peinaba mi cabello con cuidado: entrar a mi casa despeinada sería

suficiente para ganarme una bronca y una sesión de preguntas incómodas con respuestas que tendría que inventar.

—Eres una adolescente muy responsable.

—Odio esa palabra. —Lo observé con el ceño fruncido.

—¿Responsable? —preguntó.

—No, adolescente. Me hace sentir pequeña. Prefiero más bien... juvenil.

—Está bien —respondió con una expresión divertida dibujada en el rostro—. Eres una joven muy responsable.

Reí encantada con su sentido del humor. ¡Dios mío! ¿Cómo era posible que todo lo que tuviese que ver con él me gustara? Era la primera vez que me pasaba y no hacía más que desconcertarme. Con él todo eran primeras veces. Me sentía como si recibiera inyecciones de adrenalina a cada hora.

Abrí la puerta del vehículo haciendo sonar un pequeño «clock», y salí de forma apresurada.

—Mañana te llamaré después del examen, joven responsable —continuó él.

—Lo espero —comenté mirándolo a esos preciosos ojos oscuros fijamente—. Adiós, hombre sabio.

Subí corriendo las escaleras de mi casa aún notando una calidez agradable en mi interior. Sus besos provocaban en mí el efecto de bañarme en chocolate recién fundido. Dulce y cremoso.

Tras abrir la puerta, la iluminación tenue del salón me sorprendió. Estaba más lúgubre de lo normal. La débil luz encendida en una esquina arrancaba sombras de las estanterías y de las figuras de guerreros indios que coleccionaba mi padre.

—Has vuelto a verlo, ¿verdad?

La voz surgió desde mi izquierda y tuve que forzar la vista para ver en la oscuridad del salón. Parecía una escena de terror en la que el asesino me esperaba entre las sombras y susurraba mi nombre con un timbre de amenaza. Con la diferencia de que no me aguardaba un asesino, sino mi madre.

Di un paso enfrentando su mirada con agallas, igual que lo haría Mina, la protagonista de mi serie preferida.

—Sí, mamá. Y voy a seguir viéndolo porque él no es como tú crees.

—¿Intentas decirme que no es un hombre divorciado, con dos hijos y denunciado por maltrato?

—Sí, bueno, no. Intento decirte que no es malo. Tienes dos hijos y está divorciado, pero no ha maltratado nunca a nadie. Si lo conocieras...

—¿iSi lo conociera!? ¡Mis visiones me han dicho suficiente y no me hace ilusión conocerlo! Los espíritus me hablan, Jazmín, y tú no puedes estar con él. Sois muy diferentes, vuestras vidas están demasiado alejadas.

La mecha de la bomba que era mi enfado prendió haciéndome estallar. La explosión se extendió por mis venas instalando las malas intenciones al borde de mi garganta. ¿Cómo podía esa mujer creer que lo sabía todo? ¿Creer que era la dueña de mi vida, cuando en realidad solo yo tenía la capacidad de decidir? ¡No la soportaba!

—Déjame —murmuré. Pero un murmullo no fue suficiente para callarla—. ¡Déjame! —exclamé—. ¡No lo comprendes! ¡No entiendes esa conexión tan especial que me une a él! —El esfuerzo por no llorar hizo que me doliera la garganta—. Cada vez que yo pienso en él, él piensa en mí. Cada vez que yo lo llamo, él me llama. Siento lo mismo que él, y él siente lo mismo que yo. Hay un lazo que nos une, es lo único de lo que estoy segura últimamente. No me pidas explicaciones porque no sabré dártelas. Tan solo sé que él es mi destino, y punto. Estoy segura de que ocurre algo entre nosotros diferente a otras relaciones. Ni siquiera sé porqué, ¡y no tienes ni idea de lo desorientada que me siento por eso!

Sí, yo no solía dejar ver mis sentimientos a cualquiera, pero esa mujer tenía la habilidad de sacarme de mis casillas. No solo eso. ¡Me sentía orgullosa de mis sentimientos por Alîm! Si pudiera, iría a la montaña más alta del planeta Tierra y gritaría lo feliz que era junto a él.

Por primera vez sentía que mi interior era algo público. Algo de lo que no me avergonzaba en absoluto y que podía reconocer ante cualquiera. Abuelo, cura, monja, niño, amigo u enemigo. Daba igual.

—Pues yo sí sé por qué os ocurre eso.

—¿Cómo? —interrogué sorprendida.

Su inesperada tranquilidad era lo último que esperaba en esa discusión provocada por la ira.

—Podrá resultarte extraño, pero sabes que creo en la reencarnación, ¿verdad? —Asentí, atenta—. Pues bien, resulta que, a veces, las personas... mejor dicho, las almas de las personas, se encuentran más de una vez a lo largo de sus vidas.

»Cada alma se reencarna en un nuevo cuerpo, y, a veces, conoce a una persona con la que vuelve a encontrarse en otra vida.

—Un momento —interrumpí tratando de digerir todo eso. ¿En serio mi madre estaba hablándome sobre almas y encuentros en vidas pasadas?—. No sé si he entendido bien, pero ¿intentas decirme que él y yo ya hemos estado juntos en otra vida?

Ella asintió tímidamente mientras mi estómago daba un vuelco vertiginoso. Al parecer la explicación no era ningún obstáculo para poder estar con a Alím, pero algo me decía que no acababa ahí.

—Es exactamente eso lo que intento decirte, pero no es tan sencillo como parece.

Se sentó en el sofá haciéndome un gesto para que la acompañase. Yo la complací como hija atenta que era en ese momento, y ella posó su mano sobre la mía.

De momento el enfado se había esfumado. Vale, no del todo. Lo notaba cerca, listo para estallar de nuevo.

—Con cada una de nuestras vidas el alma consigue experiencias diferentes. Experiencias que debe vivir para ser aún mejor de lo que ya es. ¿Lo entiendes?

Asentí sin decir nada. Si esa era la explicación que estaba buscando, no me perdería ni un detalle.

—Él y tú os conocisteis —prosiguió—, por eso tenéis esa conexión tan especial.

—No veo ningún problema.

—Déjame acabar, hija. A eso es a lo que voy: el problema es que no podéis estar juntos en esta vida. Por eso su vida es tan diferente a la tuya. Ambos aprenderéis cosas distintas de esta vida que os ha tocado.

¡No debéis cambiar esto! Ni siquiera tendríais que haberos cruzado.

—Espera, mamá. No sé si lo entiendo. ¿Lo que quieres decir es que no podemos estar juntos porque alguien o algo nos obliga a vivir experiencias distintas? ¿Por separado?

—Exacto. Ya os enamorasteis una vez en el pasado y aprendisteis lo que tuvisteis que aprender. Por eso no podéis estar juntos otra vez.

—¿Y quién nos lo impide?

De nuevo estaba enfadada. Enfadada con la vida, con las almas, con el destino y con mi madre por contarme todo eso.

—Lo impide todo: el universo, los espíritus, las leyes de la naturaleza, e incluso me atrevería a decir que nuestro mismo dios. Vuestras experiencias deben ser diferentes, y para eso debéis estar separados.

Esa afirmación tan rotunda me hizo apretar los puños y me dejó sin aliento, como si alguien me hubiese pegado por la espalda sin previo aviso o me hubiesen apuñalado en el estómago. ¡No estaba dispuesta a aceptar que mi destino estuviese ya escrito! ¡No quería darle la razón! ¡Todas sus explicaciones eran falacias sin argumento! Yo era la única dueña de mi futuro. Nadie más.

—¡No! ¡No estoy dispuesta a dejar a nadie decidir por mí! ¡Si me he cruzado con él, quizás sea porque así debe ser!

—No. ¡No! La cosa es que no deberías de haberte cruzado con él.

»Verás, soy consciente de que crees que nadie puede obligarte a nada, pero no podéis estar juntos por mucho que lo niegues porque es muchísimo más grave de lo que parece. La vida os separará a base de obstáculos y porrazos, y no parará hasta que os odiéis, o peor aún; hasta que uno de vosotros muera. —Realizó una pausa dirigiendo su mirada hacia el techo. Yo, por otro lado, notaba que se me iba la sangre a la cabeza—. Eso es lo que quiero evitar; que sufras. No me malinterpretes. Hago esto porque te quiero.

—¡No sigas con tus mentiras! —grité. Sabía que estaba siendo injusta porque ella solo pensaba en mi bien. Pero no podía soportar la verdad. No dejaría que nada me separase de Alím porque nunca volvería a conocer a nadie como él—. No quiero escuchar más. ¡No me creeré nada de esto hasta sufrir tanto como dices! ¡Con él me he sentido más viva que nunca, así que no pienso renunciar a él! ¡Será lo último que haga! ¡Lo

juro!

—No, hija, ¡escúchame! Tienes que hacerme caso por una vez en tu vida. ¡No tienes ni idea de lo mal que lo pasarás!

Escuché esas voces lejos de mí, aunque en realidad mi madre estaba a pocos pasos. Subí las escaleras de dos en dos con las lágrimas anegando mis ojos y la garganta al rojo vivo. Entré a mi cuarto y hundí mi rostro en la almohada. Después lloré como una niña pequeña dejándome llevar por intensas sacudidas que hacían temblar todo mi cuerpo, y los hipidos descontrolados que no me ayudaban a consolarme.

Recordé el día del acantilado, la sonrisa de ángel seductor de Alím, sus ojos, sus manos de varoniles dedos, el fuego que había entre nosotros, sus caricias... no. Tenía que intentar que eso saliese bien. ¡Quizás mi madre estaba mintiendo porque él no le gustaba! Aunque había visto la sinceridad en sus ojos me negaba a creer sus palabras. Era demasiado anormal esa historia de almas que se vuelven a encontrar y la vida los separa porque deben seguir caminos diferentes.

De repente, mi móvil sonó a un lado y lo miré a través del velo de lágrimas: Tenía un mensaje de texto. Con el dedo derecho lo abrí y observé que era de Alím; no pude evitar que una sonrisa se abriese paso entre la tristeza.

«Somos dos almas rebeldes que lucharemos por el amor verdadero. »

No era muy típico de mí pensar en frases así, pero me hizo sonreír y me dio ánimos para leer el mensaje y contestar con la cabeza fría.

«Ya he llegado a casa, Jazmín, y me siento extraño aquí. ¡Estoy deseando ir contigo a Inglaterra! Deseo que me digas que sí. Por cierto, espero que tu madre no te haya dicho nada, aunque, no sé porqué, presiento que estas mal.

Un gran beso.

Alím.»

Las sacudidas del llanto cesaron poco a poco, y me sequé las lágrimas con la mano derecha. Después recogí las rodillas contra el pecho y di al botón de responder.

En esa postura, el corazón roto dolía un pelín menos.

«Agradezco tu preocupación por mí. Sí, mi madre me ha regañado por llegar tan tarde y ya estoy harta. Harta de que controlen mi vida y no me dejen extender mis alas. ¿Sabes qué? Que quiero huir de aquí. Huir de esta casa pronto para irme contigo lejos. ¡Por supuesto que iré a Inglaterra! ¿Acaso no me conoces?

Un abrazo. Tu JOVEN responsable.»

No había dejado el móvil en la cama cuando llegó su contestación.

«¡Sabía que dirías que sí! Ardo en deseos de tenerte en mi cama. Y tranquila por lo de huir, yo estaré aquí cuando quieras. ¡Aunque decidieses escapar ahora mismo!

Tu sabio.»

¡Guau! ¡Ardía en deseo de tenerme en su cama! Eso me excitó y al mismo tiempo me emocionó. Nunca le había comentado que era virgen, pero sabía que para él no sería ningún inconveniente. A mí me transmitía un poco de inseguridad. ¿Dolería? ¡Esperaba que no! Él había prometido respetarme en todo, así que estaba segura de que cuidaría de mí cuando llegara el momento, si es que llegaba.

Por otra parte, me estaba incitando a escapar ya... YA. Y no había nada más tentador después de descubrir que las leyes del universo me impedían estar con él. Sí, ¿por qué no? Serviría para dar una lección a mi madre. Al fin y al cabo era lo que necesitaba: algo de libertad y soledad para pensar en mi vida deshecha.

¡Era impactante cómo podía cambiar todo en cuestión de días! Con tan solo conocer a una persona mi rutina ordenada se había convertido en una época de aventuras que ponían mi mente patas arriba.

Desactivé mi botón de joven responsable y dejó de importarme la razón.

Salté de mi cama aún con la cara húmeda y cogí el abrigo marrón que lucía cuando conocí a Alîm. Después agarré el bolso, el monedero con dinero, el DNI y mis guantes. Miré el móvil y contesté.

«Alîm, he decidido escapar esta noche. Ya no aguanto más aquí. ¡Es superior a mis fuerzas! ¿Podrías recogerme en la plaza en la que nos conocimos?

Tu joven responsable.»

El teléfono vibró de inmediato.

«Estaré ahí en media hora.

Ánimo.»

Sí, media hora era suficiente para que mis padres se quedasen dormidos y poder escapar sin que me escucharan o sospecharan nada.

Me miré en el espejo y me repasé el maquillaje agrandando mi ojos y echando brillo a los labios. Después me peiné un poco y me senté en la cama a esperar, pensando en todo lo ocurrido esas últimas semanas.

Cuando conocí a Alím pensé que mi vida cambiaría, y no me equivoqué. ¡Ya no había ni rastro de mi aburrido día a día! ¿Cuándo habría pensado yo en escapar de casa e irme a Inglaterra a escondidas? Sin duda era un alma rebelde. Un alma que estaba viviendo cosas que quizás nunca había vivido.

Eso me hizo pensar en si debía contarle a Alím todo lo que mi madre me había confesado. Llegué a la conclusión de que no. No iba a contárselo aún. No quería que se asustase, ni que comenzase a pensar en si debía dejarme para evitar el sufrimiento.

La simple idea de que pudiese abandonarme me provocó un fuerte dolor en el pecho, así que decidí ahuyentar esas imágenes. Ya habría tiempo para solucionar nuestro problema.

Oí que mi madre se lavaba los dientes y hacía gárgaras con miel y limón. Tras eso, el silencio inundó la casa y salí de mi cuarto con toda la serenidad del mundo. Suerte fue que mi suelo no crujiera, ni tampoco las puertas, y conseguí llegar a la entrada, más sigilosa que un fantasma. ¡Me sentía como una espía secreta que trata de averiguar una verdad que cambiaría el mundo!

Cogí el matojo de llaves y metí la correspondiente en la cerradura, cuando noté un soplo de aire frío en mi nuca.

«Oh, no. »

Era una sensación que conocía bien, parecida a la emoción de miedo (cuando crees que alguien te escruta desde cada rincón de tu cuarto a oscuras) mezclada con el tacto de una corriente de aire helado; la presencia de un espeluznante espectro detrás de mí, vigilándome. Di media vuelta y estudié esa figura blanca que despedía un leve resplandor; era un fantasma bueno. Un habitante del paraíso, aliado de Dios. No había

razón para asustarse. ¡No me haría daño!

Sonreí, y él pareció sonreírme también (al menos eso sentí yo) a pesar de que carecía de rostro. Percibí que ese espectro quería que hiciese lo correcto, que me decía una y otra vez que me quedara, pero yo no hice caso. Me coloqué de cara a la puerta y salí a la calle.

Tuve que adentrarme entre los callejones para que nadie me viese.

Cuando llegue a la plaza vi que estaba igual que el día que miré a Alím a los ojos por primera vez: Con un manto de hojas secas y un viento tranquilizador que mecía mi cabello suelto.

—Estoy aquí, Jazmín.

Alím se encontraba aparcado en un extremo del parque saludándome con la mano. Sin perder tiempo me dirigí a él y monté en el coche dando un portazo.

Estaba tan guapo que me olvidé de respirar.

—¿Qué te ha dicho tu madre esta vez?

«No se lo cuentes aún. » Escuché una voz en mi interior.

—Lo de siempre, quiere controlar mi vida, quiere cortarme las alas. Me siento tan reprimida, tan poco yo... No quiero volver ahí.

—En ese caso, te llevaré a un sitio donde te sentirás mejor.

Me sonrió misterioso y me besó con una ternura infinita que me hizo sentir como en casa.

Capítulo 8

ALÍM: NOCHE DE LUCIÉRNAGAS.

Muy pocas personas conocían la zona donde la llevaría, ya que estaba muy escondida y era un lugar bastante íntimo. Justo lo que ella necesitaba.

No le había dicho nada, pero sabía que estaba enfadada y dolida por algo. Se veía en su mirada, más perdida que de costumbre. Llevaba todo el camino observando nada en especial.

—¿Dónde vamos? —me preguntó una vez aparcado el coche, mientras caminábamos a través del bosque.

—Es una sorpresa que te hará olvidar todos tus problemas.

—Adoro tu misterio.

—Lo sé. —Sonreí para mí—. Y también adoras las sorpresas.

—Mientras no te dejes en mí nada de dinero...

Soltó una carcajada que hizo eco por la montaña, pero yo sabía que lo decía en serio. No me había dejado invitarla a nada en ninguna de nuestras citas y, si lo hacía, se sentía culpable y me prometía devolverme el dinero pronto.

—Sabes que a mí me encantará mantenerte mientras estudias. No dejaré que te falte de nada nunca. Por eso, cuando vayamos a Inglaterra me esforzaré para darte todo lo que necesites.

—¡Oh, Alím! Ya tengo a mis padres para mantenerme. Aunque no sé si me seguirán queriendo después de escaparme.

—No digas eso. ¡Claro que te querrán! Quizás te regañen o te castiguen, pero te querrán igual. Los padres son así. Yo también tuve problemas con los míos cuando tenía tu edad.

—¿Tú? ¡Pero si eres todo responsabilidad!

Levanté una ceja.

Quizás el tener hijos me había hecho más responsable, en eso tenía razón. No pensaría lo mismo si me hubiese visto con dieciocho años. ¡Yo era mucho peor que ella! Escapar de casa una noche habría sido un

favor hacia mis padres en vez de un castigo.

—Jazmín, tengo dos hijos, ya lo sabes. ¡Y al mayor lo tuve con tu edad! —resoplé al recordar lo duro que había sido aceptar el embarazo de mi ex mujer—. Dejé embarazada a una adolescente.

La chica se rascó la cabeza.

—Hmmmmm. Si yo me quedase embarazada con esta edad, mis padres me echarían de casa. Así que, sí. Tú ganas. Eras más irresponsable que yo.

—Reconoces que no puedes competir con eso.

—Lo reconozco. —Se carcajeó.

Me dieron ganas de hacerla reír toda la vida. ¡Ojalá no parase nunca!

—Estamos cerca. Ven, te ayudaré a subir —dije tendiéndole una mano para que subiese por las grandes rocas cubiertas de musgo, resbaladizas por la humedad de la lluvia.

Su contacto me hizo desear besarla de nuevo. Besar sus suaves dedos y sus deliciosos labios. ¿Cómo podía saber tan bien? ¿Mantendría todo ese sabor a lo largo del cuerpo? Si era así no podría despegar mis labios de ella.

Con un suspiro de cansancio, la muchacha esquivó las rocas y pudimos continuar con nuestro camino. Sus mejillas se colorearon de rosa por el calor del esfuerzo, cosa que me preocupó: No era una buena noche para sudar. Hacía demasiado frío y no quería que se constipara a tan solo dos días de viajar a Inglaterra.

—Ya hemos llegado —La rodeé por los hombros mientras traspasábamos una especie de muralla formada por abetos muy pegados entre sí.

—¡Es increíble! —gritó revolviéndose emocionada entre mis brazos.

Sí, lo era: una explanada circular e íntima se extendía frente a nosotros, toda ella cubierta por una capa de hojas secas que despedían olor a frescura. Sobre estas, diversas luciérnagas volaban iluminando la noche como si fuesen pequeños faroles que se movían y nos daban la bienvenida. Era increíblemente bonito. Una perfecta manifestación de la naturaleza que resplandecía en la noche. En el cielo, decenas de estrellas titilaban observándonos desde sus hogares y la Luna Llena iluminaba a los

árboles con su luz clara y arrancaba de ellos destellos plateados.

—Es lo más precioso que he visto en mi vida.

Sonreí.

Al soltarla, Jazmín echó a correr entre las luciérnagas y empezó a saltar y a bailar igual que una bailarina en el teatro, dando vueltas y estirando su cuerpo a un lado y a otro. Las luciérnagas se apartaron de su camino y la rodearon haciéndola parecer una diosa cubierta de luz. Era tan mágico que su risa me sonó a canción. Si existiesen las hadas, esa sería su forma de reír. Era tan hermosa que me dieron ganas de tomarla allí mismo. Podía parecer atrevido, pero viéndola ahí, tan inocente e indefensa, no hacía más que aumentar mi deseo.

—Sabía que te gustaría. Es muy bonito.

—¿Cómo lo descubriste? —interrogó acercándose a mí con la respiración acelerada.

La agarré de la mano y la llevé al centro del círculo otoñal. Allí me senté y ella me siguió, acomodándose junto a mí. Después apoyó la cabeza en mi hombro y estudió las luciérnagas con atención.

—Llegué hasta aquí haciendo ciclismo, por casualidad. Fue el año pasado alrededor de esta época, pero era de día y venía con mi primo Mohamed.

—¿Así que, en cierto modo, esto también es nuevo para ti? Por las luciérnagas y las estrellas.

—Sí —afirmé contagiado por su felicidad—. Nunca había visto tantas luciérnagas juntas. Supongo que hay algo aquí que las atrae.

—Yo ni siquiera había visto una luciérnaga en mi vida.

Se tumbó cuan larga era y suspiró, satisfecha, haciendo que una nubecilla de vapor se formase enfrente de ella. Tras eso me dirigió una mirada ardiente y devoradora que dejaba claro que deseaba un beso de los intensos. De esos que te dejan sin aliento.

Ni siquiera había acercado mi boca a la suya y ya sentía que mi pantalón era un intruso que encerraba a mi cuerpo en una cárcel.

Me tumbé junto a ella y la besé con todas mis ganas notando que la electricidad que había entre nosotros se convertía en fuego. Un fuego que fácilmente podría hacer arder a todas esas luciérnagas que nos rodeaban, y transmitirse de árbol en árbol hasta carbonizar el bosque

entero.

De inmediato, ella pasó su brazo por mi cuello y me apretó contra su rostro. Nuestras lenguas se unieron en una erótica danza llena de giros y tanteos, y el cuerpo de ella se arqueó bajo el mío pidiéndome más. Como era evidente, yo no le di negativa. Cada beso suyo era una droga para mí. Desabroché su abrigo con infinito cuidado y metí una mano bajo su camiseta mientras que con la otra sostenía su cabeza. Después rocé su ombligo y ella soltó un leve gemido y rodeó mi cintura con las piernas: Los vaqueros estaban fríos, al contrario que su tripa aterciopelada. Subí la mano recorriendo todas las líneas de su torso y rocé su pezón ya duro por la excitación. Era pequeño, rugoso, y deseé desnudarla para poder tenerlo entre mis labios, para poder escuchar sus gemidos desesperados pidiéndome más y más. Yo también quería avanzar. Mi mente me lo pedía, mi cuerpo entero lo hacía. Y los pantalones... no los soportaba. Sentía que mi miembro deseaba salir de ahí, y quería probar cómo usaba sus manos en mí.

—Alím —murmuró en un gemido.

Mi nombre en su boca me excitó tanto que no pude evitar desnudar su torso por completo.

Su sujetador liberó unos pechos firmes y pálidos que parecieron encajar en mi mano a la perfección. Los lamí y los chupé, y ella gimió una y otra vez arqueándose mientras me ofrecía todo su cuerpo. Cogí sus manos y las inmovilicé sobre su cabeza para que se sintiese indefensa: ahora ella era mía. No sabía si lo seguiría siendo en un futuro, pero lo que contaba era el ahí. El ahora.

Con los dedos desabroché sus vaqueros y traté de bajarlos un poco, dejando acceso a unas braguitas celestes preciosas. Después introduje mi mano por ellas y rocé su clítoris con cuidado; estaba tan mojada que no pude evitar soltar sus brazos para desabrochar mis vaqueros.

—Oh, Alím —pronunció de nuevo.

Le llené el cuello de besos mientras la acariciaba con cuidado. Con la mano libre, dirigí la suya hacia mi entrepierna y la enseñé a moverse a mi alrededor. Con su movimiento, un increíble placer me hizo querer explotar, pero resistí totalmente erecto, notando su mano cálida subiendo y bajando a ritmo tranquilo.

—Así, Jazmín, así —murmuré en su oído derecho.

La muchacha dejó sus dudas aparte y me acarició el miembro ofreciéndome un placer divino que me hacía querer aún más. Para colmo,

y también para mi sorpresa, la inocente chica cogió mi mano que estaba metida en sus braguitas e hizo que mi dedo se introdujese en su interior; gimió con fuerza y me mordió el labio con fiereza. Lo atrapó entre sus paletas como una planta carnívora atrapa un insecto.

Me deleité en su olor y en su tacto; estaba increíblemente húmeda y preparada. Preparada para mí. Para que me deslizase hacia su interior y la embistiese una y otra vez, sin pausa, rápido envuelto por su cálida piel.

—Oh, Alím, para. Para, por favor.

Me quedé inmóvil al escucharla y me aparté. Después la miré a los ojos frunciendo el ceño en señal interrogativa.

La ausencia de sus labios en los míos dolió en mi piel.

—¿Qué te pasa?

—Me está encantado, lo prometo. Nunca creí que nada pudiese ser tan placentero pero... soy virgen, ¿vale? —Tragó saliva de forma sonora y se incorporó sobre la hierba húmeda—. Deseo tener sexo contigo con toda mi alma. Es que... tengo miedo.

Parecía estar perdida, desconsolada, llena de dudas.

Recogió sus rodillas contra su pecho apartando su mirada de mí, avergonzada.

Sentí compasión por ella. No por verla acurrucada en mitad de las luciérnagas, sino por empatía. Al fin y al cabo todo el mundo era virgen una vez en su vida, aunque a algunos no les causase tanta inseguridad como a otros. Sabía que para las mujeres podía resultar más difícil. No solo por el dolor (que no tenían porqué sentirlo), también por el romanticismo. Todas querían que fuera especial.

Lo sonreí comprensivo.

La adoraba. Estaba enganchado a ella por completo. No iba a obligarla, claro está. Respetaría sus límites y le daría el tiempo que necesitara para prepararse mentalmente.

—No te preocupes —respondí, tras una larga pausa, abrazándola contra mi pecho—. Esperaremos a que estés preparada. Me alegra que no te precipites.

—Gracias por entenderme.

Sonreí de nuevo y la abracé aún más fuerte, apoyándola. Me sorprendí de lo fría que estaba.

—Sería malvado si no lo entendiera. Te querría solo por una cosa, y no es así. —Hice una pausa antes de añadir:— Madre mía, estás helada. Quizás debería llevarte a tu casa.

Al escucharme, Jazmín se levantó de golpe y me miró muy seria desde arriba. Demasiado seria.

—¿Qué? —pregunté.

—Vámonos —dijo sin dar más detalle.

—¿Vámonos? —repetí como si fuese tonto.

—Sí —asintió con exageración—. Vámonos a Inglaterra mañana. Huyamos después de mi examen.

—¿Cómo?

Solo ella era capaz de descolocarme y pillarme desprevenido. Ni siquiera sabía qué responder a su petición porque no había palabras para hacerlo. ¡La idea era genial! Aunque he de reconocer que también descabellada. ¡Proponía que nos fuésemos a Inglaterra al día siguiente! ¡Eso sí que sería una aventura en toda regla!

—Daría emoción a la aventura —prosiguió como si me leyese la mente.

La conexión que había entre ambos siempre me sorprendería.

—Claro —Recuperé de nuevo el control de mi mente y, por tanto, el de mis palabras—. ¿Por qué no? Irnos a Inglaterra mañana. Solo hay una cosa que no entiendo de ti, joven responsable. —Levanté una ceja—. ¿Qué hay de tus clases?

—No son importantes. Tan solo tengo que hacer el examen para poder irme.

—Entonces tendrás que ir a tu casa antes del examen.

En mi interior no quería que se separase de mí, pero intenté pensar en el susto que se llevaría su madre si su hija desaparecía de repente. Ella no pareció pensar lo mismo, ya que frunció el ceño mientras

negaba ofuscada.

—Me llevarás al examen mañana, lo haré, hablaré con María sobre mi decisión, y huiré contigo.

—Pero María podrá contárselo a tu madre.

—Eso es lo que quiero.

Bien, empezaba a pensar que esa chica había perdido la cordura por mi culpa.

—Cuando María se lo cuente a mi madre, yo ya estaré lejos y no podrá impedirme nada —concluyó.

Me levanté para estar a su altura, estudié cada uno de sus rasgos suaves y le acaricié la mejilla con un gesto rápido. ¡Qué piel tan tersa y joven! ¡Y qué mente tan calculadora!

Al abrazarla de nuevo la noté tiritar entre mi brazos, así que la tapé con el chaquetón marrón. Ese que lucía el día en que nos conocimos.

—¿Seguro que no quieres volver a tu casa? ¿Lo has pensado bien?

—Sí.

—¿Ni siquiera para coger una manta?

Al sacudir la cabeza, un mechón de cabello cayó sobre su nariz.

Me encogí de hombros y la agarré de la mano para arrastrarla junto a los árboles. En ese claro la humedad era mucho peor porque no había vegetación que nos protegiese del frío de la noche. Tras refugiarnos entre dos troncos muy unidos entre sí, nos dispusimos a dormir. Podíamos habernos sumido ambos en el sueño, pero ella lo hizo antes y aproveché para disfrutar de su faceta más inocente mientras mis párpados se cerraban y su olor delicioso invadía mis pulmones.

Lo último que vi antes de adentrarme en un profundo sopor, fue su rostro enmarcado por un salvaje cabello castaño. Sus labios entreabiertos se grabaron a fuego en mi mente y sus largas pestañas, muy tupidas, me hicieron soñar que nadaba entre plumas.

A la mañana siguiente ella ya se había despertado cuando yo lo hice e intentaba peinarse el pelo con los dedos. Las luces de las

luciérnagas habían desaparecido y todos los colores eran más fuertes. La luz del sol arrancó destellos de las gotas de rocío, y las amarillas hojas de los árboles desprendían alegría.

No entendía por qué la gente pensaba que el otoño traía tristeza cuando en realidad no era así. Los árboles no morían al secarse, al contrario. Se preparaban para reposar hasta la primavera. Se preparaban para florecer con más fuerza, igual que un oso hiberna para afrontar un nuevo año.

Cuando Jazmín fue consciente de que la estaba observando, me escrutó de arriba abajo y sonrió divertida.

—Menuda cara de sueño. —Se carcajeó.

Le saqué la lengua, me pasé la mano por el pelo y miré el reloj, que marcaba las siete y media.

El corazón se me encogió al recordar que ese sería el día en que huiría con Jazmín lejos de la ciudad.

—¡Vas a llegar tarde! —exclamé.

Ella sonrió despreocupada y se levantó. Después estiró las piernas y los brazos.

—Lo sé, y no me importa. ¡Hoy nos vamos a Inglaterra!

Corrió hacia mí y me abrazó. Yo la levanté en peso y la besé con ligereza.

—Sí, por fin tú y yo solos, lejos de todo. Mientras haces el examen compraré los dos billetes y cuando salgas nos largaremos. Todo estará preparado.

—Un momento, pero ¿y el dinero?

—No te preocupes por eso. Yo lo pagaré. —Abrió la boca para replicar, pero le puse un dedo en los labios para que callara—. No quiero negativas. No esta vez. No me has dejado invitarte a nada y lo he respetado hasta hoy. Yo pago el avión.

Quitó mi dedo de sus labios con cara de pocos amigos.

—Pero será muy caro.

—No me importa, Jazmín, tengo el dinero. Por favor, déjame

pagar esta vez.

—Hmmm, está bien. —Suspiró—. Me sentiré culpable, pero tampoco quiero impedirte nada.

Le di un suave beso en los labios y dibujé media sonrisa en mi rostro.

—¿Nos vamos? —pregunté.

—Por supuesto.

Juntos emprendimos el viaje de vuelta.

He de decir que el paseo a la luz del día fue más agradable que a la luz de la luna. Pudimos ver dónde pisábamos en cada momento, disfrutar del colorido paisaje y entretenernos viendo a los pájaros emigrando hacia un lugar más cálido. A lo lejos, las luces de la capital saludaban al mundo dando las gracias por un nuevo día. Salpicaban la penumbra del amanecer haciendo que el paseo pareciese una agradable excursión organizada por una agencia de viajes.

Una vez en el coche, aceleré al entrar en la autovía, pasando a los coches a ciento cuarenta kilómetros por hora. Jazmín, en vez de aterrarse con la velocidad, se emocionó y carcajeó como la adolescente temeraria que era.

Una vez en la puerta del instituto le besé la mano con cortesía y ella rio de nuevo, eufórica.

—Estoy ansiosa por salir.

—Y yo ansioso por comprar los billetes y tenerte en mi cama. Solo para mí. Entera. —Insistí.

La miré juguetón y ella se sonrojó y agachó la mirada. Me encantaba cuando hacía eso porque era aún más adorable de lo que ya era de por sí.

—Lo mismo digo —susurró en un hilillo de voz.

Le levanté la barbilla para que me mirase (no quería que escondiese esos preciosos ojos verdes a la luz del sol) y le di un beso apasionado que hablaba de un precioso futuro, de deseo y de aventura. Ella se dejó llevar por el beso, y cuando se separó de mí parecía sentirse viva, tanto que resplandecía. Fue como si hubiese accionado el interruptor

de una lámpara.

—Nos vemos —me dijo, aún sonrojada.

—Espero que seas una joven responsable —me despedí.

Tras eso apreté el acelerador y partí rumbo al aeropuerto con una sensación agradable en la tripa. Estaba nervioso, cosa que no me ocurría desde hacía tiempo. Siempre sentía emoción cuando partía de viaje, pero tanto como para estar nervioso... era por ella, seguro. No sentía el cosquilleo leve de siempre, sino algo más intenso que casi arañaba las paredes de mi estómago. Incluso podría jurar que sentí náuseas.

Esa autovía, ese camino rodeado por olivos, era el que me llevaba a mi destino con la chica de mis sueños. La próxima vez que pasara por ahí no iría solo: iría con Jazmín a mi lado y dos billetes de ida y vuelta para Londres.

Mi lugar favorito del mundo entero, con mi chica preferida. ¡No podía ser más perfecto!

Y entonces, cuando estuviese allí con ella, solos, descubriría el misterio de nuestra conexión, porque ella tenía la respuesta, podía sentirlo en lo más profundo de mí. Lo veía en su mirada cada vez que nuestros ojos se cruzaban.

Jazmín tenía miedo. Pero miedo ¿de qué?

Capítulo 9

JAZMÍN: EL COMENZAR DE UNA VIDA.

—Por una parte te diría que estás loca —comentó María tras explicarle mi decisión de partir a Inglaterra—. Por otra parte entiendo que quieras huir de todos tus problemas, y te envidio por tener el valor para hacerlo. En realidad, lo que más me preocupa es tu madre.

—¡Oh, no te preocupes por ella! —exclamé mostrando una sonrisa de oreja a oreja—. Cuando no sepa nada de mí, te llamará.

Ella levantó una ceja y después frunció el ceño, confusa. Observó con fervor la mesa en la que escribía, como si fuese lo único que existía en el mundo, y luego volvió a posar sus ojos en mí.

—Deberías huir ya, Jazmín. Te apoyo en todo lo relacionado con Alím, pero llamaré a tu madre de camino a casa para contarle dónde has ido. Espero que para entonces estés lejos.

—¿Qué?! Pero, ¿y si consigue alcanzarme antes de coger el avión?

—Por eso te digo que te vayas rápido. Tienes que entenderme, ¿vale? No puedo dejar que te vayas así como así porque tu madre lo pasará muy mal. Vamos, ¡ponte en su lugar!

—Pero... —repliqué.

Ella me interrumpió levantando un dedo.

—También entiendo tus sentimientos. Yo ya he pasado por lo mismo que tú, recuérdalo. Esa es la razón por la que te dejaré un margen de tiempo.

«Dejarme un margen de tiempo. ¡Habla como si se creyera mi dueña! ¡Como si me estuviese haciendo un favor!»

Sentí que la ira se adueñaba de mí. Era una furia que se extendía en mi interior acumulándose en la zona de mi corazón y mi cerebro. Una furia que luchaba por salir al exterior en forma de palabras insultantes e improprios.

Respiré mientras intentaba ahogar esa sensación, y mi pecho subió y bajó de forma pausada.

«Piénsalo bien» me dije, «María siempre me ha apoyado y es normal que quiera evitar el sufrimiento de mi madre. Debería huir cuanto antes. Ella no está intentando ser un obstáculo para nada. Al contrario: me está incitando a largarme. »

Cuando abrí los ojos y escruté a María, ella no me observaba con rencor. Estaba allí, haciendo espirales con sus dedos sobre la mesa, a la espera de mi respuesta. Mantenía la cabeza gacha de quien no buscaba un enfrentamiento.

—Tienes razón, debería huir cuanto antes para que mi madre no me alcance. Gracias.

La estreché entre mis brazos y ella me devolvió el abrazo sin mediar palabra: olía a colonia y a champú de gato, cosa que me resultó raro.

—De nada —murmuró.

—¿Desde cuándo tienes gatos? —pregunté.

María cogió su camisa y la olió con el ceño fruncido. En ella había un par de pelos de color naranja, muy cortos.

—¿Tanto se me nota? Los he lavado esta mañana. Creía que nadie se daría cuenta.

Solté una carcajada quitándole los dos pelos de gato de la camiseta a la vez que el timbre sonaba anunciando la hora del recreo: el único momento donde la cárcel del instituto no parecía una cárcel.

—Muchas gracias otra vez, María.

La besé en la mejilla y ella me devolvió el beso.

—No me lo agradezcas más. Espero que tengas muchísima suerte.

—¿Entretendrás a los profesores por mí?

Asintió sin dudarle un segundo.

—Lo haré. No sé por qué lo preguntas.

Me despedí de ella y salí al patio del colegio con los nervios de punta.

Las vallas ahí eran fáciles de sortear, con esos huecos en los que cabía fácilmente un pie y esa altura tan ridícula. Los obreros no habían puesto especial cuidado en su trabajo. O quizás el presupuesto no había llegado a más. ¿Quién podría saberlo?

Me abrí paso entre el alumnado y me acerqué a la zona más escondida del patio: la parte trasera, donde el sol no llegaba y solo había bolsas de basura, envoltorios de chokolatinas y latas vacías de refrescos. Miré a ambos lados para asegurarme de que nadie me veía y empecé a escalar con el corazón a mil.

Nunca en mi vida volvería a escapar de un instituto, teniendo en cuenta que ese era el último año que estaría en uno, así que saboreé cada instante lo mejor que pude: sentí cómo el material frío de la valla se calentaba bajo mis manos y cómo me costaba escalar por el sudor de las palmas. Escuché las risas de mis compañeras hablando sobre lo que harían el fin de semana siguiente, y cotilleando sobre chicos guapos y mayores, con coche o moto. Oí a mi amiga María hablar a un profesor con la esperanza de entretenerlo antes de que llegase aquí, y a un par de jóvenes corretear entre carcajadas.

En cuando salté al otro lado corrí al coche de Alîm, destartalado e inconfundible. Él me vio e hizo un gesto con la mano mientras su rostro se iluminaba por culpa de la felicidad.

—¿Qué tal el examen? —Fue lo primero que preguntó cuando cerré la puerta tras de mí—. No quiero que descuides tus obligaciones.

—Me ha salido muy bien. Y tranquilo, soy una joven responsable.

Puse los ojos en blanco asegurándome bien en el asiento.

—Escaparme del instituto ha sido muy emocionante, ¿sabes?
—continué aún con la respiración agitada.

—Te he visto escalar, y reconozco que estas hecha toda una experta.

—¿Yo una experta en escalar? ¡Pero si se me resbalaban las manos por el nerviosismo!

—¿Y qué? Lo has conseguido, ¿no es así? Y nadie te ha visto, que era lo más complicado.

Sonreí orgullosa de mí misma.

—Tienes razón, pero, oye, vayamos a lo importante: ¿para

cuándo has comprado los billetes? —interrogué.

—Los he comprado para dentro de una hora y media —comentó con total naturalidad.

Fruncí el ceño extrañada, pensando en que podíamos haber perdido el vuelo de haberme quedado más tiempo en clase. Él pareció leer mis pensamientos y levantó la mano derecha.

—No me regañes por ser tan impulsivo. Te juro que estaba seguro de que te escaparías en el recreo. No me preguntes por qué estaba tan convencido, por favor. Me será imposible contestarte.

—No iba a preguntártelo. Creo que sabías que me escaparía a la mínima oportunidad porque ya conoces mi parte alocada.

«Mentira, Jazmín». Murmuró una voz en mi cabeza. «Tú sabes muy bien cuál es la razón de todas estas casualidades».

Sacudía la cabeza.

—¡Vamos allá! —chillé—. María me ha asegurado que se chivará a mi madre en cuanto salga del instituto.

Alîm arrancó y se precipitó raudo hacia la autovía. Por suerte no había mucho tráfico.

—Tu amiga es una buena chica, no la pierdas. —Me sorprendió con su respuesta.

—Vaya, creía que me dirías que mi amiga era una mala persona por chivarse.

Se encogió de hombros y acarició el volante con suavidad al tomar una curva. Me estremecí al imaginarme esas manos recorriendo mi cuerpo.

«Él me quiere tener en la cama para él solo» pensé.

Un escalofrío recorrió mi espina dorsal, y empecé a sentir calor en las mejillas.

—Ten en cuenta que no se está chivando. Tú ya tenías pensado que se lo diría a tu madre, de hecho, se lo has contado para que luego ella se lo cuente a tu madre. Eso no es chivarse, es hacerte un favor.

—Supongo que no es muy agradable enfrentarse a una médium

sobreprotectora.

—Exacto. María es una chica valiente. No la pierdas nunca, te lo vuelvo a decir. Incluso te ha dado tiempo para escapar.

Durante un rato me demoré observando su perfil: nariz recta, labios definidos y rellenos, ojos castaños, las pequeñas arrugas que se formaban a su alrededor al sonreír y largas pestañas de apariencia esponjosa.

—Y bien. —Volvió a hablar él—. ¿Estás emocionada? ¿Cómo te sientes encontrándote tan cerca de comenzar la aventura?

—Yo creo que la aventura ha empezado ya. Míranos, ¡acabo de saltarme las clases y voy contigo hacia un aeropuerto! Yo más bien diría que esto es como el comenzar de una nueva vida. Creo que somos un par de almas rebeldes.

Él se carcajeó al escuchar eso y aceleró por la autovía.

—Tienes razón, nuestra aventura ya ha empezado —habló—. Y sí, podría decirse que somos dos almas rebeldes, aunque en realidad no vamos en contra de las normas.

«No vamos en contra de las normas, pero yo sé porqué lo digo. Ojala todo fuese tan fácil como desafiar a la ley. »

No pude evitar acordarme de la discusión con mi madre, lo cual me dejó pensativa un momento. Tarde o temprano tendría que decírselo, aunque no fuese ahora mismo. ¿Cómo reaccionaría él? ¿Se reiría por la historia, escéptico? ¿Me abandonaría? ¿Me apoyaría aún más?

Aunque no quería pensar en eso, no podía evitarlo, porque tarde o temprano empezarían a ocurrir cosas horribles que nos torturarían hasta separarnos. ¿Qué pasaría? ¿Nos atropellaría un camión? ¿Tendríamos continuas discusiones que apagarían la llama del amor? ¿Nos seríamos infieles mutuamente?

Sacudí la cabeza para ahuyentar los pensamientos mientras entrábamos en el parking del aeropuerto, fabricado de cemento, con grandes columnas que impedían a la tierra caer sobre nuestras cabezas y más de la mitad de las plazas ocupadas.

—¿Qué piensas? —me preguntó él mientras nos dirigíamos hacia nuestra puerta de embarque.

Tragué saliva con disimulo para que no se diese cuenta de que iba

a mentirle sobre mis pensamientos.

—En que parece que hay mucha gente de viaje en esta época, y en lo nerviosa que estoy. Nunca he volado.

No era del todo mentira al fin y al cabo, ya que era la primera vez que montaba en avión, y una serie de bailarinas hawaianas empezaron a bailar tecno en mi estómago produciéndome unas ganas terribles de ir al baño.

—Así que podré tranquilizarte cuando llegue el momento de despegar.

Asentí.

—Deberás esforzarte mucho si quieres relajarme al menos un poquito. Ahora es el momento de recordar todos esos accidentes que salen en las noticias. —Un escalofrío me recorrió la columna y los dientes me castañearon—. El combustible del avión arde a tanta temperatura...

—A más de mil grados. Pero no te preocupes, el avión es el transporte más seguro. Yo he viajado un montón de veces y nunca me ha pasado nada.

—Buenos, hay un montón de aviones que vuelan todos los días y casi nunca pasa nada.

—Y no pasará. Muy mala suerte tendríamos que tener.

—Y... ¿te has quedado sin dinero alguna vez? —inquirí pensativa mientras recordaba que nos dirigíamos a una aventura—. Cuando hablas de ir a Inglaterra lo haces como si fuésemos sin dinero, sin ropa... sin nada. No me malinterpretes —expliqué levantando las manos frente a mi cara, y sacudiéndolas—. No tengo miedo, es más, me parece emocionante. Es solo que... no me gustaría vivir bajo un puente.

Alím soltó una estruendosa carcajada que vibró en mis oídos, y una mujer con aspecto de señora pija nos miró con cara de asco.

—¿Crees que dejaría a una cosa tan guapa como tú dormir bajo un puente? —negó con la cabeza—. Normalmente yo sí que lo hago, pero esta vez tengo dinero suficiente para pasar una semana entera bajo techo. Eso no quita que no tengamos que esforzarnos. No tendremos dinero para ropa, caprichos, o comida, y te recuerdo que no llevamos nada de eso en la maleta de mano.

Sonreí ansiosa, cada vez con más ganas de entrar al baño. La

cosa se empezaba a poner interesante.

En cuanto entramos al avión Alím me dejó pasar primero. Observé con detenimiento los asientos del aparato, la forma que tenía por dentro y dónde estaban las salidas de emergencia.

—Siéntate junto a la ventanilla —me aconsejó mi sabio cediéndome el paso.

—Te lo agradezco, aunque no sé si será conveniente.

—¿Por qué?

—Porque estoy cagada de miedo.

Rio.

—No te arrepentirás, créeme. ¡Toda persona que vuela debe ver lo que hay debajo de ella! —Me sonrió, y esa sonrisa me infundió valor—. Por cierto, apaga el móvil.

Le devolví la sonrisa y no hablé más. Estaba demasiado aterrada como para mantener una conversación coherente y, por muy unida que me sintiese a él, no quería quedar como una tonta cobarde.

Cogí el móvil y lo apague. Justo entonces una azafata empezó a explicarnos todas las medidas de seguridad (cosa que me puso aún peor. Además, me pregunté por qué no había paracaídas en los aviones, ya que es lo más importante), y después se encendió la luz de los cinturones y tuvimos que asegurarnos en nuestros asientos.

Resoplé.

Alím me miró infundiéndome valor de nuevo. Parecía tan seguro de sí mismo, tan seguro de todo ese proceso, del avión, del piloto... de mí. Y cada minuto que pasaba con él le mentía al no contarle la verdad de lo que había entre nosotros.

Su forma de vida estaba muy alejada de la mía. Yo en un futuro quería estabilidad, pero con él ¿la conseguiría? ¿Me vería obligada a viajar sin tener un hogar donde establecerme? ¿Eran esas dudas la forma que el universo tenía de decirme que el proceso de separación había empezado?

De repente el avión aceleró y noté que el aire se me escapaba de los pulmones; aguanté la respiración durante todo el despegue, pero me di cuenta de que disfrutaba a pesar del miedo. Primero el aeropuerto había pasado como un borrón junto a nosotros y me había sentido como una niña indefensa viajando en el interior de un arma letal, después el

avión levantó el vuelo y noté una sensación de libertad en mi interior, como cuando me tiré por el acantilado y deseé tener alas para poder surcar los cielos. Intuí cómo el avión volaba sobre las corrientes de aire y no pude evitar asomarme a la ventanilla para ver el exterior.

Las casas eran muy pequeñas y los árboles parecían estar colocados en una maqueta en miniatura. Las personas eran tan diminutas como las hormigas en el suelo, las piscinas de las urbanizaciones más lujosas eran distintas. Únicas a su manera, ya fuese por el color o la forma. Pronto dejé de verlas. Fue entonces cuando despegué la cara de la ventanilla y me di cuenta de que Alím me observaba con la diversión reflejada en su mirada.

—¿Estás bien?

—Ha sido impresionante, Alím. A partir de hoy declaro, oficialmente, que me gusta volar.

—Hasta tienes la nariz roja de pegarte al cristal.

Me tocó la punta de la nariz con el dedo índice y yo me quité el cinturón y lo abracé por la cintura.

Tras eso quedé sumida en un profundo sueño mucho más cálido que el de la noche anterior.

—Vamos, Jazmín, ya estamos llegando —me dijo él cuando soñaba con un ejército de madres cabreadas que me perseguían. Muy oportuno.

Bostecé y me estiré en el asiento igual que un gatito dormilón.

—Mira por la ventana, no deberías perderte esto.

Observé el exterior, y quedé impresionada: Bajo mis pies se extendía Inglaterra, bonita, majestuosa, elegante. De hecho me emocioné tanto que me dieron ganas de coger un paracaídas y saltar desde el avión. ¡Estaba impaciente!

—Es precioso.

Escuché su risa detrás de mí, y estudié su rostro con atención.

—He logrado mi misión.

—¿Tu misión?

—Sí, he conseguido hacer que adores volar.

Me carcajeé moviéndome en mi asiento, poniendo los ojos en blanco.

—No deberías exagerar. Tanto como adorarlo... ¡He estado todo el rato dormida!

—Claro. —Asintió él con la cabeza—. Es lo que tiene dormir poco en un bosque y despertarse temprano.

Sentí una leve excitación al recordar lo que había ocurrido entre él y yo. Quizás ya estaba preparada para dar un paso más. Confiaba en él. No me haría daño por voluntad propia, nunca, y, ya que el universo entero quería separarnos, ¿por qué no aprovechar cada momento juntos?

—¿Dónde vamos? Aún no me has dicho nada —interrogué.

Seguía siendo tan misterioso como el primer día en que lo conocí.

—Vamos a Londres. Mi lugar preferido: verde, vivo, estético. Tiene un encanto innato. Muchas ciudades pierden su belleza con el paso de los años, pero Londres es otra historia. Te encantará.

—Hmm, estoy segura. ¿Acaso me has mentido alguna vez?

—Nunca. —Sus ojos reflejaron plenitud—. Y así seguiré.

Rodeé su brazo con los míos y restregué mi mejilla contra su camiseta de manga larga color gris.

—Cuéntame algo de Londres —pedí.

Apenas sabía nada de ese sitio.

—Es preciosa. Conserva sus límites medievales y se encuentran monumentos o edificios muy conocidos como el Real Jardín Botánico de Kew, el Palacio de Westminster, la Torre de Londres... Podría decirte más, pero te aburría.

—¡Oh, vamos! ¡Si no me has contado nada! ¡Sigue!

—En su interior se hablan distintas lenguas. Y gracias a su aspecto mágico y sus callejones siniestros, es un lugar perfecto para rodar

una película.

—Así que Londres es ideal para la industria cinematográfica.

—Sí, bueno... —dudó sin apartar su brazo de entre los míos—. Prefiero Nueva York. No hay nada para las películas de ciencia ficción como destruir edificios altos.

Me miró divertido, y yo me carcajeé hasta quedarme sin aliento. Nunca había pensado en eso, sin embargo, estaba segura de que Manhattan sería la primera ciudad que los alienígenas destruirían de intentar colonizar el planeta Tierra.

El avión aterrizó de forma suave, así que la gente empezó a aplaudir el excelente trabajo del piloto.

—¿La gente siempre aplaude?

—Solo cuando no se mueren de miedo en el aterrizaje —respondió Alím.

Sí, aplaudían a ese piloto en concreto. Lo felicitaban por un aterrizaje ejemplar.

—Y dime, Jazmín, me preguntas sobre Londres pero, ¿de qué va a servirte saber algo de la ciudad cuando no hablas inglés?

—¿Quién te ha dicho que no hablo inglés? —Solté su brazo y levanté el mentón con orgullo—. Que sepas que soy la primera de la clase.

—De nuevo asoma en ti esa joven responsable. —Se carcajeó.

—Señorito Alím, ¿se está riendo usted de mí? —Fruncí el ceño fingiendo enfado, aunque en realidad estaba muerta de risa.

Él me escrutó impresionado, con un rostro que, a mi parecer, expresaba incredulidad. Después se puso serio, con los ojos entornados, las cejas relajadas y los labios apretados.

—Para nada. Me estoy riendo contigo. Me gusta que seas responsable y a la vez alocada. Nunca me reiré de ti.

No pude aguantar más mi seriedad, por lo que recuperé mi sonrisa.

En ningún momento quise que se sintiera ofendido ni que se diera por aludido. Después del estrés de mi huida necesitaba un ambiente

distendido a mi alrededor, no esto.

—Tú siempre serás mi sabio. ¡Cada vez me lo demuestras más!
Hacemos un buen equipo, ¿verdad?

De inmediato Alím recuperó su carácter bromista haciéndome saber que entendía lo que yo necesitaba con tan solo una mirada.

Capítulo 10

VIANA: HABLANDO CON ESPÍRITUS.

Sabía que fui algo injusta con mi hija, pero tenía que saber la verdad. Nadie podía burlar las leyes de lo sobrenatural. Nadie podía enfrentarse al universo. A pesar de que me dolía, la relación de Jazmín estaba condenada desde el primer momento en que sus miradas se cruzaron, y yo solo podía prepararla para lo que se avecinaba.

Tras nuestra discusión ella había salido corriendo. No se lo había tomado muy bien que digamos, y yo me había acostado con la esperanza de que entrase en razón por la noche. Sin embargo, a la mañana siguiente me sentía inquieta sin razón aparente. Jazmín ya estaba en el instituto, la casa estaba ordenada, la persiana subida hasta arriba, los rayos del sol cruzando el cristal y reflejándose en la mesa del comedor y, esto era lo extraño, un ambiente más frío de lo normal que indicaba que un espíritu había pasado por ahí.

Miré el reloj impaciente: las tres menos cuarto. Jazmín tardaba en llegar.

Sonó el timbre y la esperanza nació en mi interior: Debía ser ella, sí. Ya era la hora de volver del instituto.

Me asomé por la ventana y me quedé helada al ver que la que había tocado era María, su mejor amiga: algo había pasado. Ahora estaba segura. Mis presentimientos no eran inciertos. Nunca lo eran.

Me precipite hacia la puerta y abrí a esa adolescente de descomunales ojos azules.

—¡María! ¿Qué ha ocurrido? Vamos, entra.

Su mirada estaba terriblemente seria. Parecía a punto de comunicar una muy mala noticia. ¿Qué habría hecho mi hija? ¿Qué le habría pasado?

Respiré hondo.

—Señora Viana —saludó haciendo un gesto con la cabeza.

—Siéntate —ordené sin perder la cortesía. Quise disimular el timbre temeroso de mi voz, pero no lo conseguí ni siquiera en una cuarta parte.

—Vengo a hablarle de Jazmín. Algo me dice que ya lo intuía.

—Sí —afirmé al borde del ataque de nervios.

Al parecer ella tuvo que notarlo, porque no volvió a hacer más pausas.

—Se ha ido a Inglaterra con él. Con Alím. Me lo ha contado esta mañana después de hacer el examen.

La sangre se me heló en las venas y me sentí al borde de la taquicardia. Jazmín en Inglaterra, a la aventura. Sin dinero, sin maleta... Enterré mi cara en las manos dejando escapar dos solitarias lágrimas. El orgullo me hizo recomponerme rápidamente y observé a María con tristeza.

—Gracias por contármelo.

—Yo intenté hacerla entrar en razón. —Su voz sonaba preocupada—. Pero no conseguí absolutamente nada. Al menos la hice consciente de que se lo contaría todo en cuanto pudiera.

Le sonreí con gran esfuerzo. Sus intenciones eran buenas y sería algo que le debería siempre.

—Vuelvo a agradecerte tus intenciones... Pero ahora, si no te importa, necesitaría estar sola... —Mi voz tembló y ella entendió lo que quería decir y se levantó precipitadamente.

—Espero que la encuentre —comentó mientras salía por la puerta.

Asentí y, una vez que se fue, me lancé al sillón y lloré desconsoladamente notando que me desmoronaba por dentro. Sentí que mi corazón estaba al borde de explotar y que todo yo me desgarraba con la partida de mi hija. Pensaba que era responsable, pero ahora me daba cuenta de que en realidad era más alocada de lo que parecía. Nunca la creí capaz de hacer algo así. Ni siquiera por amor.

Estaba equivocada.

Con gran esfuerzo, me recompuse y traté de serenarme. Respiré hondo una vez, dos, tres... hasta que por fin conseguí el control de mí misma. El control de todo mi alrededor.

Busqué a mi don interior y lo saqué a flote. Ellos, los espectros bondadosos, eran los únicos que podían ayudarme en ese momento. Quizás alguno había sido testigo de la huida de mi hija y podía ayudarme

a encontrarla.

Me acomodé frente a la mesa y cerré los ojos, relajada. Dejé que mi alma llamase a sus compañeros. La dejé comunicarse con seres superiores a ella, con más experiencias vividas, y sentí una sensación familiar por la decena de veces que había hecho eso antes: Primero la paz interior, después, el miedo. Miedo a cruzarme con un espectro malvado, miedo a que mi don me consumiera por completo, un fenómeno raro en nuestro mundo, pero no imposible. Muchas de las mías se habían quedado perdidas entre el más allá y la realidad, o dormidas para siempre sin ser capaz de traer de vuelta a su propia alma. Cuando eso ocurría solo quedaba esperar un milagro. De pronto, un silencio absoluto lo bañó todo, señal de que el proceso había finalizado: fuera el miedo, la incertidumbre, la sensación de libertad total del alma que tuvo que volver a mi cuerpo.

Mi tacto sintió el frescor del espectro y abrí los ojos de golpe. Allí estaba el fantasma blanco de apariencia consistente. En realidad no lo era, ya que se podía traspasar con la mano y las personas que no tenían el don podían pasar a través de él sin notarlo.

—Gracias por acudir a mi llamada —le hablé en murmullos—. Necesito tu ayuda.

Lo noté asentir en mi interior. Era una sensación rara, ya que los fantasmas no tenían rostro y todos los gestos los notabas en tu mente, en una zona profunda y en pocos casos despierta.

—¿La viste huir?

El espectro alargó su brazo fantasmal hacia mí y me rozó con su gélida presencia. Inmediatamente después mi cabeza dolió obligándome a cerrar los párpados, y unas imágenes se dibujaron frente a mí. Imágenes que serían más claras de eliminar los puntos rojos que veía por el punzante dolor detrás de mis ojos: Allí estaba Jazmín, frente a la puerta de entrada, estudiando a la presencia blanca. Tenía los labios entreabiertos como a punto de decir algo y la mano en el pomo de la puerta. En ese momento sus pupilas se veían verdosas, rebosantes de excitación. Iba a hacer lo que quería sin que nadie se lo impidiera: huir lejos de la única que podía protegerla.

—Se fue por la noche —susurré impresionada—. Y ahora no sé dónde localizarla.

El espectro sonrió benevolente.

—¿Puedes ayudarme a encontrarla?

De nuevo sentí que asentía en lo más profundo de mi mente. Desapareció sin hacer el más mínimo ruido.

Me levanté algo cansada haciendo que mis rodillas crujiesen de un modo imperceptible; no era fácil invocar a un espíritu y más si no era uno en concreto. Traté de espabilar mi mente y me dirigí a la cocina para quitar la olla del fuego. Hoy mis dos hijos restantes comerían garbanzos. Yo, mientras tanto, haría las maletas para ir a Inglaterra. Estaba decidido.

Por mi culpa había escapado, así que yo era la responsable de traerla de vuelta. El espectro me diría el lugar exacto y partiría tras su rastro.

—Mamá —dijo mi hijo menor—, hoy parece preocupada.

Busqué sus ojos con los míos y le sonreí levantando su ánimo.

¡Cómo se parecía a mí! Aunque tenía los labios y la nariz de su padre.

—Tengo que irme de viaje un tiempo, por eso estoy algo inquieta. Tu hermana Jazmín lo sabe y se quedará en casa de una amiga mientras tanto, por eso no está aquí.

—¿Y nosotros qué haremos?

—Vosotros os quedaréis aquí, con papá.

—¿Y por qué la hermana se queda en casa de una amiga y nosotros no?

Esa pregunta me pilló desprevenida. Me agaché incómoda apoyando el brazo derecho en la mesa, e intenté mantener mi expresión confiada con todas mis fuerzas.

—Pues... —titubeé— porque su amiga está muy enferma y ella quiere cuidarla.

Por fin lo entendió, y asintió mostrándome unos dientes de leche cuadrados. Justo en ese momento llegó Jesús, mi marido, llevando con él su uniforme de militar colgado al brazo.

—Ven, cariño, tengo que hablar contigo —le dije irguiéndome, ahora algo más seria—. Tú pon la mesa mientras tanto —ordené al pequeño.

Él me esquivó con un movimiento ágil, abrió el cajón y cogió el mantel de cuadrados verdes y blancos.

—¿Qué te ocurre? —Jesús estaba impaciente y él también se había puesto serio.

No hacía falta ser un lumbreras para notar mi inquietud.

—Jazmín ha huido —expliqué mientras entraba en el cuarto y cerraba.

—¿iCómo que ha huido!?

Asentí, y le expliqué todo lo que había ocurrido esos últimos días. Describí a Alím, le conté nuestras discusiones y la conversación con María y el espectro. Él me miró con respeto igual que siempre que le hablaba de algo paranormal; nunca había llegado a acostumbrarse. Cuando lo conocí estuvo a punto de salir corriendo en cuanto le rebelé mi secreto, pero el amor fue más fuerte y decidió ser valiente a mi lado, al menos eso decía él, pero yo veía su expresión de miedo cuando pasaba algo fuera de lo normal.

—No puedo creerme lo que dices —respondió tras una larga pausa sujetándose la cabeza—. Es decir, sí, me lo creo, pero cuesta tanto...

—Lo sé. Voy a salir a buscarla y tú debes hacerle creer a los niños que todo está bien.

—¿Sabes lo que me estás pidiendo? —interrogó.

Se acercó a mí sin quitarme el ojo de encima y acarició la curva de mi barbilla regalándome un cosquilleo.

Lo miré decidida y asentí sacudiendo mi corta melena castaña. Aún tenía un nudo en el estómago que no desaparecía.

—Te estoy pidiendo que te quedes aquí sin hacer nada. Te estoy pidiendo que estés en vilo hasta que vuelva, cuidando de nuestros hijos mientras yo vuelvo a unir esta familia.

—Sí, y me estás pidiendo que te deje ir.

—Sí, todo eso.

Él hizo una pausa y comenzó a dar vueltas en la habitación, pensativo. Los hombros hacia delante dejaban ver su pesar, y por mucho

que me entristeciera dejarlo solo no veía otra solución.

—¿Y vas a obligarla a volver de por vida? ¿Vas a castigarla? ¿A encerrarla? ¿Qué harás?

El nudo en mi estómago se removió y me dieron ganas de llorar. Sabía que no podía mantenerla encerrada, ni obligarla a nada, por eso solo quedaba una opción.

—La ayudaré a estar con él, a superar todo el sufrimiento que le espera. La ayudaré porque, si hay algo que caracteriza a dos almas que vuelven a encontrarse, es que al enamorarse por segunda vez la intensidad de su amor comienza en el punto en que lo dejaron en su vida anterior y eso convierte su relación en una el triple de intensa.

Jesús me estudió de arriba abajo, y volvió a sentarse en la cama.

—No sé si decir que eres demasiado buena, o llevarte la contraria. Lo único que me detiene es que esto tiene que ver con almas y cosas más complejas de lo que yo puedo entender. Solo me queda apoyarte y respetar tus decisiones.

Le dediqué una sonrisa amorosa y empecé a acercarme a él para consolarlo, pero antes de llegar a su lado sentí un frescor muy especial. Me quedé paralizada, mirando detrás mi marido, observando esa figura blanca que me había visitado hacía pocas horas.

Jesús siguió mi mirada, pero al no descubrir nada guió sus ojos hacia mí, extrañado. Yo continué mirando al espectro, hasta que por fin él lo entendió y se puso blanco como la pared.

—¿Ya sabes dónde está?

El espectro asintió y se dirigió a mí con la mano extendida. Me rozó levemente el brazo, y, antes de que las imágenes me sumieran en la inconsciencia, sentí que caía al suelo y que unos brazos fuertes me sujetaban.

Estaba en mitad de Londres. Lo sabía porque de lejos se observaba el Real Jardín Botánico de Kew, precioso, teñido de los colores del otoño y la blancura de la nieve. Mi hija estaba con ese tal Alím, caminando por la calle tranquilamente. Ambos se miraban con infinito amor, ajenos a todo lo que les rodeaba, y sus sonrisas hablaban de secretos y promesas. ¿Le habría dicho ella la verdad sobre su relación? Si lo había hecho, él lo había aceptado fantásticamente bien. Y no me extrañaba. Incluso en una visión pude ver el halo que rodeaba a ambos:

ovalado, rojo, intangible. Un halo como ese solo podía romperse de una manera, y no quería ni pensarla.

Por segunda vez, las imágenes se movieron y mostraron una calle repleta de hoteles baratos que estaba atestada de gente. En las aceras había vagabundos y jóvenes fumando en las esquinas. El suelo era de un color oscuro y las fachadas grises, como si el fuego las hubiese rozado y estropeado. Pensar que se hospedarían en uno de esos edificios de mala muerte aumentó mi impaciencia por salir a buscarla. Por Dios, esperaba con todo mi ser que no se dejara influenciar por la mala vida, que no acabase como esos muchachos sin techo y tuviese mucho cuidado en lo relacionado a Alím.

Sospechaba que Jazmín había empezado a tomarse la píldora hacía muy poco porque había encontrado una caja de pastillas escondida en uno de sus cajones. Lo sé, una madre no debería fisgar así en la vida de su hija, pero desde que las visiones decidieron mostrarme su oscuro futuro, no podía hacer otra cosa. Parecía increíble que de pequeña me prometí no ser una madre controladora y estaba siendo exactamente eso.

Cuando menos lo esperé ya había vuelto a la realidad y Jesús me agarraba de la cintura para que no cayese al suelo.

—Lo siento —me disculpé retirando sus manos con afecto—. El espectro me ha tenido que enseñar dónde está Jazmín. Ya sabes que estas cosas me debilitan.

Él asintió tan comprensivo como siempre.

—¿Y dónde está?

—En Londres, en una calle atestada de hoteles baratos.

—¿Y cómo se llamaba la calle?

Hice una pausa y recordé, pero en la visión no había aparecido ningún nombre.

—No me lo ha dicho, así que tendré que buscarlo por mi cuenta. Total, ¿Cuántas calles de suelo oscuro y paredes grises puede haber?

—No te confíes, querida. En una ciudad que no conoces no sabes lo que te puedes encontrar.

—Tienes razón, Jesús, pero espero no tener que buscar demasiado. —Bostecé más por el nerviosismo que por el cansancio—. En cuanto almuerce, hago el bolso y me voy al aeropuerto. Saldré en el

primer avión, sea cual sea su precio y su compañía.

—Pues vas a tener que darte prisa, porque seguramente interrumpirán los vuelos por mal tiempo.

—¡Oh, no! —exclamé—. ¿Quién demonios lo ha dicho?

—Ayer lo avisaron en el telediario, pero tú te habías quedado dormida.

—¿Y cuándo pensabas decímelo? —le reprendí.

Mis intenciones no eran malas: no lo culpaba de no haberme avisado antes porque él no podía ver el futuro. Él no sabía que Jazmín escaparía y yo tendría que coger un avión, ni tampoco que la vida de su querida hija iba directa a un precipicio sin fondo.

Se encogió de hombros.

—No te preocupes. —Intenté tranquilizarlo. Mi voz tembló y noté de nuevo el nerviosismo acumulándose en todas mis arterias—. Te prometo que traeré aquí a nuestra hija a tiempo, antes de que pueda pasar hambre.

Me acerqué a él, rodeé su cuello con los brazos y besé sus increíbles labios. Él me sonrió dibujando unas arruguitas alrededor de sus ojos.

—Y cuando vuelvas lo celebraremos a lo grande todos juntos. Juntos —susurró a mi oído—, y también por separado cuando nuestros hijos se queden dormidos.

Solté una risita de niña pequeña y me separé de él de una forma más brusca de lo que me habría gustado. Después me di media vuelta, abrí el armario, cogí el bolso más grande que encontré y empecé a prepararme para la partida.

Capítulo 11

JAZMÍN: TRABAJOS POR HORAS.

Londres era precioso, al contrario que el autobús en el que nos habíamos montado para que nos llevase al hotel: Estaba atestado de gente sudorosa que iba y venía de trabajar, de niños traviosos que se tiraban de los pelos y chillaban estruendosamente, de madres con las bolsas de la compra repletas y una embarazada sentada al fondo con el flequillo descansando sobre su rostro. Uno de los niños me dio un codazo sin querer y arrugué la nariz por el esfuerzo de ocultar mi desagrado. Niños. Eran tan insoportables a veces... pero no por eso dejarían de gustarme. Mi instinto maternal estaba muy desarrollado a una edad temprana.

—En cuanto lleguemos preguntaremos precios en los hoteles, y, después, iremos a buscar trabajos que se paguen por horas —comentó Alím mientras estudiaba el paisaje a través de los cristales—. Eso sí, nena, no esperes conseguir algo muy noble.

Ceñí el entrecejo.

—Estaba pensando en trabajar de camarera.

Alím dirigió su atención a mí levantando una ceja. Sus iris oscuros me estudiaron de abajo arriba deteniéndose en mis pechos abultados y una corriente de calor traspasó mi cuerpo. Deseo derretido en mi interior, ardiente por ese guapísimo hombre que tenía delante.

—Te imagino con un uniforme de minifalda y no veas lo que me entra por el cuerpo —susurró—. Pero será difícil encontrar algo así cuando eres tan joven y, aunque seas la mejor de la clase, tu nivel de inglés no es excepcional. Un trabajo en el que tienes que tratar con la gente sin parar... no sé. No te veo. Pero eso no quiere decir que no tengas suerte. A una chica tan atractiva como tú no debería faltarle el trabajo.

Lo observé sobresaltada por su tono de voz agarrándome con fuerza a los hierros del autobús, ya que acabábamos de entrar en una zona con baches. Los niños que jugaban a nuestro lado cayeron al suelo y empezaron a llorar. Su madre agarró del brazo a uno de ellos y le regañó con la voz firme.

—¿Qué quieres decir con que a una chica tan atractiva como yo no debería faltarle trabajo?

—Pues eso mismo... —Bajó su tono de voz, colocó la mano en mi espalda y se acercó a mi oreja provocándome un escalofrío—. Verás, aquí

las mujeres no suelen ser tan guapas como tú, ni tampoco suelen tener esa carisma y alegría tuyas, por lo que estoy convencido de que oficio encontrarás, aunque no muy digno.

—¿A qué te refieres con «no muy digno»? —Casi grité—. Alím, ¡me estás asustando!

Pese a no ser normal en mí escandalizarme, en ese momento, lo hice.

—Pareces escandalizada —murmuró aún muy cerca.

—¡Pues claro que lo estoy! —chillé en voz baja—. ¿Es que acaso voy a tener que prostituirme por las esquinas? Dime, ¿es eso lo que voy a tener que hacer?

—Tranquila, nena, no me refería a eso. —Me apretó contra él intentando tranquilizarme—. Es que siempre te he imaginado como una secretaria, una periodista o una abogada, no como una limpiadora, ¡y mucho menos como una prostituta! —Pegó sus labios a mi lóbulo y lo mordió con ternura. Yo me restregué contra él, consciente de que la gente nos miraba y no me importaba—. Tu cuerpo es solo mío. Yo seré el hombre que te desatará y te hará descubrir lo que es un orgasmo.

Me estremecí y me aparté un poco para coger el aire que se me escapaba de los pulmones. Cuando hacía esas cosas se me olvidaba respirar.

—Así que una secretaria, periodista o abogada. —Resoplé con pesar—. Alím, no me dijiste que esto podía pasar, y me refiero a que odio limpiar, aunque creo que una limpiadora y una prostituta tienen el mismo honor y se esfuerzan tanto como un periodista o una abogada.

—Jazmín, te dejé claro que veníamos a la aventura y que tendríamos que esforzarnos por conseguir dinero. Míralo de este modo, así te pones en la piel de gente de clase baja. Gente que no tiene nada, que se ve obligada que luchar. Es una gran experiencia, créeme, te servirá para ser más empática. Te ayuda a ver la realidad.

Hombre, enfocándolo así parecía que mi sabio me estaba dando una lección.

En ese momento fui consciente de las experiencias que nos separaban y de la diferencia de edad: pese a que las mujeres solíamos madurar mentalmente antes que los hombres, no podía ponerme tantos años por delante. Él había vivido muchísimo y viajado por gran parte del mundo, y yo había estado siempre en mi ciudad, con mis estudios, familia y amigos. Ese viaje me serviría de experiencia, para madurar y entender a

todos aquellos que se ven obligados a trabajar en lugares sucios para sobrevivir.

Nunca en mi vida creí que pudiese pasarme esto pero, mira por dónde, ahí estaba.

—Viéndolo así no parece tan malo —respondí tras una pausa.

—Lo sé, pero créeme, es duro. Yo ya lo he hecho otras veces. Al final te gusta y acabas enganchándote a viajar a la aventura.

—Claro. —Asentí con la cabeza—. Ahora sé porqué te gusta tanto todo esto. Te hace volver a la realidad.

—Veo que lo entiendes. —Me sonrió con esa boca de infarto—. No es extraño con ese cerebro de oro tuyo. Tendré que tener cuidado o me quitarás mi papel de sabio.

Guiñó uno de sus ojos castaños con expresión picarona.

—Sí, deberías cuidar tus espaldas, o más bien debería decir tu delantera.

—Prefiero que cuides mi delantera, así podré tenerte bien vigilada.

Solté una risita cual niña tonta enamorada y sentí que Alím me cogía del brazo para que no perdiese el equilibrio al parar el autobús. El contacto entre ambos volvió a provocar esa energía electrizante que fluía entre los dos, vibrante bajo nuestras pieles, y, cuando nuestras miradas se encontraron, nuestras almas volvieron a reconocerse como otras tantas veces y no pudimos evitar besarnos como si fuésemos los únicos en el vehículo.

Primero se unieron nuestros labios, luego, nuestras lenguas, y en mi interior las hawaianas comenzaron a bailar tecno eufóricas. Su lengua era tan tierna, tan cálida y húmeda... y la amaba cuando pasaba por mi cuello haciéndome sentir ese placentero calor en todo el cuerpo. La amaba cuando rozaba mis pezones y me hacía querer más y más hasta explotar. La amaba tanto como a él, porque era parte de su anatomía y me encantaba cada recoveco de su cuerpo. Me pasaría la vida entera admirándolo y recorriéndolo con mis manos, dibujándolo a fuego en mi cerebro para recordarlo en cada momento del día.

El beso se acabó pronto. Demasiado pronto para mi gusto, pero habíamos alcanzado nuestro destino y él tiró de mí para sacarme de mi

ensimismamiento.

Suspiré con fastidio y me dejé llevar entre la multitud de trabajadores y universitarios. Fui consciente de que a mi alrededor casi todos hablaban en inglés con un acento, cómo decirlo... bastante rápido e ininteligible. Me cuestioné la eficacia del sistema educativo español, porque parecía mentira que solo entendiera palabras sueltas cuando en clase era tan buena. Al final, Alím iba a tener razón y mi nivel de inglés no tenía nada de profesional. Del instituto, esa burbuja en la que vivía, me golpeé con la realidad del acento británico, para mi gusto más difícil que el americano. Allí me sentí en otro planeta. Bueno, no tanto como en otro planeta, pero para mí fue como si escuchase alemanes dialogando: no entendía nada de nada.

—¡Estoy empezando a creer que he olvidado el inglés que sabía!
—grité para hacerme oír entre la multitud.

—¡Te pasará durante un tiempo! ¡Hasta que te acostumbres!
—me contestó haciéndose oír—. ¡A mí me pasó la primera vez que vine!
¡Me entró tanto miedo que estuve a punto de volver a España con el rabo entre las patas!

Eché la cabeza hacia atrás soltando una carcajada.

—¿Estabas solo?

—Sí, y por eso tuve tantas ganas de volver. Lo único que pensaba es que me iban a tomar por tonto y que, sin dinero, no podría volver a España y me quedaría aquí atrapado entre la multitud.

—¡Extremista! —Reí.

Pero mi risa se fue apagando al ser consciente de que aún no sabía casi nada de su pasado. Por un lado me gustó, porque su misterio era una de las cualidades más atractivas de Alím, pero por otro me sentí desnuda, teniendo en cuenta que él sabía mucho de mí y yo muy poco de él: ¿cuántos romances hacía tenido antes de estar con su ex-mujer? ¿Habían existido infidelidades entre ellos? ¿Viajó dejando a la madre de sus hijos sola y embarazada? ¿Qué aventuras románticas tuvo en Egipto, Londres o Nueva York? ¿Con cuántas mujeres mejores que yo se habría acostado? ¿En qué trabajaba para poder pagar todo esto?

—¿Qué te pasa? —Agarró mi mano al salir de la multitud—. Te has quedado muy seria.

—No es nada importante. —Sacudí la mano quitándole hierro al

asunto—. Es que estoy pensando que apenas te conozco.

Él frunció el ceño, extrañado.

—¿Que no me conoces? Jazmín, soy muy simple. Esto es lo que soy: lo que ves. No hay más. Soy un libro abierto.

—¿Un libro abierto?! ¡Pero si eres un misterio con piernas! En serio —proseguí—, la palabra misterio se inventó para describirte.

En vez de soltar una carcajada, levantó la ceja aún más.

—¿Por qué dices eso? Soy tan simple que podría describirme ahora mismo con tres palabras: aventurero, amante de la música y amante de ti.

—Eso no son tres palabras —repliqué intentando esconder la sonrisilla que luchaba por dibujarse en mi cara—. Y puede que no me haya expresado bien. Quería decir que no te conozco en el sentido de que no sé cosas de ti que me gustaría saber. ¿En qué trabajas? ¿Con cuántas mujeres te has acostado? ¿Has sido infiel alguna vez?

Giramos en una esquina hacia una calle de edificios desaliñados y suelo oscuro. En los callejones había gatos rebuscando entre las bolsas de basura y cartones tirados en mitad de la calle. El único color alegre eran las hojas de los árboles naranjas, amarillas y marrones sobre el suelo, y el blanco de la nieve sobre las ramas. No había cuajado mucho, pero algo me dijo que pronto lo haría.

—Responderé esas preguntas y todas las que me hagas, nena, pero no en mitad de la calle.

Una nubecilla de vaho salió de mi boca al respirar.

—¿Esta es la calle de los hoteles baratos? —pregunté cambiando de tema.

Lo último que quería era presionarlo. Confiaba en él lo suficiente como para saber que me diría todo lo que necesitara saber.

—Sí, aquí está el hotel en el que me hospedé la primera vez que pisé Londres. Busqué por un montón de calles parecidas a esta, pero no quería hospedarme en un hotel de mala calidad, es decir, buscaba algo barato y con buen servicio, y no estuve conforme hasta que lo encontré.

Puse los ojos en blanco.

—Alím, mi sabio que consigue todo lo que quiere.

Me carcajeé mientras nos parábamos ante una puerta grande con roñosas columnas a cada lado. Eran antiguas y le daban un aire de viejo a la calle que le sentaba bien.

—¿Cuántas veces has estado aquí? —proseguí siguiéndolo a través de la puerta acristalada,

—Un par de ellas. Para serte sincero no me gusta repetir, pero este hotel me encantó. Tiene un aire antiguo que me cautivó desde el primer momento, y es toda una ganga. Ahora que vengo contigo será inmejorable.

—¿Es que siempre que has venido, lo hacías solo?

—Exacto, así que esta es una primera vez para mí, Jazmín. Y si hay suerte también habrá una primera vez para ti cuando estés en mi cama entregándome tu cuerpo. —Me besó en los labios antes de que pudiese reaccionar, y apoyó su frente en la mía para mirarme de cerca—. Son demasiadas primeras veces para una chica con dieciocho años, así que si te entran ganas de salir corriendo, dímelo.

Negué efusivamente e hice ademán de cruzar ambos brazos sobre mi pecho.

—No tengo miedo. Todo esto —comenté abriendo los brazos— está más allá de mis sueños. Una ciudad nueva con el hombre de mi vida. Con el hombre que me llevará a lo más alto, es algo que cualquier adolescente soñaría. Es una de esas aventuras de película, y desde que te conocí tengo la sensación de que estoy viviendo en una.

Él levantó una ceja y me miró muy fijamente, tanto que me hizo sentir desnuda, algo intimidada. Me estaba devorando en mitad del recibidor mientras la gente pasaba por nuestro lado sin percatarse de nada.

—¿Qué?! —espeté.

—¿De verdad no estás asustada? ¿Ni siquiera de salir a buscar trabajo?

Lo dudé un momento. A mi mente acudió la conversación del autobús sobre trabajos «no dignos». La respiración se me aceleró y me di cuenta de que sí, estaba aterrada por ese lado. Para colmo, mi mente malvada me hizo imaginar a una Jazmín despeinada buscando chatarra para vender, sudada e irritada, con las manos llenas de durezas y el pelo

tan sucio que parecía una maraña enredada.

—No tengo miedo de salir a buscar trabajo, tengo miedo de los trabajos que me puedan ofrecer.

—¿En serio? —Se carcajeó él—. No debes temer eso, solamente es un trabajo sin importancia.

Me encogí de hombros, ceñuda.

—Para ti puede ser un simple trabajo, para mí es algo más. No sé si sería capaz de ponerle buena cara a los clientes o al jefe cuando en realidad desearía salir corriendo hacia España para refugiarme en casa.

De una zancada, Alím se colocó delante de mí y me cogió las manos.

—Sé que podrías, además, yo te apoyaré. —Me sostuvo la mirada y, después, añadió:— En fin, ¿no vas a decir nada del hotel?

Estudié las paredes antiguas y resquebrajadas que nos refugiaban del exterior y los cristales oscuros que apenas dejaban entrar la luz del sol. Al fondo, una chimenea enorme ardía y, alrededor, había sillones estratégicamente colocados para aprovechar el calor del fuego. De las paredes colgaban cuadros de galgos cazando zorros, y mi vello se erizó al ver la cabeza de un ciervo de majestuosa cornamenta colgada sobre la piedra de la chimenea: siempre había sido protectora de los animales y ese hotel parecía el típico rural en el que un cazador se hospedaría durante la noche. A la izquierda estaban las escaleras de madera que subían a las habitaciones y, a la derecha, un mostrador de piedra gris y madera de cerezo que sostenía un ordenador con su correspondiente ratón y teclado, una caja registradora y un estante con tarjetas de visita de Londres, folletos y guías turísticas. El recepcionista era pálido, rubio, de ojos azules, y tenía una sonrisa nacarada muy atractiva. Al vernos nos estudió por encima de las gafas con curiosidad.

—Buenas tardes, señores. ¿Qué desean?

Repentinamente, Alím adquirió una expresión formal y seria, tomando el aspecto de un hombre de negocios.

¿Sería eso a lo que se dedicaba?

—Buenas tardes, señor. Queremos una habitación doble para una semana. Quizás aumentemos el período de la estancia más adelante.

El recepcionista asintió conforme y, al agachar la cabeza, reparé en las arrugas de su cuello. Tecleó en el ordenador a una velocidad

increíble, y centró su atención en nosotros de nuevo.

—Si me da su DNI, por favor.

Alîm obedeció y buscó su tarjeta de identidad en el monedero, luego la entregó y esperó unos minutos.

—Son cien libras.

¡¿Libras?! Claro, ¿qué esperaba? Era un dato importante y ni siquiera había reparado en él. Al parecer Alîm había pensado en todo y había cambiado sus euros a libras. Se notaba que estaba acostumbrado a viajar. No debería sorprenderme.

—Que tengan una buena estancia —comentó el recepcionista recogiendo los billetes y entregándonos la llave de la habitación.

Le dedicamos un gesto agradable y subimos las escaleras.

—¿No hay ascensor?

Alîm rio exageradamente.

—No, no lo hay. Siendo tan joven no debería importarte.

—Hmmm... no me importa, solo preguntaba. ¿Cómo suben los minusválidos, entonces?

—Supongo que el recepcionista los ayudará a subir, o quizás tengan habitaciones ahí abajo.

Me encogí de hombros.

Al fin y al cabo ese hotel me daba buenas vibraciones: sin frío, sin corrientes de aire, sin espíritus que pudiesen encontrarme.

Una vez en la habitación salté a la desvencijada cama igual que un tigre hacia su presa: no era mullida como la de mi casa, pero era lo suficiente cómoda y grande para los dos. A pesar de haber estado casi todo el viaje en avión dormida, la cama tuvo un efecto sedante en mí, quizás porque necesitaba dormir una noche entera del tirón o porque el cambio me agotaba. Miré a través de la ventana (gracias a Dios que estos cristales no eran tan opacos como los de recepción), y lamenté que aún fuese de día. Calculé que serían las seis de la tarde, hora arriba u hora

abajo, y eso significaba que faltaba poco para que oscureciera.

Suspiré y sentí que Alím se recostaba junto a mí y me rodeaba con sus fuertes brazos desde atrás, poniendo su mano abierta sobre mi tripa. La electricidad comenzó a fluir entre ambos, y su contacto fue como la caricia de una hoja otoñal al caer. Mi cuerpo reaccionó de inmediato, más al reparar en que estábamos solos en una habitación privada, alejados de miradas indiscretas, sobre una cama doble. Me di media vuelta para poner mi cara a la altura de la suya. Sus ojos oscuros me devoraron, entornados por el deseo.

—Estás un poco tensa —murmuró con voz áspera.

Me sorprendí a mí misma dándole la razón, pero no podía evitar estarlo cuando él estaba tan próximo. Sentía el calor de su cuerpo a través de la ropa y su deseo me inundaba impidiéndome respirar. Además estaba algo asustada, ya que mis pezones estaban duros y ni siquiera me había tocado. La excitación me recorrió hasta los dedos de los pies, las lenguas de fuego líquido que era la pasión acariciaron los rincones más sensibles de mi cuerpo y me obligué a ocultar el gemido que subió por mi garganta.

—¿No confías en mí? —preguntó alzando una ceja—. Si quieres puedo alejarme o dormir en el suelo, pero lo lamentaré. Me resultará imposible bajar mi hinchazón mientras estemos en la misma habitación.

Me revolví sufriendo por el deseo que me embargaba.

—Yo... yo... —titubeé—. Confío en ti y te deseo como nunca he deseado a nadie.

—¿Entonces es mi contacto el que te pone así?

¡Oh, madre mía! ¡Qué ojos castaños tan provocadores! Estaban llenos de fuego, de vida, de luz.

—No estoy acostumbrada a estar a solas con un hombre en una cama.

Se restregó contra mí mientras sus manos descendían hacia mi trasero y lo apretaban con cariño.

—¿Es miedo lo que tienes?

Negué contra su pecho, incapaz de articular una frase con sentido.

Apenas me había tocado y mi clítoris bombeaba en un deseo mudo de explotar.

—Te enseñaré que estar en la cama con un hombre puede ser bueno —continuó él al ver mi silencio.

Sus labios buscaron los míos y yo no les di negativa. Eran cálidos, suaves y expresaban cosas que no podían decirse con palabras. Hablaban de respeto, de amor, de unión, de pasión y, sobre todo, de locura. Esa locura que se adueñaba de mi mente y mandaba a paseo a la cordura.

Era impresionante el efecto que él podía llegar a tener en mí con un simple beso. Desde erizarme el pelo de la nuca hasta hacer que me olvidase de todo; de nuestros problemas entre almas, de la inseguridad por el trabajo y del miedo a perder mi virginidad. Eso es, él me quitaba el miedo por completo. Con él me sentía segura, preparada y ardiendo.

La electricidad de nuestro alrededor creó llamas que rozaron mi piel y la besaron provocando una placentera situación. Él pareció sentirlo también. Movi6 sus manos por mi torso hasta hacer a la camiseta desaparecer. Dirigi6 sus labios a mi cuello y lo llen6 de pequeños besos. Roz6 con su lengua el tatuaje de mi clavícula, lo cual me enloqueci6 hasta el punto en el que quise más. Quise que continuara recorriendo mi anatomía con sus manos, que utilizara su lengua en cada zona de mi cuerpo y sentir cómo se abría paso en mi interior y aliviaba el bombeo en mi entrepierna.

Gemí.

Ante mi reacción sus labios bajaron y acariciaron mis pezones, ya endurecidos por la espera y la excitación. Me arqueé bajo su contacto ávida de su boca en mis senos, ávida de su contacto. Atraída por el lazo que nos unía igual que unas esposas de hierro.

—Jazmín, estás tan deliciosa que creo que me voy a volver loco —susurró contra mi piel, dejando que su aliento golpeará mis pezones—. He esperado tantas horas para estar contigo en esta habitación. Para poder tocarte sin preocuparme por la gente, por la situación... llevo todo el día soñando con esto.

Su voz grave acabó de despertar a la bestia que había en mi interior. La bestia que se soltaba la melena, se vestía de cuero y se pintaba los labios de rojo, lista para devorar a su hombre.

—Oh, Alím... ¡no puedo aguantar más!

—¿Para qué no puedes aguantar más, Jazmín? Dímelo —ordenó

separándose de mis pezones.

Necesitaba con todo mi ser que él se deslizase dentro de mí. Necesitaba que él fuese hombre y cumpliera con sus instintos más salvajes, y yo necesitaba ceder a los míos. Naturaleza frente a naturaleza, libre en pleno acto sexual.

—Alím... —supliqué.

—Dímelo. —Volvió a ordenar.

Me ruboricé por la vergüenza mientras decidía que no podía esperar más para sentir su erección entre mis piernas. Tomé impulso, me coloqué por encima de él besándolo locamente y comencé a moverme con sensualidad, restregando mis caderas sobre su entrepierna. Noté su erección entre mis muslos, encerrada en sus pantalones vaqueros, grande, dura como una piedra. Los desabroché con las manos temblorosas, e intuí su forma bajo los calzoncillos rojos. Era alargada y gruesa.

—Nena, no seas impaciente —rogó aún con voz grave—. Primero quiero enseñarte un par de cosas.

—Sí, enséñame lo que te apetezca. Guíame por esta faceta desconocida de mí misma —le solté con todo mi descaro.

Sus ojos se oscurecieron tanto que me recordó a un vampiro hambriento.

Nunca antes había conocido a nadie como él, nunca me había sentido así, por lo tanto era normal que nunca hubiese descubierto que poseía todo ese ardor en mi interior.

Vi que se quitaba los pantalones sin apartar sus ojos de mi cuerpo, yo, por mi parte, estudié curiosa ese gran bulto que se encontraba bajo sus bóxers. Parecía tan... tan... grande. Y pude comprobarlo cuando se libró de su ropa interior con un tirón incómodo, dejando salir un pene venoso que me apuntaba a la cara. Parecía medir al menos veinticinco centímetros, y de grosor estaba bastante bien. Solo había visto otros en Internet, pero el suyo me pareció perfecto, apetecible. Tanto que me imaginé montada sobre él, cabalgando y saboreando satisfecha mi posesión sobre su persona.

Alím parecía tener otros planes para mí. Empujó un poco mis hombros hacia abajo para que me deslizase hacia su miembro dejando claro que quería comprobar cómo me manejaba con la boca. Yo le sonreí

picarona y, excitada, lo envolví con mi cálida boca.

—¡Oh, Jazmín! —Se estremeció al notar mi lengua. Suspiró y movió la cadera invitándome a continuar.

Yo lo complací, siendo totalmente consciente de que mis braguitas estaban húmedas y cargadas (por muy mal que suene decirlo). Y cuanto más me movía a su alrededor, más mojada me encontraba.

Con cuidado, tracé círculos con mi lengua alrededor de su miembro erecto y comencé a subir y a bajar por él, deslizándome bien, cubriendo mis dientes con los labios. Noté que era complicado cubrir por completo tan largo pene, pero no me detuve cuando penetró en mi garganta, es más, su expresión de placer, acompañada por unos resoplidos pasionales, me incitaron a hacerlo cada vez más rápido, con más fervor. A veces lo intercalaba y me ayudaba de la mano. Acariciaba su gran tronco mientras le chupaba la punta y con la mano restante agarraba sus testículos y los acariciaba con maestría hasta que el tono de sus gemidos se elevó.

—¡Oh, por favor!

Sus caderas se movieron aún con más violencia y mi cabeza botó y llegó a la punta del miembro para volver a rodearlo después por completo.

—Acércate, nena. Quiero tocarte.

Sin parar de proporcionarle placer, acerqué mi trasero a su torso y él se incorporó y metió una mano en mis braguitas para tocarme suavemente el clítoris e introducir sus dedos en mí. Gemí de placer y los músculos de mi vientre se contrajeron provocándome una intensa sensación. Él gimió. La velocidad de sus embestidas aumentó más que los latidos de mi corazón. Eso, sumado al placer que me proporcionaba con su dedo corazón penetrándome, me enloqueció hasta el punto en que noté mis fluidos resbalando por mis ingles.

—Para, Jazmín. Para o no podré soportarlo más. Si sigues así me voy a correr en tu boca.

Me cogió del pelo para apartarme, pero yo dejé claro que eso era lo que quería. Seguí subiendo y bajando por su columna de carne caliente hasta que él sacó los dedos de mi interior, agarró mi cabeza con las dos manos y gritó levemente. Note que se derramaba en mi garganta y tragué sin pensarlo dos veces; era viscoso, caliente y salado, pero no me importó ingerirlo porque era parte de él y, como todo lo que tenía que ver con él,

lo quería. Además, su cara de clímax era suficiente para que lo deseara.

—Oh, madre mía, nena, acabo de descubrir que tienes la boca de una mujer experta. Es algo innato en ti.

Me sonrió aún con las pupilas dilatadas por el deseo. Yo le devolví la sonrisa, sin embargo, no estaba relajada como él porque aún notaba mi cuerpo en tensión, deseando su polla en mi interior, embistiéndome una y otra vez hasta hacerme explotar. Esos benditos latidos en la entrepierna me pedían sexo, las piernas me temblaban como si fuesen de gelatina, y él lo sabía.

—Me siento halagada, mi sabio. Era cierto lo que decías: «estar en la cama con un hombre puede ser bueno».

Su mirada me observó, picarona, y los músculos de mi vientre lo desearon tanto como yo.

Con la velocidad de un tigre, me colocó bajo él y me quitó los pantalones de forma experta, lo que me hizo preguntarme con cuántas mujeres había estado. Después abrió mis piernas y me sonrió listo para realizarme juegos orales. Ahí, tumbada con las piernas abiertas para él, me sentí tan expuesta y desnuda que me ruboricé.

—Me encanta que te sonrojes, Jazmín. Más cuando yo soy la razón. —Se acercó a mi entrepierna sin parar de mirarme, y su aliento me provocó calambres de placer en los labios de mi sexo—. Siempre viene bien un poco de intimidación en la cama, y más cuando estás doblegada a mí del todo, porque ahora eres mía, nena. Mía y de nadie más.

Me besó la cara interna de los muslos y, luego, pasó a las ingles provocándome una exquisita sensación expectante. Al fin rozó mi clítoris con su lengua, lo que me provocó un calambrazo de placer que me recorrió las piernas y el torso. Suspiré sin poder evitarlo, cerrando los ojos mientras arqueaba mi espalda y apoyaba la coronilla en la almohada. Su lengua volvió a rozarme una y otra vez, suave, cálida. Yo me estremecí sin parar entregándome a él para que me hiciese ver las estrellas. Lo notaba devorándome, comiéndome como si fuese el plato más exquisito que había probado en toda su vida. Gemí dominada por mis instintos más básicos, pensando que era imposible sentirse mejor, pero cuando introdujo dos dedos en mi vagina mientras me lamía, no pude evitar moverme ansiosa por alcanzar ese punto de placer que me llamaba hacia la luz. Él comenzó a subir el ritmo, moviendo su lengua en círculos. Por fin me sentí reventar por dentro con una sensación que nunca antes había tenido. Una sensación tan fuerte que me hizo casi perder la conciencia de mí misma y nubló mi vista impidiéndome ver que él comenzaba a acercar nuestras entrepiernas sin dejar de masturbarme con los dedos, lo cual

alargó mi orgasmo hasta el punto en que creí desfallecer.

—¡Alím! —chillé fuera de mí.

Se colocó sobre mí apoyando sus manos a ambos lados de mi cuello, se acercó a mi cabello e inhaló profundamente.

—Oh, nena, me encanta que te corras para mí. Me encanta que estés tan mojada, lista para recibirme, que grites mi nombre, me agarres del pelo y te dejes llevar.

Aún cegada por el placer, sentí que algo más grande, largo y duro se restregaba contra mi clítoris, y su roce me provocó un calambre tan intenso que rozó el dolor.

—No, por favor, no creo que pueda seguir. Estoy demasiado hinchada.

Él soltó una risita sexy con sus labios pegados a los míos.

—Claro que podrás seguir, pequeña. Ahora me abriré paso en tu interior una y otra vez hasta que vuelvas a explotar, después seguiré follándote mientras tus flujos empapan mi polla y chorrean por nuestros muslos, me pondré un preservativo y me correré en ti.

Lamí mis labios ardiendo de nuevo, imaginando cada paso que iba a dar, y reparé en que él no lo sabía.

—No, Alím, no nos hace falta ningún preservativo. Llevo tomando la píldora desde que te conocí. Desde el primer momento que te vi supe que serías el hombre que me desvirgaría.

Un gruñido de deseo voraz afloró desde su garganta. Noté que su pene se aproximaba a mi hendidura y la rozaba una y otra vez, provocándome.

—Esa es la mejor noticia que he tenido en todo el día.

Sin previo aviso me penetró centímetro a centímetro, y pude notar cómo se abría paso en mi apretada vagina con un cuidado exquisito. Echó la cabeza hacia atrás y dejó escapar el aire de su cuerpo mientras que yo empecé a hiperventilar. Sus brazos temblaban por el deseo, y supe que se estaba conteniendo para no hacerme daño, cuando en realidad él quería follarme con violencia. Me tensé a su alrededor al sentir un breve pellizco que desapareció de inmediato.

—¿Estás bien? —me preguntó muy quieto.

—Estoy perfectamente, Alím. Vamos, no soy una muñeca de cristal.

Él gimió y comenzó a moverse lentamente, haciéndome sentir cómo salía y entraba sin pausa. Cómo me deslizaba a lo largo de ese venoso y descomunal tronco. Moví las caderas bajo él, y sus acometidas intensificaron su velocidad deslizándose en mi interior.

—Oh, por favor —dije queriendo explotar de nuevo—. Sigue, por favor.

Sus embestidas se volvieron más violentas y el sonido de mis flujos me excitó llevándome al borde de la locura. Noté cómo su pene rozaba ese punto en mi interior tan difícil de encontrar, y volví a sorprenderme de nuestra conexión, porque solo alguien que me conociera tan bien sabría donde tocar para quitarme la cordura. En ese momento ambos éramos animales disfrutando del sexo, sudando juntos mientras nuestros alaridos se entremezclaban.

—No pares, por favor —rogué a punto de correrme de nuevo.

Él salió de mi con violencia y me dio la vuelta con una facilidad que me sorprendió y me habría hecho chillar en otro momento. A cuatro patas frente a él, me sentí a su merced; suya en cuerpo y alma.

—Dios mío, nena, las perspectivas desde aquí son tan buenas que podría correrme solo con mirarte.

Meneé el trasero, provocándolo, y su embestida no se hizo de rogar. Con una simple penetración mis carnes se abrieron, rodeándolo, sus testículos golpearon mi clítoris y estallé a su alrededor con un grito de triunfo. Mis espasmos vaginales golpearon su durísima columna de carne, y noté que su respiración se aceleró hasta lo impensable. Aún con la visión borrosa por el placer, sentí sus rápidas embestidas empalándome una y otra vez, hasta que me apretó contra él llenándome entera y derramando su semilla en mi interior. Dejó escapar un gruñido de triunfo parecido al mío, pero mucho más varonil y grave, y se dejó caer sobre mí agarrándome los pechos.

—Nena, eres increíble. Nunca había conectado así con nadie —aseguró—. Tienes una capacidad para hacerme sentir... aprietas de tal forma los músculos de la entrepierna... Ni siquiera sé qué decir.

Mi respiración estaba tan acelerada que apenas podía contestarle,

así que, cuando lo hice, mi voz vibró.

—Mucha gente dice que la pérdida de virginidad es una mierda. Pero esto, Alím... Esto, es lo mejor que me ha pasado desde que te conocí.

Él rio saliendo de mí, y me sorprendió que aún estuviese duro.

—Pequeña, hay cientos de mentiras rondando por este mundo, y espero que todas las primeras veces que tengas conmigo sean alucinantes.

Se tendió junto a mí y me rodeó los hombros con su brazo. Sonreí e intenté decirle que todo era alucinante con él, no solo las primeras veces, pero los párpados me pesaban tanto que tuve que ceder al sueño. Me acurruqué a su lado, pasé mi pierna sobre su cadera, y me quedé dormida.

Capítulo 12

VIANA: SIGUIENDO EL RASTRO.

Había montado en avión sin miedo.

Mi marido era militar y, si hay una cosa que los diferencia, es que tienen que viajar mucho según el destino que les impongan. Jesús no era una excepción, por supuesto, así que yo lo había acompañado en todos sus viajes hasta que al fin nos asentamos en la ciudad de Granada.

Tras montar en avión, soporté el viaje hasta Londres, tierra que no había pisado antes. Había que reconocer que tenía una belleza increíble y un encanto del que no todas las ciudades gozaban: ambiente mágico, calles antiguas, calles modernas, clásicas, elegantes... eso sí, al salir del aeropuerto y ver su grandiosidad me sentí desilusionada porque yo era una persona en medio de un lugar desconocido. Una simple mota de polvo en medio de la galaxia.

El desamparo me invadió.

Siempre viajando con Jesús y, de pronto, me enfrentaba al mayor problema de mi vida, y estaba sola. No había nadie para ayudarme, solo mi voluntad y mi esperanza por encontrarla. Tardaría, sí. Podría utilizar a los espíritus para que me guiarán... también. Pero una cosa había aprendido mientras vivía en casa de mis padres: no debía abusar de mi poder. De pequeña lo hacía con más frecuencia de la que me habría gustado, y recuerdo que, de noche, los fantasmas enfadados me quitaban las sábanas y me tironeaban del pelo.

—Disculpe.

Fue un leve murmullo... suficiente para llamar mi atención. Me giré para encontrarme cara a cara con un vagabundo de barba marrón y cabello encrespado, vestido con un saco, los pies descalzos y la cara sucia. Me quedé paralizada escrutando la figura negra que lo vigilaba de cerca: malvada, extensa, cruel. Se me heló la sangre en las venas mientras esta se movía alrededor del pobre hombre, envolviéndolo en miseria, llenando el ambiente de mala suerte. Su risa resonaba en ese punto de mi cerebro al que muy pocos podían acceder, y recordé un día en casa de mi madre, en el sótano, cuando tenía diez años e hice la Ouija con mi padre, un fan de lo sobrenatural. No fue la primera ni la última vez que la hice, siempre por necesidad. Creedme, no todo lo que sale del más allá es bueno, y lo que se cruzó conmigo ese día no se lo deseo a nadie.

Ese tipo de espectros intentaban hacer daño a la gente por alguna razón, pero como estaba prohibido dañar por la ley de Dios, no podían

hacer otra cosa más que interferir en su vida y hacer ruidos que aterraban y penetraban hasta lo más hondo del subconsciente. Ruidos que sustituían insultos tan aterradores y amenazas tan crueles que no era audibles para el oído humano. También podían molestar y asustar, como los poltergeist, igual que me ocurría de pequeña cuando me quitaban las mantas y me tironeaban del pelo: espíritus pesados.

—¿Disculpe? —Repitió el vagabundo sonriéndome con unos dientes zarrapastrosos.

Pobre hombre, no podía quedarme allí parada pensando en que la culpa de su fracaso no era suya.

—Dígame —le contesté.

—¿Me da usted una limosnita?

Asentí y busqué en mi monedero las libras que había conseguido cambiar antes de partir.

—Aquí tiene usted, señor.

—Dios la bendiga. —Volvió a sonreír dándose media vuelta, cojeando tras hacer una reverencia.

—Espere, no se vaya. —Me precipité en mi intento por detenerlo. Aunque claro, en ese estado no llegaría muy lejos—. Me gustaría ayudarle.

El hombretón se detuvo y me estudió frunciendo el ceño.

—No estoy loca, lo prometo —juré levantando la mano izquierda.

—¿Ayudarme a mí? ¿A un adulto con la vida ya escrita? —Zarandeeó el brazo dejándolo por imposible—. No desperdicie sus fuerzas en una causa perdida. La felicidad para mí es imposible, señora.

—No —me empeiné—. No lo dé todo por perdido. Yo sé cuál es su problema y le puedo asegurar que la culpa de todo esto no es suya. Veo en sus ojos que se merece algo mejor que la calle.

—Señora, no quiero ser grosero, pero... ¿cómo va a ayudarme? Dice que la culpa no es mía, pero desde que murieron mis padres lo perdí todo. Su muerte me afectó tanto que...

Su voz se quebró y sus ojos azules se llenaron de lágrimas.

—Por favor, no llore. —Solté el bolso y coloqué mi mano sobre su hombro. A mi contacto, él clavó su vista en mí—. Créame que puedo deshacerme de su mala suerte.

—¿De verdad puede usted librarme de esta maldición? Maldición o... sea lo que sea.

Asentí sonriendo al ver un reflejo de esperanza en sus ojos.

—No es una maldición. No es nada que usted pueda ver. Es algo que está más allá del ojo humano normal, y se llama sombra.

El espectro desvió su atención del vagabundo y se fijó en mí por primera vez, retorciéndose de ira. Sentí sus ojos repletos de maldad clavados en mi persona, penetrando hacia mi alma, y un insulto en forma de ruido destruyó las barreras de mi tranquilidad. Quise retroceder, pero supe que si lo hacía él ganaría el primer duelo, así que ahí me quede, plantada, con la espalda recta y la barbilla levantada en una clara señal de orgullo.

—¿Es verdad lo que dice? ¿Una sombra? —asentí sin apartar mi vista de él—. Así que una sombra, probablemente heredada de mis padres... puede tener sentido, teniendo en cuenta que ellos murieron de una forma muy sospechosa.

Un escalofrío recorrió mi espina dorsal y me cuestioné si era cierto el hecho de que todas las sombras respetaran la ley de Dios, si todas se limitaban a estropearle la vida, insultarte o molestar, o había algunas que eran tan malvadas como para matar.

—¿Eso quiere decir que me deja ayudarlo?

—¡Pues claro que se lo permito! De hecho, diré algo que llevo muchísimo tiempo sin decir: ¡Gracias, Dios! ¡Gracias por escuchar mis cientos de plegarias después de tantos años! —Levantó los brazos mirando al cielo y, a continuación, los bajó—. Dígame lo que tengo que hacer y lo haré con gusto, sea lo que sea.

Le dediqué una sonrisa tranquilizadora.

—Lléveme a un lugar en el que nadie nos vea. Un espacio tranquilo para que pueda realizar mis brujerías. Después me gustaría que hiciese algo por mí.

—¿Algo por usted? —Se carcajeó—. Ya me resultaba raro que quisiese ayudarme, mujer.

—Le ayudaría aunque no buscase nada a cambio —repliqué.

La excitación lo abandonó dando paso a la desconfianza, pero se lo pensó dos veces y dejó caer los brazos a ambos lados del cuerpo, sin fuerzas.

—Total, es usted mi única esperanza y, si lo que dice es cierto, si de verdad me libra de esa sombra, haré cualquier cosa por ayudarla.

Tras eso me guió por una serie de calles muy estrechas y abandonadas, todas ellas atestadas de ratas, perros callejeros, gatos y basura. Todas oliendo a excremento y a comida podrida. Unos minutos después apareció ante nosotros un pequeño claro arenoso de no más de dos metros y medio, quizás menos, con una manta y una mesita mordida por los animales. Además había una bolsa de basura con alimentos encontrados entre las sobras de los contenedores.

—Bienvenida a mi hogar. No conozco lugar más íntimo.

Aguanté una mueca de asco buscando valor en el recuerdo de mi hija: Debía hacer esto para ayudarla en su aventura. Bueno, que gran aventura debería decir gran tortura.

—Es suficiente para mí, no se preocupe. Relájese y siéntese. Le libraré de esa sombra.

El vagabundo obedeció en silencio con las piernas en tensión, y me observó mientras adquiría la posición del loto y cerraba los ojos empuñando en mi mano derecha un crucifijo. Sentía en mi piel la maldad de ese ser tan horripilante observándome con fijeza, odiándome en lo más hondo de todo él. Pero no debía temer, porque el miedo le daba fuerza, y eso era lo último que quería... por mi hija.

Me concentré respirando hondo una y otra vez, y busqué el don en mi interior, la luz que me hacía ser diferente a las demás personas: La encontré. Muy arraigada en mí, ahí estaba, esperándome, conocida, mía, personal. Necesité aún más concentración de lo normal para conectar con mi alma y llamar a aquel espectro que me quisiese echar una mano, igual que hice en casa para buscar a Jazmín. Era cierto que entonces estaba muy nerviosa, al borde del ataque de ansiedad, pero esta situación era muy distinta y no tenía ninguna presencia oscura riéndose de mis intentos, ni insultándome. Además, su presencia fría espantaba a los espíritus bondadosos, así que nadie acudió a mi llamada.

Abrí los ojos.

—¿Qué ocurre? —El hombre estaba impaciente.

—Me cuesta conectar con el mundo espiritual. Estoy llamando a algún espectro que quiera echarme una mano, pero no responde ninguno. Me falta poder y... esa sombra no ayuda.

—¿Entonces no puede hacer nada?

—Puedo, pero no sin velas.

Él se levantó de un salto y empezó a rebuscar en la basura con las manos desnudas.

De nuevo reprimí una mueca de asco.

—¿Crees que encontrarás velas ahí? —pregunté.

—Estoy seguro, señorita. Aquí hay de todo, se lo dice un hombre que lleva años viviendo en la calle. Al principio te repugna, sí, y te avergüenzas cuando la gente se queda mirando, pero uno está acostumbrado.

Me levanté y me dirigí hacia un cubo de basura, lo observé y ahí me quedé, parada. El vagabundo me miró y sacudió la cabeza como diciendo: «venga, mujer, ¿qué te crees que haces?» Su gesto me enervó, pero era algo que tenía que hacer, tanto por él como por mí, y por Jazmín, por supuesto. Pese a que nunca había escarbado en los residuos de otro, supuse que no sería tan difícil, y si me tapaba la nariz y respiraba por la boca no notaría el olor. Algo era algo.

—¡Aquí hay una, señora! ¿Cuántas necesita?

—Necesito cuatro, como poco tres.

Las velas me darían poder. Todas las médium usábamos cosas así alguna vez, sobre todo la Ouija. Los objetos eran buenas formas de comunicarnos con el más allá con poco esfuerzo, y los cuatro elementos (fuego, tierra, aire y agua), nos daban fuerza. Eso no quitó el hecho de que odiara a todas las velas del mundo en ese momento. De que me odiase a mí misma por necesitar la ayuda del fuego.

Arrugué la nariz al meter la mano en una bolsa y notar algo viscoso en ella. El estómago se me rebotó y el vómito salió propulsado por mi garganta, aunque ahí se quedó, atrancado. Tragué para bajarlo y eso me provocó más asco todavía.

—¡Todo sea por Jazmín! —susurré para darme valor.

Pero eso no ahuyentó mis ganas de echar la comida.

En la primera bolsa no encontré nada, ni en la segunda, ni en la tercera, pero sí lo encontré en la cuarta, y el vagabundo encontró otra vela al poco tiempo. Intentamos localizar una cuarta, pero no hubo suerte, y yo preferí dejar de buscar y probar con esas tres velas. Tenía la suficiente fe en mí como para, al menos, intentarlo.

El vagabundo me entregó un mechero, sonriéndome con los dientes cubiertos por el sarro, y yo lo acepté y encendí las velas, las coloqué en forma de triángulo, indiferente a los ruidos que provocaba la sombra, y volví a concentrarme.

Esta vez todo fue mucho más fácil. Localicé mi alma en mi interior, clara, dispuesta, y un frescor reconfortante me inundó bañándome la piel cuando tomé control sobre ella. Normalmente, la gente que no tenía control sobre su propio espíritu podía ser guiada para contactar con él, pero ese proceso era distinto a controlar algo que estaba tan arraigado al cuerpo. Se necesita un control total de la mente y una voluntad muy férrea porque, como dije a Jazmín, las almas son solo pasajeras en un cuerpo. Ellas son enviadas a ese recipiente para vivir experiencias en el mundo de los humanos y, cuando este cuerpo muere, el alma se libera con todas las experiencias de esa vida y de las anteriores. Visto así, es evidente que el cuerpo es algo parecido a una cárcel para el alma, y esta, al verse libre, lo único que desea es volver a su hogar, por eso es tan importante tener control sobre uno mismo, para poder manejar el espíritu en una situación tan complicada. Sin embargo yo no iba a separar mi alma del cuerpo: iba a utilizarla para llamar a otras almas, ya que la separación debía de ser siempre el último recurso por los riesgos que conllevaba.

Perdí la noción del tiempo tras un rato sin respuesta, pero continué llamando a través de mi alma hasta que por fin alguien me escuchó y vino a mí. Era puro, sí, y poderoso; él no le tenía miedo a esa sombra. El frío que destilaba no lo intimidaba, ni tampoco su crueldad. Mi alma, en su socorro mudo, le había llamado la atención lo suficiente como para ayudarme.

Abrí los ojos de golpe y ahí estaba, ante mí, observándome con su esencia. Blanco, puro, reluciente.

—Por favor —murmuré—, ayúdame a deshacerme de la sombra que atormenta la vida de este humano. —Señalé al hombre con la mano temblorosa por el esfuerzo.

El espectro lanzó un resplandor que me obligó a cerrar los ojos, y pensé en los cientos de experiencias que tenía que haber vivido. Una blancura así solo podía conseguirla un espíritu que se reencarna en contadas ocasiones y está al borde de alcanzar la plenitud. El descanso eterno.

Sus intenciones resonaron en mi mente, llenas de energía. Supe que quería que rezase para darle fuerzas, y así lo hice: uní las manos y entoné un cántico religioso en latín:

Pater Noster, qui es in caelis,
sanctificétur nomen Tuum,
adveniat Regnum Tuum,
fiat volúntas tua, sicut in caelo et in terra.
Panem nostrum cotidiánum da nobis hódie,
et dimitte nobis débita nostra,
sicut et nos dimittimus debitóribus nostris:
et ne nos indúcas in tentationem,
sed libera nos a malo.

La sombra se retorció gritando de un modo desgarrador, más aterrador que el lamento de un no-muerto. Se alejó serpenteando del hombre al que llevaba anclado tantos años, y se extendió a lo largo de la pared mostrando toda su grandiosidad, como si así pudiese intimidar al fantasma. Me dieron ganas de reír, aunque la situación no tenía nada de graciosa y las consecuencias de una derrota tampoco lo serían. Negra, se enfrentó al espectro resplandeciente que lo alcanzó con su esencia, y ambas colisionaron a mitad de camino. Quizás la palabra para lo que acababa de ocurrir no era colisionar, pero fue algo que apenas pude asimilar, ya que el choque entre luz y oscuridad fue un shock para mi cerebro, teniendo en cuenta que, en el día a día, la luz y la oscuridad conviven: La oscuridad absoluta es difícil de conseguir porque siempre hay algo de luz, y lo mismo ocurre a la inversa.

Parpadeé unas cinco veces antes de dejar de ver chiribitas a mi alrededor, y reparé, para mi desgracia, en que la malvada se resistió a la bondadosa y trataba de adueñarse del cuerpo del vagabundo, el cual chilló

aterrado sin comprender por qué perdía el control de su propio cuerpo.

—iExorcizamus te! —empecé. Mi voz sonó tan potente en mis oídos que hasta yo misma me sorprendí—. iOmnis immundus spiritus, omnis satanica potestas, omnis incursio infernalis adversarii, omnis legio, omnis congregatio et secta diabolica, Ergo perditionis venenum propinare Vade, satana, inventor et magister omnis fallaciae, hostis humanae salutis!

Continué haciendo resonar mi voz en las paredes a la vez que levantaba el crucifijo frente al vagabundo. Este echó la cabeza hacia atrás y soltó un alarido mezcla de dolor y furia, movió el cuello hacia los lados con tal violencia que temí por el físico de la víctima, y se agazapó al suelo como un animal.

—iHumiliare sub potenti manu Dei! iContremisce et effuge, invocato a nobis sancto et terribili Nomine Iesu, quem inferi tremunt! iAb insidiis diaboli, libera nos, Dominae!

La sombra se vio arrancada del cuerpo del muchacho, débil por los cánticos, y el espectro reluciente volvió a colisionar con ella consiguiendo lo que quería: la agarró con su esencia y desapareció en mitad de la calle llevándosela con ella.

Sudorosa, con la respiración agitada y las piernas débiles, me acerqué al vagabundo, ahora lloroso, y me agaché a su lado. Posé la mano en su hombro y esperé a que se calmaran sus hipidos. Mi brazo subió y bajó con las contracciones de su cuerpo y sentí tal empatía que derramé una lágrima. La sequé con rapidez con la manga de mi abrigo.

El pobre acababa de presenciar algo que nadie debería.

—Tranquilo, ya está todo bien —dije.

De nuevo me sorprendí a mí misma de lo firme que parecía.

—La sombra se ha ido y se ha llevado a la mala suerte con ella.

El hombre clavó su vista enrojecida en mí, se levantó con un ímpetu que no esperaba, y apartó las manos de su cara plagada de lágrimas.

—Ha sido horrible —musitó—. Pero lo siento, ¿sabes? Siento que ya no está esa opresión en mi pecho. Esa sensación de desesperanza... ha desaparecido. Soy... —Sollozó—. Soy un hombre nuevo.

Se lanzó a mis brazos sin previo aviso y, pese a que mi primer impulso fue apartarme, lo acepté, porque nadie debía estar solo después

de ver un exorcismo real. Le di dos palmaditas en la espalda aguantando la respiración.

—Me alegro muchísimo de haberte librado de esa sombra. Era dura de pelar. —Me alejé de él, recogí mi bolso abierto del suelo, y saqué el monedero—. Toma —dije, colocando en sus manos unos billetes—. Con esto tendrás suficiente para comprarte ropa nueva, afeitarte y asearte un poco.

Él los aceptó levantando una ceja.

—Pero... ¿y esto?

—¿Qué pasa? Es dinero, para ti.

Su nuez subió y bajó.

—Pero... ¿por qué? Ya me ha ayudado demasiado, ¿no lo ve? Sin esa cosa detrás de mí podré hacer lo que quiera. Buscar un trabajo, rehacer mi vida, comprar una casa...

—Claro que sí —le interrumpí devolviendo la billetera al bolso—, pero necesitarás estar aseado para una entrevista de trabajo. ¿Qué pensabas? ¿Que iba a dejarte así, tirado? —Negué con la cabeza como si él no tuviese remedio—. Tendremos que pasar mucho tiempo juntos porque ahora te toca a ti cumplir con tu parte del trato...

Callé al darme cuenta de que no sabía su nombre ni me había molestado en preguntárselo.

—Fernando —informó.

Era un buen entendedor. Un lector de gestos en toda regla.

—... Fernando. Vamos a buscar a mi hija por Londres, y la sacaré de aquí con tu ayuda.

Capítulo 13

ALÍM: STRIPTEASE EXPLOSIVO.

—Nada. Al parecer tendré que aceptar ese trabajo de stripper al que tanto temía —comentó Jazmín mientras paseábamos cerca del Jardín Botánico de Kew.

—Te lo dije, la cosa no está muy bien y debemos conformarnos con lo que tenemos. No me mal interpretes, no me gusta que trabajes de eso, es más, desearía que tus striptease fuesen solo para mí. Pensar que tendrás un montón de hombres babosos detrás... ¡Puaj!

No me gustaba reconocerlo, pero me molestaba imaginar que esa preciosidad de ojos verdes y trasero definido tendría que provocar a otros para que les metiesen billetes entre los senos. En circunstancias normales habría intentado chantajearla para que siguiese buscando, sin embargo, llevábamos ya una noche entera sin comer y me sentía morir de inanición. Las tripas se retorcían en mi interior pidiéndome energía para el cuerpo.

—¡Ojala solo fuesen para ti! Pero tú mismo lo dijiste en el autobús: no encontraría trabajos muy dignos de mí. No seré abogada, ni periodista, ni secretaria. —Se carcajeó—, aunque las stripper tienen un trabajo muy digno. No es fácil bailar en una barra. Debes tener un físico de miedo y estar buena. Eso sí, te aseguro que si alguien intenta tocarme, le cortaré la mano y, quizás, otras cosas. —Volvió a carcajearse intentando disminuir la tensión del ambiente e, inmediatamente, me contagié y reímos los dos al unísono.

—Siento haberte metido en esto, Jazmín. No lo estás pasando bien.

Noté que su dedo se posaba en mis labios obligánome a parar en seco.

«¡Oh, deja de mirarme con esos ojos!»

Me costaba resistir la tentación cada vez que esos ojos verdes resplandecían bajo los rayos del Sol. Notaba una corriente eléctrica recorriéndome por dentro y la presión en mi entrepierna era inmediata. Sus manos me derretían por donde pasaban dejando un cosquilleo ardiente a su paso.

—No lo estoy pasando bien, lo estoy pasando genial. Tú, yo y la libertad. ¿Qué más puedo pedir?

—Un almuerzo en condiciones —contesté.

Ella negó con la cabeza y volvió a mirarme.

—Me tomé a pecho tus palabras sobre entender mejor la realidad. En cierto modo me emociona trabajar en algo así, créeme. Además podré usar mis dones para ti en privado.

Soltó una risita picarona.

No pude evitar lanzarme a sus labios. Ella me devolvió el beso con fervor, igual que la primera vez que la besé, y volví a sentir esa sensación de unión y conexión tan característica entre nosotros. ¿Por qué sucedería? ¡Quizás hubiese encontrado a mi alma gemela! Y, desde luego, no pretendía perderla. Ella era mía y yo era suyo. Estábamos hechos para estar juntos. La quería tanto que me asustaba.

—Algo me dice que hoy estás más juguetona de lo normal, y mira que ya lo eres por naturaleza.

—Puede —dijo tocando su cabello sensualmente—, o puede que solo me esté preparando para mi nuevo trabajo.

—Quizás, pero si sigues así, Jazmín, esta noche no me quedará otra que hacerte el amor una y mil veces. Y créeme, no será fácil saciar todo lo que estoy acumulando.

La idea pareció complacerle, pero decidió callar y continuar andando en dirección al club de striptease.

El club al que nos dirigíamos era el primero en nuestra lista tras haber agotado todas las otras opciones que no implicaran desnudarse. Era un club bastante famoso en el que parecían pagar bien. Jazmín estaba convencida de que su cuerpo y su rostro sensual no eran tan perfectos como para que la contrataran en un lugar tan caro, pero yo sabía que ella poseía todo lo que a una mujer le gustaría tener: Trasero redondeado, pechos firmes, vientre plano y cara de gata salvaje. Para mí era mejor que la diosa de la belleza. No porque fuese su novio, sino porque era un hecho, y era consciente de cómo los hombres se giraban para mirarla cuando pasaban por su lado

Alcanzamos nuestro destino demasiado pronto.

Era una casa blanca con un jardín lujoso, protegido por un muro de piedra. Las ventanas estaban iluminadas levemente, y en la puerta se podía leer: «DREAM CLUB.YOU CAN DREAM WITH YOUR PERFECT

STRIPTease. »

—¿Striptease de tus sueños? ¿En serio? ¿Eso significa que debes bailar según el cliente? —inquirió mi joven responsable.

A pesar de no demostrar nada, supe, por el temblor de su voz, que estaba intimidada.

—No estoy seguro. Supongo que tendrás que adaptarte si un cliente te pide algo en especial. Ya sabes, las strippers también hacen bailes privados.

Un escalofrío me recorrió la espalda, pero tenía que ser fuerte y dejar los celos a un lado.

—Es repugnante.

—Puede que sí, pero ten presente que lo hacemos para sobrevivir. —Puse los ojos en blanco.

Asintió, se dirigió a la puerta a través del jardín y entró en la estancia con determinación. En el interior, la música sonaba alta, las paredes eran de un precioso color blanco con purpurina, y las mesas estaban perfectamente ordenadas, todas con buenas vistas a la barra que se encontraba en el centro. A esas horas no había muchos clientes, pero estaba seguro de que, más tarde, además de una stripper en la barra habría otras pululando por la clientela, exhibiéndose con la esperanza de ganar algo de dinero. A la derecha se encontraba la barra, de color rosa y gris, y tras ella se lucían una cantidad considerable de botellas de alcohol diferentes: Ron, whiskys, vinos, vodkas... a la izquierda unas escaleras llevaban a las habitaciones para los bailes privados, e intuí, a través de las cortinas, que cada habitación estaba vigilada por un guardia para evitar que los clientes se pasasen de la raya.

—Al menos hay buena protección —murmuró Jazmín a mi oído.

—Sí, pero todo esto huele demasiado a hormonas.

Conseguí arrancar una sonrisa del rostro de Jazmín. Aun así se la veía nerviosa, algo turbada.

—Ese es el fin de este bar, ¿no? Que los hombres se calienten para descargar luego en casa.

Esta vez fui yo el que reí.

—Sí, ese es el fin. —Miré a un lado y a otro en busca del jefe de ese sitio, pero no lo localicé—. Ven, vayamos a preguntarle al camarero

por el encargado.

Tiré de ella y me situé frente al hombre de la barra. Parecía estar aburrido, pasando un paño por el vaso de cristal, mirando a nada en particular.

—Disculpe —empecé—, me gustaría hablar con el jefe.

—Claro, señor. Si me dice usted con qué fin...

—Vengo con una joven que desea trabajar, por la que seguramente pagarán una buena cifra.

El camarero centró su atención en MI novia igual que lo haría un lobo en una presa. Recorrió su rostro de arriba abajo, bajó su vista hacia sus senos, donde se detuvo, y continuó su recorrido por cintura y piernas. Apreté los puños intentando aguantar mi impulso de pegarle un puñetazo en la nariz y decirle un par de groserías, pero tenía que aceptarlo por nuestro propio bien. Al fin y al cabo era solo un trabajo (me dije) como cualquier otro. La única diferencia era que MI chica bailarían para otros hombres y que estos hombres la desearían casi tanto como lo hacía yo.

—Lo encontrará aquí detrás, en su despacho, junto al almacén —respondió al fin dejando de acecharla.

La cogí del brazo de forma precipitada para quitarla de su vista y (¡vaya mierda!) mostrársela al jefe: otro hombre más de la docena que irían detrás de ella.

¡Lo que tendría que soportar para no cortar ninguna cabeza!

—Buenos días. —Surgió una voz detrás de mí.

Me sorprendí al comprender que la que había hablado fue Jazmín, que normalmente me dejaba a mí tomar la palabra. ¿Por qué de repente era tan extrovertida? ¿Quizás para mostrar que sería una buena mujer con la que hablar? ¿Quizás para hacer ver que no era para nada vergonzosa? Para mi sorpresa, su decisión de tomar la iniciativa funcionó.

—Buenos días, señores, aunque más bien debería decir buenas tardes. ¿Qué desean?

Jazmín asintió. Yo quedé relegado al lugar de oyente. Como buen observador que era, decidí que no apartaría mis ojos de ese hombretón de hombros anchos y cabeza rapada. Para mí todo hombre heterosexual sería esclavo de los encantos de mi joven responsable.

—Vengo con la esperanza de encontrar algún puesto libre.

—¡Ah, trabajo! —El gigantón dio media vuelta en su silla, buscó dentro de sus archivadores y sacó unos folios escritos a ordenador.

—Sí, eso es. Soy nueva en Londres, aunque me defiendo en el idioma. Además, creo que estar de cara al público me será muy útil para mejorar mi inglés...

—Ajá —la interrumpió. Me dieron ganas de pegarle—. Aquí, más que control del idioma, debes tener una buena forma física. Créeme, mis clientes están hartos de ver chicas inglesas, y una española con acento castellano vendría de perlas al negocio. Así que, dime: ¿Qué experiencias tienes en este mundo? Ya me entiendes: ¿Sabes utilizar la barra? ¿Cómo andas de piernas y de brazos? Con respecto a fuerza, me refiero. ¿Y qué hay de los abdominales?

Jazmín se quedó parada un momento, seguro que preguntándose por dónde empezar. El gigantón la miró de reojo, como instándola a responder, y me dieron ganas de gritarle para que la dejase pensar.

—Vaya. Cuántas preguntas de golpe.

—No soy un hombre de perder tiempo.

Dios mío, ese hombre tenía un buen puñetazo en la cara. ¡A mi chica solo podía incomodarla yo! (En el buen sentido).

—En ese caso, sí, he tenido experiencias en el baile erótico. No profesionalmente, claro, pero sé utilizar la barra. Mi forma física es buena. Puede ponerme a prueba si quiere. Brazos fuertes, piernas más fuertes todavía, y de abdominales no me puedo quejar.

—Ajá. Déjeme verla —pidió el encargado levantándose de su asiento y dando una vuelta alrededor de Jazmín. Le miraba el trasero, los pechos, las piernas, la cara—. Debo reconocer, señorita, que es más bonita que la mayoría de mis trabajadoras, pero el no tener experiencia profesional me da algo de inseguridad... aunque claro, ese aire español me resulta irresistible incluso a mí, que veo mujeres espectaculares todos los días. —Posó su ruda mano en su barbilla—. ¡Ah, ya sé! Esta noche tengo un hueco libre, venga aquí y trabaje. Hágalo lo mejor posible, porque de ahí dependerá que la contrate o no. Es simple: si resalta, la contrato, si no consigue llamar la atención... lo sentiré mucho por usted. Este club no puede permitirse perder ni un solo cliente. Ya sabrá que es uno de los mejores de Londres.

Jazmín asintió satisfecha.

—Me esforzaré, señor. Pero antes de irme tengo una pregunta.

—Adelante.

—Puede no ser muy apropiada teniendo en cuenta que esto es una entrevista de trabajo, pero... ¿El baile de esta noche me dará beneficios?

Enrojeció como por arte de magia. Tuve ganas de pellizcarle esas mejillas tan adorables, de agarrarla, llevarla escaleras arriba y tomarla allí mismo. Desde la última vez que descubrí su fantástica boca y sus innatas artes amatorias, no podía parar de pensar en cuándo sería la próxima vez que estuviésemos solos.

—Sí, lo hará, pero solamente los que usted gane. —En la mirada del hombre vi la aprobación, lo cual me confirmó que él era un hombre de negocios y Jazmín se había ganado su respeto al preguntar por los beneficios—. Una cosa antes de que se vaya, señorita. Ya que no se ha dedicado a esto profesionalmente, tenga en cuenta que la vida nocturna es muy dura, y cuando se trata de sexo, más. Aquí en mi establecimiento contamos con una seguridad de escándalo, pero de puertas para afuera... —Suspiró—. Tenga cuidado cuando salga, por favor.

—Claro, tendré cuidado —respondió desconcertada—. Que tenga una buena noche.

—Hasta luego.

Su advertencia hizo que se me erizara el vello de los brazos. Llamadme loco, y es que tuve la sensación de que algo malo estaba a punto de pasar. La urgencia se instaló en mi corazón. Eso sí, decidí no asustar a Jazmín y vigilarla bien de cerca. Ese club era el típico al que asistían creídos de clase alta. Personas acostumbradas a ganar que no soportarían un rechazo.

Lo que quedaba de tarde pasó demasiado rápido. Decidí dejar de hacer rap en la boca del metro, cargué la radio en el hombro, recogí el dinero que había conseguido, y salí de ahí, impaciente por cenar con Jazmín antes de su striptease. Con lo que había ganado no habría suficiente para un restaurante, pero sí para comprar unas pizzas de vuelta al hotel, de esas que llevaban de todo: Jamón de York, pollo, queso, champiñones, cebolla... Mi estómago protestó.

No tardé mucho en encontrar una pizzería, y escogí la pizza que más ingredientes tenía. Un poco más cara, sí, pero tuve de sobra para comprar un refresco para cada uno: Tampoco le vendría mal un poco de azúcar antes de montarse en la barra.

Al verme, Jazmín saltó a mis brazos soltando un grito de euforia, y yo le di vueltas en mitad de la calle con un brazo mientras con el otro sujetaba la caja de la pizza, sobre la que coloqué los dos refrescos y la radio. Apreté a esa preciosidad contra mi cuerpo y le planté un beso ardiente. Un beso de los que hablan de amor, de pasión, de conexión.

—Estoy muy nerviosa —me confesó ella al oído.

Noté sus manos sudorosas en las mías. Las apreté mientras soltaba la radio sobre la cama y cogía la llave de la habitación.

—Es normal, pero intenta relajarte. Los nervios te cerrarán el estómago y necesitas energías. Venga ya, llevamos un día entero sin comer, así que aprovecha.

—Tienes razón, pero, por favor, comemos de camino al club, ¿vale? Llevo toda la tarde aquí parada. ¡Me estoy volviendo loca!

Suspiró.

—Tienes razón. —Abrí la caja de la pizza y el olor nos golpeó, exquisito—. Venga, coge un trozo, y mientras andamos explícame de dónde sacaste eso de que ya has bailado en una barra.

—¿A qué te refieres? —inquirió frunciendo el ceño.

—A lo que le dijiste al encargado en la entrevista.

—¡Ahh! —exclamó mientras se hacía con un trozo de pizza y le daba un bocado—. Era mentira.

Mirándola con una sonrisa maliciosa, cerré la puerta detrás de mí.

—¿Qué?! —dijo ella.

—¿Cómo que qué? ¿No es evidente? Le has mentado a tu jefe, y esta es mi mirada de «me encanta que mi nena sea tan traviesa».

Eché la cabeza hacia atrás riendo.

—Así que nunca has bailado en una barra —proseguí—. ¿Cómo

vas a sorprender a los clientes, entonces?

—Es fácil. —Se encogió de hombros quitándole importancia—. Soy una chica de gimnasio con una buena condición física. He visto cómo se mueven las bailarinas eróticas y estoy segura de que no es tan difícil como parece.

Esta vez fui yo el que cogió un trozo de pizza y me la comí de tres mordiscos. Hasta ese momento no había reparado en lo que me hacía falta una buena comida. Juraría que sentí un leve mareo por la satisfacción. Me imaginaba a mi estómago dando brincos de felicidad.

—Lo harás genial, ya verás. No sé cómo, pero siempre me sorprendes.

—El que no me sorprende mucho eres tú. —Me quedé parado al escucharla. La pizza se me atrancó.

—¿Qué? —Puse cara de corderito degollado.

—Pues eso, que quiero que me sorprendas.

—¿Cómo?

—Muy fácil, quiero saber más de ti. —Me escrutó intentando adivinar qué pensaba.

—¿Por ejemplo...?

—Quiero saber en qué trabajas. Llevo preguntándomelo desde que llegamos. Dijiste que me lo dirías y... aquí sigo.

Se encogió de hombros y dejó caer sus manos, que se estaban agarrando con nerviosismo.

Yo solté una carcajada echando la cabeza hacia atrás.

—¡Pero no te pongas nerviosa! —Se sonrojó—. Trabajo como dependiente en una tienda de juguetes. Ya sabes... un trabajo provisional que me da lo suficiente para viajar y vivir.

—¿Tú, juguetes y niños, juntos?

—Pues claro, ¿qué esperabas?

—No lo sé, algo más sórdido. Quizás trabajabas como camello o

yo qué sé.

—Por favor, Jazmín. —Tuve que sujetarme la barriga mientras reía—. ¿Quién te crees que soy?

—Ahora te veo con mejores ojos, desde luego —dijo mientras yo reanudaba la marcha—. ¡Pero espera! ¡Tengo más preguntas!

Dio unos saltitos para alcanzarme que a mí me parecieron adorables.

—Dispara.

—Mujeres. ¿Con cuántas te has acostado? ¿Le has sido infiel a alguna?

Busqué su mano con la mía y la agarré. Al pasar junto a una papelería, tiré la caja vacía de pizza.

Su curiosidad no me incomodaba, es más, me pregunté por qué no había insistido en que le respondiese antes.

—Me he acostado con cuatro: mi ex-mujer, dos chicas que me tiraban los tejos antes de conocerte, y contigo. Cuatro. —Enumeré utilizando los dedos de mi mano libre—. Pero con ellas el sexo nunca fue como contigo. Contigo siempre es... más. No sé cómo explicarlo pero, cuando me corro, siento una unión rara. Es casi espiritual.

—¡A mí me pasa lo mismo!

—Y en cuanto a las infidelidades, solo he sido infiel una vez, aunque no sé si podría llamarse infidelidad.

Levantó una ceja perfectamente depilada.

Ya estábamos en la puerta del club.

—¿A qué te refieres?

—A las dos mujeres que hubo después de mi ex-mujer. Las estuve intercalando, aunque claro, no estábamos saliendo. Lo nuestro era solo carnal...

No pude continuar hablando porque al penetrar en el establecimiento la música ahogó los sonidos de nuestros murmullos y Jazmín se dirigió al despacho del jefe. Yo, mientras tanto, me dirigí a una

de las mesas libres que tenían buenas vistas a la barra.

¿Qué estaría haciendo ella en ese momento? ¿Se estaría pintando? ¿Arreglándose el pelo? ¿Poniéndose un corsé para quitárselo después? No había forma de saberlo y la espera me pareció una pequeña tortura.

—¿Desea algo, señor? —Me sobresaltó una pelirroja camarera con ropa provocativa.

—Un whisky solo, por favor.

No sabía si eran los nervios que se me habían contagiado de Jazmín, o el reflejo de celos que empezó a aparecer mientras estudiaba a la clientela masculina.

La muchacha se fue meneando las caderas y, al cabo de unos minutos, llegó mi whisky. En ese mismo instante, una chica de pelo azabache con curvas marcadas se movía boca abajo en la barra adoptando posturas imposibles. Los hombres gritaban y le lanzaban billetes como locos.

—Es la favorita. —Me guiñó la camarera.

Después se largó a atender a otros.

Lo cierto es que era muy guapa, con esos senos tan generosos y esa agilidad de gata callejera. Tenía unas piernas larguísimas que lo parecían aún más con sus tacones de aguja. El striptease estaba llegando a su fin, ya que se deshizo del corsé quedándose solo en tanga. Bueno, en realidad no se podía llamar tanga al hilo que cubría una mínima parte de su piel perfectamente depilada.

—Y hoy, caballeros. —Resonó una voz desde los altavoces—. Les presentamos a Misi Shadow, una futura promesa llegada desde España.

La muchacha anterior recogió el corsé del suelo y todos los billetes de alrededor, saludó guiñando el ojo, y desapareció por la parte de atrás. De camino se cruzó con Jazmín, y los hombres gritaron al verla, y vitorearon con una emoción que me sorprendió. Yo ni siquiera podía levantar la voz, solo mirarla, recorrer a esa preciosidad de arriba abajo, imaginarla en cien posturas distintas.

Tragué el whisky que tenía en la boca, y seguí hipnotizado.

La chica lucía un precioso corsé color verde con una minifalda diminuta. Debajo de esta se intuía su trasero respingón, muy apetecible. En una pierna llevaba una liga de color negro, y en los pies unos tacones

de infarto. Ninguna mujer en su sano juicio habría optado por bailar con eso puesto, pero ella no parecía notarlo, andando con una seducción que atraía las miradas de todo el club. Su pelo estaba suelto por sus hombros en una forma salvaje y loca, y sus ojos estaban pintados de oscuro, al igual que sus labios. Era la típica mujer a la que imaginabas dándote unos azotes.

No había que ser un lumbreras para descifrar el significado de su nombre. Conociéndola, Misi vendría de chica mimosa, muy acertado a juzgar por cómo se acariciaba con la barra, y Shadow por la sombra de ojos y el pintalabios oscuros.

Con un movimiento ágil, Jazmín se agarró a la barra, aseguró sus manos, tomó impulso y levantó las piernas colgándose boca abajo. Su cabello se desparramó bajo ella, y estuve a punto de correr a sujetarla. No obstante, no se cayó, sino que se quedó ahí arriba, bien sujeta. La cosa no acabó ahí, y empezó a hacer piruetas haciéndome dudar sobre si era cierto que nunca había bailado en una barra. Arrastrando su escote por el metal, se deslizó hacia el suelo y empezó a gatear manteniendo un contacto visual muy provocativo con los clientes, que enloquecieron y empezaron a ladrar y a aullar. Lo normal habría sido que me sintiese celoso, pero no fue así. Otra revelación más para el día. Me sentí orgulloso de que esa muchacha fuese mía al completo. Yo era su primer hombre, y pretendía ser el último.

De reojo, localicé al encargado del club, el calvo grandote, mirando a «Misi Shadow», con un brillo en la mirada que hablaba de triunfo. Seguro que estaba pensando en el buen negocio que acababa de hacer.

Volví a centrar mi atención en mi preciosa joven, y sentí una presión en la entrepierna al ver que la suya se deslizaba por la barra: subió y bajó muy lentamente con el cuerpo chorreando de sudor, se dio media vuelta y tanteó a su espalda, deshaciéndose del sujetador negro, liberando sus turgentes pechos de aureola rosada.

Los clientes volvieron a rugir y, todos a la vez, lanzaron billetes a diestro y siniestro a mi preciosidad de mujer. Jazmín dio las gracias, se colocó a cuatro patas y, a gatas, se deslizó por la plataforma y recogió todos los billetes, sonriendo.

Fui consciente, entonces, de que estaba tan excitado que tenía que encontrar la manera de sacarla de ahí. Por un lado mi mente me decía que no podía hacerlo porque era su primer día de trabajo, pero mi cuerpo me atraía hacia ella con la típica urgencia que me alarmaba.

Para mi satisfacción, las bailarinas empezaron a salir por una puerta y se movieron por la habitación ofreciendo bailes privados. La

morena con cara de gata salvaje que estaba bailando cuando pedí el whisky era una de las más cotizadas, pero cuando Jazmín salió por la puerta, un grupo de hombres empezaron a discutir entre ellos para ser los primeros en recibir un baile privado. Desdichados ellos, porque el primero sería yo, solo yo. Ya había pensado en que el dinero que le pagase a Jazmín para un baile no sería dinero perdido, ya que lo suyo era también mío.

Al verme, mi joven responsable se acercó a mi sin perder esos andares seductores y esa mirada de «voy a devorarte en cuanto estemos solos».

—¿Puedo ofrecerte algo? —me susurró con voz de gatita y mirada voraz.

Recorrió mi nuca con la mano derecha, y yo pensé que me volvería chalado si seguía así.

—Nena. Te dije que lo harías fantásticamente bien, y...

Me tapó la boca con el dedo ordenando silencio.

—Nada de conversaciones, precioso, estoy trabajando. ¿Puedo ofrecerte algo? Vuelvo a repetir.

Dios mío. ¿Quién era esa y que había hecho con mi novia?

Tragué saliva con sabor a alcohol.

—Quiero un baile, por favor —pedí.

Ella sonrió, traviesa, y se pasó la mano por el corsé verde. Su mirada ardiendo me quemaba, derritiéndome hasta el órgano más escondido del cuerpo.

—¿Privado o público?

—Privado, por favor.

Le devolví una sonrisa de medio lado y ella me estudió con la diversión reflejada en la mirada, seguramente porque estaba pensando en lo mismo que yo. En esos momentos, para mí, baile privado significaba sexo, aunque esperaba que para ella también.

—En ese caso, págame y haré para ti lo que desees. —Se acercó a mi oído y murmuró—. Solo para ti.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo y deseé que el tiempo pasase a cámara rápida. Deseé ponerla contra la pared y follarla hasta que gritase piedad, atarla a la cama para inmovilizarla y repasar sus curvas con mis labios. La ansié por todo lo que era ella; su inteligencia, su cariño, su personalidad, su capacidad de sacrificio, su amor... Además de por su físico la quería por todas la facetas que la hacían ser lo que era.

Saqué mis últimas monedas del monedero y ella las agarró y se las escondió en el sujetador. Después me hizo un gesto con la cabeza y ambos subimos a la primera planta.

Los guardias nos miraron, indiferentes, acostumbrados a ver mujeres así a todas horas. Yo no podría ser uno de ellos. Estar siempre serio, trabajando rodeado de bellezas, teniendo como norma no tocarlas... Si tuviese que ver a Jazmín llevándose a otros hombres a esas habitaciones una y otra vez, me tendrían que ingresar en un psiquiátrico.

—Vamos, precioso, ya estamos aquí —informó abriendo la puerta de una de las habitaciones como si lo llevase haciendo toda la vida.

—¿Precioso? ¿En serio? —reliqué levantando una ceja.

Ella asintió mientras me dejaba pasar primero.

—Si te llamase mi sabio, sería demasiado evidente que hay algo entre nosotros, y eso no lo gusta a la clientela. Sin embargo, precioso es un halago tan normal...

Traspasó el umbral meneando las caderas y cerró con un portazo.

A pesar de estar hechizado por ella, intuí en la penumbra una habitación lujosa repleta de velos y montones de cojines. Sobre todo eso; cojines. Los había en forma de estrella, de corazón, redondos y cuadrados, rectangulares y triangulares, de color oscuro y claro, multicolores y lisos, de terciopelo, tela e incluso seda. Además había una pequeña lámpara de lava, y un sofá alargado y mullido. Allí no olía a hormonas porque los ambientadores desprendían olores de flores y pino con un toque de canela.

—Sé lo que pretendes —comentó. Y se acomodó entre los cojines—, ¿Y sabes? Creo que tienes una mente muy sucia.

Me acerqué a ella con aires de depredador, encandilado por su feminidad y sus movimientos de muñeca. Nunca antes la había visto sugerir tanto con un solo gesto.

—Mi mente es un agujero oscuro de depravación y fumadas a la que solo yo tengo acceso.

Soltó una risita aguda.

—Siempre tienes respuestas para todo, mi querido sabio. Pero apuesto lo que quieras a que estás descolocado con esta nueva yo.

—Lo estoy, no lo negaré. Y tampoco negaré que me guste... mucho, de hecho. Aún más que mucho. ¿Dónde estaba escondida esta fiera salvaje?

—No estaba escondida, sino reprimida. Solamente necesitaba buscar mi lado más sexy. Creía no tenerlo, pero te has llevado mi inocencia con la virginidad, y la obligación de trabajar aquí me han desinhibido un poco, lo reconozco.

Mi mente perdió poder sobre mi miembro, cada vez más hinchado, y las palabras se me estaban acabando. Era escuchar su tono engatusador, ver ese cabello castaño rozando su piel con delicadeza, como acariciando una reliquia, contemplar sus senos sobresaliendo en el escote del corsé...

Parpadeé intentando centrarme, pero me dio tos, lo cual solo delató mi deseo por ella.

—Veo que te estás quedando sin palabras, así que debería preguntarte cuál es el striptease de tus sueños, ¿no crees? Aquí solamente se permite bailar, y yo soy una trabajadora muy, pero que muy obediente.

—Si tan obediente eres, ¿por qué estas acomodada entre cojines cuando deberías de estar meneando el trasero para mí? ¿Restregándote con mi «aparato» y poniéndome los pechos en la cara para que los vea mejor?

—Porque el baile erótico tiene muchas modalidades, Alím, no solo la típica de sonrío y me restriego. Puedo restregarme con los cojines para que imagines que estoy en tu cama esperándote.

Lo estaba haciendo a posta, era evidente; me ponía el fruto tentador delante y luego me lo quitaba con unas palabras. ¡Oh, si en ese momento las miradas pudiesen violar!

—Te he visto bailar y no es eso lo que deseo ahora mismo, Jazmín. Necesito tu cuerpo. —Me senté junto a ella y le acaricié la pierna

de la liga.

Su contacto y la textura suave de los cojines me pusieron aún peor.

—Quizás te lo dé si prometes no hacer ruido. Solo a ti.

—Lo prometo. Los guardias podrían entrar.

A la vez que hablaba, fui acercándome más y más a su rostro hasta que nuestros labios se encontraron e hicieron de nuestros cuerpos dos llamas sensuales y locas.

Esa vez no fue como las demás: yo estaba demasiado excitado, demasiado ansioso, y notaba a mi miembro a punto de reventar, pidiéndome e implorándome que le diese lo que quería. Que le diese a Jazmín. Gritándome para que sofocase esa sensación de ardor que no me dejaba vivir en paz.

—No quiero perder mi trabajo... —susurró.

El deseo empañaba su voz, lo cual fue suficiente para desatarme.

—Tranquila, nena, por como estoy no durará mucho. Y te he prometido no hacer ruido. ¿Por quién me tomas?

Dirigí mis manos hacia su entrepierna antes de que contestase e introduje mis dedos en ella esquivando la pequeña tira del tanga negro. Estaba tan encendido que no me iba a preocupar por desnudarla. El corsé le quedaba bien, levantaba aún más sus senos, y mira que era difícil.

Sus flujos resbalaron por mi dedo corazón, cálido, húmedos, y gimió cuando empecé a moverlo en círculos en busca del punto que la enloquecía.

—Alîm. Alîm. Para —suplicó entre suspiros—. Tenemos tiempo para ir un poco más despacio.

La sangre bombeó en mi miembro.

—No me hagas alargarlo más, Jazmín. Ya has sido suficientemente mala por hoy.

—Oh, Alîm, ¿me vas a hacer llamar a los guardias?

Desenterré la cara de su cuello y clavé mi vista en ella: estaba

sonrojada, con los labios entreabiertos y las córneas relucientes.

—¿Es eso lo que harás, nena? ¿Llamar a los guardias? ¿O es que tienes ganas de jugar a hacerte la difícil?

Sin dejarla contestar agarré sus dos brazos con una de mis manos y la paralicé bajo mi cuerpo. Ella se resistió levemente, pero eso sirvió solo para rozarse aún más con mi duro pene, que agarré y saqué con la mano sobrante.

—Alîm...

Uní mis labios a los suyos y mi lengua exploró su boca con ternura, rozándola como podría rozar su clítoris; en círculos, a ritmo creciente.

Por fin la muchacha dejó de resistirse y gimió ansiosa, impotente bajo mis fuertes brazos de hombre. Esa posesión me excitó de forma exagerada cuando yo pensaba que no podía estarlo más: Nunca antes había estado tan duro e hinchado como en ese momento. La cabeza dejó de funcionar, la cordura huyó de mí dejando al instinto adueñarse del momento. Éramos ella y yo, solos en un lugar público, con riesgos de despido.

—Nena, no puedo más. Por favor, dime que puedo... dime que ya es hora...

—Ya es hora, mi sabio —susurró dejando escapar un gemido que surgió en su garganta.

No tuvo que decírmelo dos veces: la penetré con violencia y noté cómo su calidez y su humedad me envolvía, apretaba y absorbía, y esta vez fui yo al que se le escapó un gemido involuntario al sentirla.

—¡Oh, Alîm, házmelo fuerte!

—¡Cállate! —ordené—. Nos pueden oír y no quieres que te echen, ¿verdad?

Negó con la cabeza y cerró los ojos respirando trabajosamente.

Yo me deslicé una y otra vez en su interior. Con cada embestida sentía sus espasmos y contracciones golpeando en mi miembro. ¡Oh, Dios mío! ¿Cómo era capaz de apretar de tal forma? ¡Era increíble cómo se sentía salir y entrar lentamente! ¡Cómo notaba que me rodeaba centímetro a centímetro!

Enloquecido, le di media vuelta y la tumbé sobre los cojines.

—Así, tumbada —murmuré.

Le abrí las piernas y me introduje hasta llegar a su límite. Ella ahogó un pequeño grito y yo la agarré del trasero en señal de alerta. Después volví a agarrarla de los brazos y comencé a acometerla rápida y brutalmente, haciendo que notase todo mi poder masculino. La sensación era demasiado intensa, tanto que me mareé de la hiperventilación, pero no quería parar, sino seguir embistiéndola una y otra vez; así lo hice. Ella gimió cubriéndose la cara con un cojín tratando de guardar silencio. Sus contracciones vaginales aumentaron de velocidad y tuve que concentrarme intensamente para no irme antes que ella. Mierda, era demasiado intenso. Si no conseguía que acabase pronto, no podría soportarlo. De pronto sus piernas comenzaron a temblar y eso me excitó sobremanera; paré y me alejé.

—¿Qué haces? —susurró impotente bajo mis brazos—. Vamos, sigue.

—No, no así. Ahora te lo haré de pie, Jazmín.

La agarré de las caderas y la levanté de golpe. Después la puse de espaldas a mí y la penetré por detrás. Ella gimió y se restregó contra mi pelvis. Yo también gemí y comencé a embestirla rápido y fuerte, resbalándome hacia su interior y saliendo de nuevo para embestir aún con más ansias.

—Vamos, dámelo —insistí. Ya no podía más.

Repentinamente, Jazmín apretó los músculos de todo su cuerpo y se dejó ir a mi alrededor con un suspiro de triunfo. Yo me fui a su vez, sudoroso, y sentí cómo me derramaba en su interior por completo y cómo mi cuerpo se relajaba al salir el esperma de mi interior.

—¡Oh, nena! ¡Alguna vez tendrás que confesarme el origen de nuestra conexión!

Capítulo 14

JAZMÍN: LLANTOS EN LA NOCHE.

Al fin y al cabo el trabajo no estaba tan mal. ¡Nunca creí que los hombres fuesen tan simples! En general todos eran muy respetuosos, cuando en realidad yo creí que serían lo contrario. Seguramente los guardias en las puertas tenían algo que ver.

Evidentemente, el jefe me contrató sin dudarlo un segundo, y al par de días de comenzar a actuar yo, el club se llenó aún más.

—Es por ti, Misi Shadow. Eres una completa mina de oro —me decía cuando faltaban mesas en las que acomodar a los clientes.

¿Yo, una chica delgada y de aspecto debilucho había provocado todo eso? ¿Yo, de pocos recursos para impresionar y variar? Alím me decía que era lo más normal del mundo, pero nunca lo podría creer hasta ese momento. ¡Incluso llegué a sentirme bien con mi trabajo! ¡Era una gran subida de autoestima para mí! Y claro, mi sabio había pasado a ser la envidia de todos esos fans que babeaban por mí.

Gracias a Dios mi jefe dejó que descansase ese día hasta bien entrada la noche y yo decidí ir al metro a ver cómo Alím improvisaba. Debía de hacerlo bien, pues, al contrario que el primer día, ya no nos faltaba dinero, es más, nos sobraba, y eso hizo que me preguntara por qué algunos sin techo eran pobres aún. Lo entendería en caso de una limitación física o mental, pero algunos podrían encontrar un trabajo como el mío.

Me enfundé en unos vaqueros nuevos y en una camiseta color azul cielo que dejaba mi hombro al descubierto y anduve hacia el metro. Allí la gente se apiñaba como un banco de peces empujando a un lado y a otro, tanto que la vida entera se convertía en un esquivar continuo.

Al fin, tras una larga caminata que más bien había parecido una aventura, divisé a mi chico vestido de rapero con su cassette al hombro, cantando una melodía pegadiza y moderna que decía:

Esa sociedad que me transporta al infierno,

Es aún más difícil que sobrevivir al averno.

Deseo, gula, corrupción y mentiras.

¿Es mejor que nadar por aguas turbias?

Al menos solo pude escuchar esa parte antes de que me viese y sonriese con esos labios de dios seductor.

Hmmm, estaba guapísimo y sexy a su manera con la camiseta ancha y la gorra hacia atrás. Le daban un aspecto más rebelde y juvenil que de costumbre. Me pregunté quién me iba a decir a mí hace unos meses que en poco tiempo conocería al hombre de mi vida y me mudaría con él a Londres temporalmente, donde trabajaría de stripper.

—¡Hola, preciosa! —me saludó.

Sus ojos se iluminaron como encendidos en la noche, cosa que me transportó a esa madrugada de luciérnagas en Granada. Jamás me cansaría de que me mirase así. Era imposible acostumbrarse al efecto que provocaba nuestra conexión en el aire.

—Estoy poco acostumbrada a verte así vestido.

—Este es mi uniforme de trabajo. No tan bonito y caro como el tuyo, está claro, pero un uniforme informal. —Rio. Yo le seguí feliz.

Tras haber superado mi miedo al trabajo me sentía capaz de quedarme ahí con él el resto de mi vida. Lo decía en serio.

—Tú me viste en mi trabajo y yo vengo a verte al tuyo. Así estaremos en paz. ¡Hoy no iré al club hasta tarde!

—Estoy seguro de que tus fans lo lamentarán.

Hice un gesto con la mano en señal de no importarme. Menos tiempo de trabajo, más tiempo para estar juntos.

—Más lo lamentaría yo de no verte improvisar. Me encantaría comprobar lo que eres capaz de hacer. —Me encogí de hombros aún con mis ojos posados en él—. Así que ya sabes, cantante, improvisa algo para mí.

Él me devolvió la sonrisa divertida y volvió a colocar su cassette sobre el hombro. Después pulsó el botón de «play» y la música restalló en mis oídos.

El mundo habla de cuentos, de hadas, reinas y brujos feos,
Pero lo cierto es, princesa, que mi realidad es como la historia de Orfeo.
Al infierno bajaría para salvarte a ti, mi Eurídice
Y no dudaría ni un segundo en que me seguirías con pisadas de alce,
Silenciosas, seguras, confiadas y a mi lado
Eres la locura que se asocia a mi corazón que arde.
Sin ti no podría vivir, amor,
Y ni cenicienta a ti se te podría comparar.
Blanca Nieves, Bella o Bella Durmiente,
¿Qué más da si tu belleza se graba en mi mente?

—Vale —le interrumpí—, he oído bastante. Reconozco que para ser una improvisación, está bien.

—¿Bien? —Levantó una ceja.

—Vaaaleee... espectacular para que se te haya ocurrido ahora mismo...

Hizo una cómica reverencia que me recordó a los payasos del circo (lo digo con la mejor de mis intenciones, claro), y se quitó el sombrero. Justo en ese momento pasaba junto a él una mujer con el pelo recogido en un moño que le dejó una moneda en la prenda de vestir.

—Se agradece, bella señora —dijo él precipitadamente.

—¡Hablas a veces como uno de esos caballeros de la Edad Media!
—exclamé poniéndome una mano en la frente con gesto teatral.

—Bueno, la profundidad del rap se me mete en la venas y me deja volar libre guiado por los acordes de la melodía.

—¡Oh, ésta es una nueva faceta tuya!

—Sí, yo tampoco había visto tu faceta de fiera hasta el otro día.

Sus pupilas se clavaron en mí, recordando, y no pude evitar ruborizarme hasta ponerme como una verdadera guindilla. ¡Menuda noche de emociones fue! Con su pedazo de miembro entrando y saliendo de mí, esas ganas con las que me tomó, tan brutales que me ponían los pelos de punta con solo recordarlo.

—Me alegro de que te resultara agradable.

—Agradable. Mucho. Aunque yo diría algo que va más allá de agradable. Me sentí halagado de que me la mostrases. Sentí que confiabas en mí.

—¡Pues claro que lo hago! ¿Por qué no iba a hacerlo?

—Quizás porque te he arrastrado a una aventura poco civilizada y he hecho que te separases de tus padres y hermanos.

Hice una pausa reflexionando. ¡Si fui yo la que tomó la decisión de partir! ¡Él no me obligó a nada! Es más, ni siquiera me presionó para pensarlo!

—No seas tonto, Alîm. Yo tomé ésta decisión y me lo estoy pasando en grande. Además, necesitaba aclararme la cabeza y pasar un tiempo sola porque...

«Porque quería comprobar si lo que mi madre decía era verdad. Quería luchar por ti y no dejarme llevar por historias de almas y vidas pasadas. »

—¿Por qué, Jazmín? ¿Escondes algo? —Quedé en silencio buscando una respuesta creíble, pero él pareció pensar algo y realizó un gesto con la mano para quitar importancia a la situación—. Bueno, no importa. Quiero que sepas que nunca he querido influirte. Yo solo quiero el bien para ti. Ahora y siempre. Solo tú y tu felicidad.

Me acarició la cara con ternura, como si fuese un tesoro de increíble valor, y sentí en mi pecho crecer esa sensación que solo la gente que ama conoce. En mi piel vibraba nuestra conexión, esa electricidad que me provocaba al tocarme, ese calor que iba directo a mi ropa interior y la carbonizaba... ¡Era imposible no sentir que entre nosotros ocurría algo fuera de lo normal! Sabía que él no decía nada para no incomodarme, aunque debía de estar muy confundido por esa cantidad de sensaciones que nos ahogaban cada vez que estábamos cerca. ¿De verdad quería seguir manteniéndolo en la ignorancia? No lo deseaba, eso estaba claro,

pero quizás debía hacerlo por su bien. ¿O no?

—¿Estás bien? Pareces preocupada. —Me sobresaltó Alím.

—Sí, estoy perfectamente. —Contesté. Sacudí la cabeza volviendo al mundo real—. Es solo que debería ir a arreglarme ya. Además, te estoy robando tu tiempo. —Sonreí. Él pareció dudar ante mis cambios de humor, pero igualmente me devolvió la sonrisa.

—Está bien. Cuando acabes de trabajar espérame en la puerta del club, ¿queda claro? Tu jefe dijo que la noche es peligrosa y no quiero perderte en Londres.

—Tranquilo, no me pasará nada.

Le dediqué un leve beso cariñoso, y anduve hacia el club sin ganas de trabajar. El esfuerzo físico durante esos días me empezaba a afectar: ya no podía agarrarme igual a la barra debido a las agujetas en los brazos. Cada vez que intentaba hacer una pirueta me azotaban los calambrazos haciendo que las lágrimas asomasen por mis ojos. ¿Cuándo podría descansar? Quizás el miércoles o el jueves. Sí, ojalá.

No fue un día especial, pero salí feliz del trabajo porque al fin tenía un día libre y lo necesitaba. Lo necesitaba muchísimo. Quizás el jefe no me hubiese dado ni un día de no haber conversado con él, diciéndole que me dolían demasiado los brazos, las piernas y que apenas podía sostenerme en la barra. Él lo reconoció afirmando que se estaba aprovechando de mí, pero que tendría mi recompensa.

Ahora me encontraba en la puerta de atrás esperando a que Alím apareciera en una esquina del oscuro jardín trasero, sin embargo, no llegaba.

«¿Será que le habrá pasado algo? Oh, no. No debo pensar eso. Seguro que se ha alargado su improvisación o que ha tenido que coger el metro porque estaba cansado. »

Sí, sería eso, seguro. Él no me dejaría allí tirada y menos siendo consciente de los peligros que había en la noche. Me quedaría esperando unos minutos más y, luego, si no llegaba, me iría. Al fin y al cabo esa no era una zona peligrosa, al menos aparentemente.

Pasaron diez, quince y hasta veinte minutos, y no había ni rastro de Alím. A veces tiendo a ser exagerada, a preocuparme sin razón, es verdad, y esta fue una de esas veces. En el cuello de mi estómago se instaló una sensación de desasosiego a la que no estaba acostumbrada.

Ya sabéis, el típico malestar mezclado con nervios que se siente cuando alguien a quien quieres está en el hospital. Intenté ignorar mi intranquilidad de todas las formas posibles: recorrí el jardín del club, tamborileé con los dedos, entablé conversación con una de mis compañeras que salió a fumar en su descanso, me senté en la tierra, me levanté, me volví a sentar, me bebí un botellín de agua entero, todo por no dejarme llevar por el pánico y largarme de allí.

Nada de lo que hice funcionó.

La idea de largarme hacia el metro era cada vez más tentadora y, no sé cómo, me acabé convenciendo a mí misma de que no correría peligro si iba por las calles más iluminadas. ¡Como si los maleantes ardieran con la luz!

Eché a andar obligándome a mí misma a relajarme, ya que observé que la calle no estaba del todo desierta. Cruce dos manzanas, tres, sin ningún percance y, cuando por fin estaba cerca del metro en el que improvisaba Alím, escuché el sollozo de un niño pequeño. ¡Qué digo el sollozo! Era un llanto. Berridos de bebé, de esos que se escuchan en el edificio de al lado.

Yo, como amante de los niños que era, no podía dejar a la criatura allí y me acerqué al oscuro callejón con el corazón latiendo en mi pecho y en mi garganta. Me di cuenta de que temblaba, no sé si por miedo. Me pregunté cómo podía una madre abandonar a su hijo en plena noche, cómo era capaz de tirarlo a la basura como si fuese eso... basura. Y es que ese callejón parecía el hogar de un abuelo con Síndrome de Diógenes. Me tragué mi propia bilis mientras me abría paso entre las bolsas malolientes, algunas negras, otras blancas, todas húmedas. Seguí el sonido de los sollozos, pero nada; el llanto provenía de una esquina oscura en la que no había nada. Me agaché y agarré un aparato pequeño de color negro parecido a una grabadora. ¡Una grabadora! Oh, oh... demasiado tarde.

Algo detrás de mí se movió, grande, y supe con certeza que acababa de cometer el mayor error de mi vida.

Salté a un lado con mi agilidad de stripper esquivando un golpe que aterrizó en un contenedor. Entonces me tropecé y caí al suelo. El golpe me produjo un gran dolor en las piernas parecido a un calambre inmisericorde que me quitó el aliento. Fue lo mismo que un latigazo que me dejó ahí tumbada y me llenó los ojos de lágrimas. Luché por levantar mi cabeza y observar a mi atacante: Era altísimo, muy ancho de hombros. Parecía el gorila de una discoteca. Sus ojos... esos ojos los había visto en algún lugar, también ese cuerpo, su sonrisa seductora a la par que egocéntrica, su forma de moverse. Iba de traje, muy arreglado, con corbata y zapatos caros, señal de que le sobraba el dinero. En el club

había un hombre... un cliente que pagaba especialmente bien por mí. ESE hombre.

La situación me sacudió haciéndome consciente de lo que estaba ocurriendo, y eso me provocó un horror que me apuñaló los pulmones y casi me hizo desmayarme: Ese hombre estaba obsesionado conmigo. Y hablo de obsesión de la buena. Ya sabéis, ese tipo de obsesión que llega a ser enfermedad mental. Una enfermedad de psiquiatra, claro. Ese cliente me quería para él en secreto. Bueno, no, en secreto ya no, porque estaba aprovechando la noche para venir a por mí. Quería secuestrarme para tenerme a su merced y así poder hacer lo que le viniera en gana conmigo.

Me sorprendí a mí misma lamentándome por ser tan descuidada y preguntándome si todo eso estaba planeado. ¿Conocería el ricachón a Alím? ¿Le habría hecho algo para que yo tuviese que ir a por él al metro sola? ¿Cuánto tiempo habría esperado para tener una oportunidad como esa? Era evidente que en cuestión de fuerza física yo tenía poco que hacer contra él.

El hombretón se dirigió hacia mí riendo, y yo traté de levantarme a pesar de mis piernas temblorosas. Hice un esfuerzo por gritar, pero en mi garganta no había nada. Mis cuerdas vocales se habían cerrado hasta el punto de dar la impresión de haber desaparecido de mi cuerpo. El pánico me dominó.

Esas chicas que desaparecen y salen en las noticias. Esas muchachas que nos parecen tan lejanas, a las que apenas damos importancia... las entendí. Siempre, cuando aparecían en la televisión, les decía a mis padres que pobres niñas, pero que podrían haber tenido más cuidado. Me prometía a mí misma mil veces que si alguna vez me ocurría eso me defendería, que lo primero que haría sería pegarle al hombre una patada en los huevos y huir como alma que lleva el diablo.

No fue tan fácil.

—¿Qué te pasa? ¿No te alegras de verme? —Se carcajeó el ricachón.

Intenté responder aunque de mis labios solo salió un jadeo. No podía hacer otra cosa más que retroceder a sabiendas de que era un callejón sin salida.

—Oh, vamos, no te resistas. Ambos sabemos que no puedes escapar de aquí.

Miré hacia atrás, desesperada, mi cerebro echaría humo de ser yo un robot: buscaba escapatorias, modos de librarme de esa, aunque a la

vez una parte de mí sabía que había poco que hacer contra un hombre tan grande. No había ni puertas, ni ventanas, ni escaleras... Había caído en una horrible trampa sin escapatoria. Me sentí como un ratón acorralado por un gato.

Angustiada, terminé de levantarme y corrí hacia un contenedor buscando desesperada en su interior algo con lo que poder defenderme. Hundí las manos hasta mis codos tocando toda clase de restos: viscosos, líquidos, sólidos, puntiagudos... Puntiagudos. Agarré el objeto y lo saqué de un tirón provocándome un corte en la mano que apenas noté a causa de la adrenalina.

—¡Aléjate! —chillé fuera de mí.

—La gatita ha sacado las uñas. —Rio el señor.

—Déjame en paz o será lo último que hagas.

Demasiadas películas vistas a lo largo de mis dieciocho años.

La voz salía de algún lugar de mí. Si me preguntáis cómo fui capaz de hablar, os diré que fue un milagro, que la que hablaba no era yo, sino mi gemela invisible.

Se acercó a mí lentamente y yo avancé hacia él tratando de parecer valerosa, sin embargo, a pesar de estar armada, él no se alejó, cogió un contenedor y, tras tomar impulso, me lo lanzó. Yo, al verlo venir, traté de agacharme quedando atrapada entre un montón de bolsas malolientes que me ahogaban. El trozo de cristal salió despedido hacia el fondo del callejón rompiéndose contra la pared, pataleé intentando levantarme sin éxito. Grité. Grité a todo pulmón de la forma más aguda que pude.

—¡Cállate! —me regañó él.

Noté que me atraía hacia él con un brazo y me tapó la boca con la mano libre.

Era increíble cómo la mala suerte puede estar de tu parte. Aún hoy no me explico cómo fue posible que nadie oyese mi grito, lo juro. Recuerdo que pensé en que ya estaba todo hecho. Con sus brazos musculosos a mi alrededor supe que por mucho que pataleara no conseguiría nada. Puse mis esperanzas en un tercero. Alguien, me daba igual quién. Un tercero que viniese a salvarme o llamara a la policía. Un tercero que no apareció.

Escuché a lo lejos el motor de un coche y el hombre me arrastró hacia él a pesar de mi resistencia. Escuché unas voces y a mi raptor

contestar. Después me lanzó hacia un lugar duro tras lo que todo fue oscuridad.

Respiré trabajosamente mientras las lágrimas rodaban por mis mejillas. Palpé a mi alrededor; estaba en un lugar pequeño y frío, con el suelo de terciopelo y las paredes algo más duras y lisas. Además el motor del vehículo se escuchaba cerca.

Estaba en un maletero.

—Mierda —susurré—, mierda, mierda.

Y seguí chillando y pataleando hasta hacerme daño en las manos y en los tobillos. Paré un segundo en el que recordé que muchos maleteros se podían abrir desde dentro.

Eso me proporcionó una nueva esperanza pese a mi agitada respiración, y mis dedos se movieron a ciegas en pos de una palanquita en las paredes o las esquinas, pero estaba tan nerviosa que apenas sentía nada.

Sacudí mi cabeza, enojada, y continué buscando. A esas alturas, si Alím sentía también la conexión, estaría buscándome. Si salía de esta le contaría la verdad. Se lo explicaría porque ya no podía negar que la separación había comenzado. El universo me había dado tiempo para dejarlo y yo no había cumplido.

De pronto mis dedos se toparon con un pequeño saliente y pulsaron en él. La puerta del maletero se abrió y el viento sacudió mi cabello con violencia; estábamos saliendo de Londres. Si no saltaba en ese momento entraríamos a la autovía y ya no habría vuelta atrás.

—¡Eh, eh! —Se escuchó en el interior del vehículo. Lo percibí como un eco lejano que apenas llegaba a mis oídos—. ¡La puerta!

Respiré, me cubrí la cabeza y me tiré al suelo tras coger impulso. Escuché un frenazo mientras sentía un dolor muy intenso en ambas muñecas sobre las que había aterrizado. ¡Juraría que hasta escuché el crujido de una de ellas!

Una puerta se abrió a mis espaldas.

—Esta vez no —murmuré dándome fuerzas.

Corrí. Corrí por mi vida, por mi integridad, por mis padres, por mi amiga María, por mi vida, por Alím, y también corrí porque estaba

desafiando al universo con cada paso que daba.

Tonta de mí al pensar que podría escapar del ricachón que, a juzgar por su masa muscular, estaría acostumbrado a ir al gimnasio unas tres horas diarias.

Ganó terreno. Acortó la distancia conmigo a zancadas.

Sollocé.

—¡Jazmín! —exclamó alguien que se dirigía hacia donde yo me encontraba.

Ya casi percibía el aliento del ricachón golpear en mi oreja y no podía correr más: Estaba demasiado dolorida.

Súbitamente una mano me cogió del pelo y me frenó casi partiéndome el cuello. Caí al asfalto entre lágrimas con el corazón latiendo a mil por hora y pataleé de nuevo.

A partir de ahí todo se tornó borroso. Podría jurar que me vi desde fuera como en una película. Recibí un golpe en la cabeza, por la parte de atrás, tras lo que luché por no sumirme en la inconsciencia: En algún momento el secuestrador me soltó y observé a un Alím enfurecido golpear al gorila con una fiereza descomunal. También recuerdo haber visto que mi amado caía a mi lado debatiéndose entre los brazos del hombre. Después ya no estaba tumbado y volvía a golpear y a lanzar patadas. Nunca lo había visto tan enfadado. Me dio miedo. Él era una pantera mientras que el ricachón era lo que parecía: un gorila. Velocidad contra fuerza.

Ojalá pudiese ver en qué acababa aquello, pero la inconsciencia se cernió sobre mí y me sumió en una profunda oscuridad que me susurraba que las cosas no hacían más que empezar.

Capítulo 15

ALÍM: DECISIÓN.

¡Dios mío! No podía creer lo que acababa de pasar porque era demasiado de película. Algo que piensas que nunca podrá ocurrirte a ti.

Mi estómago aún mostraba síntomas de ansiedad (de una forma más brusca diría que necesitaba ir a palacio). Me toqué el labio partido donde me habían echado puntos y me levanté la camiseta para ver el morado que ocupaba la superficie de la piel en la zona de las costillas: estaba, puf... rojo negruzco. No obstante no me arrepentía de haberme peleado. Todos esos golpes los recibí por una causa más que justificada. Si no hubiese estado allí para salvarla... me senté en los pies de la cama y apoyé la cabeza en las manos. De reojo clavé mi vista en Jazmín, tendida en la cama, desnuda, aún inconsciente. La luz de mi vida.

¿Cómo una persona podía ser tan importante para mí? ¿Cómo consiguió transformar mi mundo con una sola mirada? ¿Qué era esa sensación de unión que experimentaba estuviese cerca o lejos de ella?

Al principio era un simple presentimiento de que algo iba mal, pero le había dicho que me esperase en la puerta de club porque la noche era peligrosa y no pensaba que iba a ser tan inconsciente... en ese sentido estaba enfadado con ella, si bien es cierto que no se lo echaría en cara porque yo fui el que llegó más de media hora tarde.

—Señor, ¿ha visto usted a Misi Shadow? —pregunté a un hombre bien vestido que descansaba en el jardín trasero del club.

—Sí. Ha estado ahí parada un rato hablando con una bailarina, se ha recorrido los jardines un par de veces, parecía nerviosa. Se ha ido hace cosa de quince o veinte minutos. ¡Prácticamente podría decirse que el destino no ha querido que os encontréis!

Le di las gracias cortésmente y corrí por las calles principales con la esperanza de alcanzarla. Por desgracia no fue así (cosa que ya sabéis), y lo peor era que algo en mi interior me urgía a coger un coche. Ese algo que estuvo ahí desde que la conocí, me guiaba hacia la carretera. Algo iba mal, muy mal. Ella estaba en peligro, no sabía por qué estaba tan seguro, pero tenía que robar un coche ya. YA. Que conste que nunca he robado uno, ¿vale? Pero sabía cómo hacerlo. Supongo que tuve la suerte del principiante porque el primer coche que encontré arrancó cuando hice el puente. Me avergüenzo de reconocerlo, y es que me entró una risita tonta, triunfante, cuando lo escuché rugir.

No tarde mucho en acelerar y salir a la carretera. Estaba mareado, con nauseas, algo asfixiado sin razón, y aun así seguí a mi instinto. Una parte de mi se repetía que estaba loco. No le hice caso. Gracias a Dios, no escuché a la voz de la razón.

Tras eso ya podéis imaginar lo que ocurrió: Mucha velocidad, un maletero que se abría y dejaba caer a una Jazmín en estado de shock que rodaba y corría desesperada con los ojos como platos, yo frenando, saliendo del coche, corriendo, luchando... eso sí se me daba bien. Tuve la suerte (o la mala suerte, depende de por dónde lo mires), de haber crecido en un colegio problemático donde había una pelea día sí día también. Yo fui el protagonista de alguna, vencedor en la mayoría de las ocasiones. Vale, lo reconozco: me hice popular gracias a las palizas que metía. Me gané el respeto de todos sin querer. Joder, hablando así parezco un egocéntrico. En fin, la cosa es que la lucha no duró mucho, ya que el gorila no tuvo suficiente resistencia y el compañero que conducía el vehículo escapó. No antes de que cogiera la matrícula del coche, claro está.

—¿Alím? —La voz aterrada de Jazmín llegó hasta mis oídos con un tono de pánico poco disimulado devolviéndome a la realidad.

Llevaba toda la noche inconsciente, pero el médico había dicho que no le ocurría nada y que debía dejarla descansar. Después le había escayolado una muñeca rota y me había curado el labio y asegurado de que mis costillas estaban en perfectas condiciones.

—Es un milagro que hayáis escapado —comentó.

Se fue mostrando una gran sonrisa.

—Jazmín —contesté a la muchacha precipitadamente— ¿Cómo estás?

—Alím... ¡Abrázame, abrázame!

Me tumbé junto a su cuerpo refugiándola con mis brazos. Los pasé sobre sus hombros notándola más pequeña de lo normal.

—Tranquila —le susurré tocándole ese cabello sedoso que me volvía loco—, ya ha pasado todo. Ahora estás conmigo, a salvo.

—Pero huelo mal...

—No, mi joven responsable, hueles genial. —No pude evitar una carcajada.

Ya me había preocupado de desnudarla y lavarla antes de que viniese el médico. De acostarla con ese olor me lo habría echado en cara toda la vida. Era una mezcla de basura y excremento de gato.

—Mi sabio, fue horrible. Me engañaron con un llanto de bebé, intenté defenderme, pero ese hombre me cogió del pelo y... y... —Estalló en un llanto descontrolado que comenzó a humedecer mi camiseta. Yo le restregué los hombros con mis manos, tranquilizador—. Ha sido terrible, desesperante, aterrador... Conseguí escapar de milagro, si no, no sé qué habría pasado. No lo sé.

Su cuerpo se sacudió entre mis brazos de nuevo, cosa que hizo que la apretase más contra mi cuerpo.

—Mi amor, no debes pensar en eso ahora. Estamos a salvo en el hotel, llamaremos a tu jefe y le explicaremos lo que ha ocurrido. No tengas miedo, yo te protegeré siempre, lo prometo. Te protegeré porque eres mi vida, mi mundo y mi universo. Porque sin ti solo queda un cuerpo vacío y sin alma, o quizás un alma muerta y sin esperanzas.

Pero qué moñas soy a veces.

—Tú me protegerás, me quieres —repitió, supuse que para interiorizarlo.

—Claro que te quiero, ¿es que no lo notas? ¿No notas esto que hay entre los dos? Va más allá de la química, más allá de lo normal, de lo posible.

—Lo siento, Alím. ¡Perdóname!

Fruncí el ceño.

—¿Que te perdone? ¿Por qué?

—Porque no esperé a que llegases. La impaciencia pudo conmigo y no me preocupé por lo que podría pasar. Sí, sabía que la noche era peligrosa, pero empecé a preocuparme por ti, y... y... —De nuevo sus sollozos se volvieron más descontrolados y tuve que acariciarle la cabeza y besarle las mejillas cubiertas de lágrimas saladas.

—No me pidas perdón. La culpa ha sido mía por retrasarme tanto.

—No, no digas eso. Yo debí confiar en ti.

Suspiré.

Jazmín era buena, algo exigente con ella misma. Conociéndola no se quitaría de la cabeza la idea de que había sido culpable.

—Encima tengo ese trabajo tan provocador —continuó—. Si no hubiese elegido ser stripper, nada de esto habría pasado.

—¡No! —le dije muy serio—. No te arrepientas de lo que eres nunca. Naciste así de guapa, ¿qué le vas a hacer? —Sonreí al notar que ella también lo hacía—. No te preocupes más por lo que ha pasado esta noche. Con el tiempo lo superarás. Lo superaremos —rectifiqué—, y lo haremos ambos. Tú piensa que ahora estamos juntos, a salvo. Piensa que no ha pasado nada grave y que pronto detendrán a ese imbécil. Además, esto nos servirá para ser más precavidos ¿no crees?

—Es que tengo miedo.

Besé su frente.

—Pues no lo tengas porque vamos a denunciar el intento de secuestro. Tengo la matrícula del coche y tú sabes quién es él. Cuando esté pudriéndose en la cárcel no podrá hacerte nada. Además, él no conoce tu nombre real.

Por fin empezó a tranquilizarse, levantó la cabeza y clavó su mirada en mí; tenía la pintura corrida y mi camiseta presentaba una gran marca negra de rímel a la altura del pecho. A pesar de todo estaba hermosa. Hermosa como solo ella sabía estarlo.

—Tienes razón. Pero aun así hay algo que tengo que contarte. Algo que no te he dicho hasta ahora y podría ser la causa de esto.

—¿De esto?

—De esto y más desgracias que nos pasarán en el futuro.

En sus ojos brillantes se reflejó la decisión. La conocía. Conocía esa mirada brillante llena de valor. Era una mirada que me intimidaba y que no había visto muchas veces. Una mirada que hablaba por ella. Un secreto a punto de ser desvelado, un cambio en nuestra relación, en nuestras vidas.

Tuve miedo.

—Conozco esa mirada —contesté de forma amarga—. Por favor,

suéltalo ya. No quieres que te complique más la vida, ¿verdad?

Cuando negó me quitó un peso de encima. Al igual que ella, me incorporé sentándome en la cama.

—Tengo que contarte algo que llevo escondiéndote mucho tiempo y que ya es hora de sacar a la luz. —Hizo una pausa observando mi reacción, pero yo apenas me moví—. Sobre una verdad que me contó mi madre.

—Otra vez tu madre.

Supe al instante que tendría algo que ver con las almas y esa extraña conexión que no entendía. La sentí desde el momento en que la vi en la pastelería, lo sentía en cada instante, sobre todo cuando nos acostábamos. Con ella el sexo era... más. Más de lo que podría sentir con nadie. Cada vez que la penetraba sentía que no solo se unían nuestros cuerpos. Todo nosotros: cuerpo, corazón, alma, se unían.

—Me explicó la razón por la cual mantenemos una relación más profunda de lo que podría ser ninguna otra y me confesó que no debemos luchar por ella.

—¿Cómo? —inquirí atónito. No podía ser verdad lo que estaba escuchando. ¿Tanto me odiaba esa mujer?—. Explícate.

La muchacha tragó saliva sonoramente y se separó un poco de mí para poder mirarme mejor. Al moverse realizó una mueca de dolor y se tocó la muñeca fracturada.

—No te sulfures, escúchame. Debemos buscar una solución razonable a esto... Verás, resulta que nosotros nos conocíamos desde hace más tiempo del que te imaginas.

—¿Más tiempo del que me imagino?

—Sí —afirmó—, para ser más concretos, nos conocimos en una vida pasada y, en esta vida, nuestras almas ya tenían una conexión, por lo tanto estamos el doble de conectados. No sé si me explico.

Fruncí el ceño tratando de ordenar mi mente.

—Te explicas. Quieres decir que nuestras almas ya se conocieron y pasaron una vidas juntas.

—Exacto. Hay veces que las almas vuelven a coincidir en otra

vida. Ese es nuestro caso.

Tuve que hacer de tripas corazón para no echarme a reír en su cara.

Vamos a ver, una cosa era encontrar a mi alma gemela (cosa que muy poca gente tenía la oportunidad de hacer), y otra distinta meterse en temas de reencarnaciones y rollos raros.

Tragué intentando creerla (y creedme cuando os digo que hice un esfuerzo real) pese a lo loco que sonaba.

—El problema es que en esta vida nuestras almas deben vivir experiencias diferentes y no deberíamos de habernos encontrado. Por eso tu vida es tan diferente a la mía. Por eso nuestros mundos son tan distintos. No debemos estar juntos para no vivir experiencias parecidas: tú debes aprender unas cosas y yo otras.

—No lo entiendo bien.

O eso, o no lo asimilaba con la suficiente velocidad.

—A ver. —Resopló—. El alma debe de vivir experiencias a lo largo de su vida para completarse y alcanzar su plenitud. Para que las experiencias sean nuevas, un alma no debe cruzarse con otra una segunda vez. Al menos no en el plano sentimental. Nosotros nos enamoramos en el pasado y no podemos enamorarnos una segunda vez.

—Vale, encontrarnos no debía haber ocurrido —dije decidido—, pero lo hemos hecho y ahora nada nos lo puede impedir, ¿no? ¿O hay algo más?

Ella, para mi desdicha, asintió y, sin saber cómo, de una manera u otra, sentí que tenía razón, como si yo mismo supiese que no deberíamos de habernos cruzado.

—El mundo, los dioses, el destino... como quieras llamarlo, no nos dejarán estar juntos. Se nos presentarán obstáculos que nos harán sufrir y no pararán hasta separarnos. El día que escapé de casa fue a causa de esto. No pude soportar la noticia, fue demasiado para mí... y te lo oculté. Lo siento.

La confesión me dejó completamente helado. ¡Me negaba a aceptar que debíamos separarnos sí o sí! ¿Qué se supone que tenía que hacer yo ahora? ¿Debía alejarme de ella para evitarle todo ese sufrimiento que quedaba por venir? ¿Debía intentar superar los obstáculos arriesgándome a que nos pasase algo horrible a uno de los dos? Porque, aunque me costara reconocerlo, lo de anoche no fue normal. Tantas

casualidades... Sí, es cierto que existen, pero ahora que sabía esto no podía evitar pensar que uno de los dos podía acabar mal parado si no lo dejábamos.

—Te agradecería —continuó ella al observar mi semblante confundido—, que no me dejases. No podría aguantarlo. Preferiría soportar todo lo que se nos viene encima a separarme de ti. Ahora que te he conocido, no sería capaz. Mi vida sin ti... —Se le quebró la voz.

Mi corazón se encogió al comprender que me pasaba igual que a ella. No podía hacerle eso voluntariamente. Ninguno de los dos lo superaríamos nunca. Antes éramos personas normales. Uno, cada individuo por su lado. Pero cuando nuestras miradas se cruzaron dejamos de tener esa independencia sentimental pasando a ser uno los dos. Éramos dos partes de la misma moneda: diferentes e inseparables. Lo que suele decirse uña y carne. La separación sería tan dolorosa que ninguno volveríamos a ser igual, y no hablemos de enamorarnos de otra persona. Eso ni lo concebíamos.

Tenía que haber una solución.

Abrí mucho los ojos cuando una idea me iluminó. Fue un simple recuerdo, una voz que atrajo una serie de imágenes en las que podía estar nuestra salvación; una bruja. La famosa médium que conocí en mi último viaje. La había visto una vez, lo suficiente para saber que en ella había algo especial.

—¿Qué piensas? Por favor, dime algo, no te quedes así. ¿Vas a dejarme?

Al clavar mi vista en ella las mariposas revolotearon en mi estómago. Joder... ¿cómo podía ser tan perfecta? ¿Cómo podía ser ignorante de lo preciosos que eran sus ojos verdosos, de lo mona que era su nariz y de lo atractivos que eran sus labios?

Le sonreí.

—Tengo la solución, Jazmín. —Dejé el misterio flotando en el aire.

—¿Cuál es, Alîm? No me dejes así esperando.

Mi sonrisa se ensanchó.

—Vamos a ver a una compañera muy especial. Bueno, no es mi compañera, si quieres que te sea sincero...

—¡Alím!

—Vale, vale, iré al grano —dije rodeándola con un brazo—. La conocí en mi último viaje. Es una médium muy famosa que quizás podrá ayudarnos con este problema. Hablan muy bien de ella y, quién sabe, a lo mejor alguien más poderoso la ha puesto en nuestro camino.

Jazmín dudó un segundo.

—Mi madre me dijo que no había solución.

—Quizás porque no la dejaste hablar o porque estabais nerviosas. Quizás porque la solución es demasiado arriesgada...

—Aunque sea arriesgada no me importa. Yo haré lo que sea para poder vivir en paz junto a ti. —De nuevo esa mirada.

—Y yo. Nadie puede decidir por nosotros. Quiero mi futuro contigo, Jazmín. Quiero la vida que nos merecemos. Nuestra vida, tú y yo juntos.

Se lanzó a mis brazos y me besó. Cuando nuestras lenguas se tocaron supe qué era esa conexión: la unión de nuestras almas cobraba sentido. Mi espíritu ya conocía esta historia desde el principio. Lo sabía, y yo no había querido escucharlo.

Capítulo 16

VIANA: TRAS LA PISTA.

—¡Por fin! ¡Gracias a Dios que hemos localizado el hotel!
—exclamé ilusionada ya dirigiéndome hacia el recepcionista.

Ronald, el mendigo que me estaba ayudando, sonrió satisfecho mostrando una dentadura blanca, no del todo completa. Ya no estaba tan sucio como antes, le había comprado ropa nueva, le había obligado a lavarse el pelo, los dientes... bueno, en realidad le había obligado a lavarse el cuerpo entero. Después habíamos conseguido un hotel en el que hospedarnos (un fastidio para mí tener que pagar también su habitación, que en casa no andábamos bien económicamente), y había logrado inculcarle la importancia de la higiene y la cortesía. A ese paso no le costaría mucho encontrar trabajo, de hecho ya lo había obligado a presentar su escaso currículum en varios lugares.

—Sí, señora —comentó el recepcionista—. Pero Jazmín y Alím partieron de aquí hace poco.

—¿Cómo? —exclamé. ¡No podía ser que tuviese tan mala suerte!— ¿Ya no se hospedan aquí? ¿Hace cuánto tiempo se fueron?

El recepcionista dudó.

Fue solo un segundo, y podéis llamarme mala si queréis, pero me imaginé a mí misma agarrando a ese hombre por el cuello de la camisa y sacudiéndolo histérica.

—Un momento —dijo al fin.

Sus dedos volaron sobre el teclado de un ordenador no muy moderno, cliqueó con el ratón, escribió y volvió a cliquear.

—Salieron exactamente ayer a las once de la mañana, señora.

—¿Y no dijeron hacia dónde se dirigían? ¿Ninguna pista? ¿Nada?

Las manos me temblaron. Era consciente de que si les perdía la pista todo el trabajo hecho hasta ahora habría sido en vano. Inspiré lentamente.

Piensa, Viana, piensa... devánate los sesos si hace falta para suponer dónde ha ido tu hija ahora. La conoces, tienes que intuir cuál será

su próximo paso.

—Señora, tranquilícese —habló el recepcionista. Su mirada era más tierna. Por un instante me avergoncé de lo desesperada que debía parecer—. Al menos los escuché hablar sobre algo de una denuncia. No estoy seguro, pero es lo máximo que le puedo decir.

Pestañeé algo confusa.

¡Una denuncia! Por favor...

Le sonreí sin prestarle atención, ya dándome media vuelta.

—Muchas gracias.

Al salir me di cuenta de que las piernas apenas me sostenían y de que Ronald me sujetaba del hombro derecho.

Para ser sincera yo nunca fui una mujer débil de las que se ahogan en un vaso de agua, al contrario. Es solo que un hijo desaparecido puede con los nervios de cualquier madre. Yo no era una excepción: desde el momento en que cogí a Jazmín entre mis brazos supe que ella se llevaría una parte de mí allí donde fuese. Sus desgracias eran las mías, sus alegrías eran mi felicidad de vivir. Lo mismo con mis otros dos hijos.

—Viana, te vendría bien tranquilizarte.

—Ronald, por favor, necesito que mis nervios salgan por algún lugar y no hay otro más que el cuerpo.

—Pero ¿no crees que es algo arriesgado presentarte en la comisaría de policía en este estado?

—¿Por qué? —inquirí malhumorada.

—Porque pueden no tomarte en serio. Si llegas allí a medio camino del ataque de nervios, lo primero que harán será tranquilizarte. No te prestarán atención hasta que estés en tus cabales.

Me detuve de golpe lanzándole una mirada asesina: eso me había dolido. Nunca me había gustado la expresión «estar fuera de tus cabales».

—Mira, te estoy ayudando en todo lo que puedo, y, sinceramente, ya no haré nada más por ti.

Ronald me observó con esos ojos de cordero degollado que ya

empezaba a conocer.

Titubeé. Él no se merecía mis gritos.

—Lo siento, Ronald, pero ya has cumplido con tu parte y yo con la mía. Te he dado dinero y todo lo necesario para rehacer tu vida. Ahora solo necesito estar sola. Espero que lo entiendas.

En el rostro del hombretón se dibujó una extraña sensación de decepción que desapareció al clavar la vista en mí.

—Sí, Viana, tienes razón. Ambos hemos cumplido con nuestra parte. Si quieres me iré, aunque no me parece justo.

—¿Qué no te parece justo?

—Que tú me has librado de esa sombra que me amenazaba, me has comprado ropa, me has enseñado a ser un hombre de provecho. Lo que he hecho yo no es nada comparado con eso. Déjame al menos estar contigo hasta que encuentres a tu hija. Sé lo importante que es para ti.

No pude evitar un resoplido de resignación, sin embargo, reconocía que él tenía razón. ¿Qué hacer? ¡Quizás él me podía aportar la serenidad que necesitaba! Además, tampoco negaría que me estaba siendo muy útil como guía. Por otro lado su compañía me consolaba. El vagabundo tenía una visión de la vida muy particular. Tras ser amenazado por una sombra durante años, vivía cada momento de su nueva vida con entusiasmo, con positividad, lo cual me ayudaba a ser menos pesimista. Era difícil no serlo en mi situación, os lo aseguro, con una hija siempre por delante mía... era frustrante ir pisándole los talones día sí, día también.

—Está bien, —dije reanudando la marcha— pero solo me acompañarás hasta que encuentre a Jazmín. Después quiero que sepas que seré muy feliz pensando en que reharás tu vida. Te lo mereces.

Le dediqué una sonrisa sincera.

Los hoyuelos que se dibujaron en el rostro de Ronald me recordaron a Jesús, mi marido.

¡Cómo lo echaba de menos! Él había sido mi apoyo en la mayoría de los malos momentos de mi vida. Cuando murió mi madre él estuvo ahí, cuando no soportaba la presión de lo sobrenatural él era mi base (aun sin gustarle esa faceta de mí), cuando tuvimos que reformar la casa él fue mi calmante. Estar entre sus brazos era como una droga para mí. Sentir su cuerpo, su calidez... puf, nada me hacía sentir tan segura. No obstante entendía que tuviese que quedarse con los niños, y es que una vez que tienes descendencia lo único que importa es su bienestar. Él cumpliría con

su cometido, yo debía cumplir con el mío. Tenía que hacer entrar a Jazmín en razón. Hacerle ver que su situación era tan grave que podía llevarla a la muerte.

La comisaría de policía era grande y elegante, blanca como la leche, con un montón de ventanas acristaladas. Su visión me produjo un repentino miedo en el estómago, algo parecido a un burbujeo que ascendió por mi garganta. Tuve el presentimiento de que me dirían algo que no me gustaría escuchar, de que descubriría una cosa poco agradable.

—Y aquí estamos —comentó Ronald —, en la comisaría.

Lo hizo con un tono que me recordó a un payaso de la tele, de esos que exageran cada palabra.

—Sí, bueno... Ya me lo había imaginado. Gracias por guiarme hasta aquí.

—Para servirle, señora. Ahora soy su guía. —Realizó una reverencia graciosa arrancándome unas risas.

Él hacía que las cosas no parecieran tan graves como lo eran en realidad.

—Estoy muy nerviosa por lo que pueda ocurrir ahí dentro —confesé retorciendo mis manos de forma ansiosa—. Ni siquiera sé si me podrán dar la información que necesito. Tampoco sé hablar inglés con fluidez...

—No te preocupes, para eso estoy yo. Nos entendemos bien, lo sabes. Tú háblame con ese inglés tan peculiar tuyo y yo lo llevo al diálogo de la forma más correcta posible.

—Me hace gracia cómo hablas a veces. —Sonreí subiendo las escaleras de la comisaría—. Eres todo un personaje. Y recuerda lo que te he enseñado: respeta, inspira confianza, sonríe sin enseñar demasiado los dientes.

—Lo haré, no te preocupes. Has sido una gran maestra.

—¿En serio?

Asintió abriéndome la puerta con la mano derecha. Esta parecía pesada, de cristal blindado, pero a juzgar por cómo la sujetaba Ronald, me equivocaba.

—Sí. Me has cambiado la vida.

—No lo he hecho. Te he dado lo que mereces.

Sus ojos brillaron. Supe entonces que su agradecimiento era mayor de lo que expresaba con palabras. Para él yo sería su heroína de por vida. Vale, sonaba mal que lo dijese yo y... me daba igual. Era la verdad.

En cuanto entramos Ronald se dirigió a recepción y habló en inglés con una muchacha joven, guapa, de unos treinta años, con un uniforme blanco y azul marino.

No entendí casi nada. Eso sí, lo que Ronald estuviese diciendo parecía funcionar: la muchacha asentía sin parar de sonreír mientras que Ronald se explicaba gesticulando. Tras unos minutos la muchacha tecleó y dijo algo, mi compañero le dio las gracias en su idioma, y me guió a unos asientos colocados unos frente a otros. Eran de color azul marino, al igual que el suelo. Las paredes eran blancas, con varios diplomas colgados en ellas. También había cuadros muy graciosos con personajes de comics haciendo bromas sobre el cuerpo de policía. Nunca venía mal un poco de sentido del humor.

—¿Y bien? —Levanté una ceja.

—Nos ha dicho que el oficial estará libre dentro de cinco minutos. Mientras tanto, a esperar.

Jamás cinco minutos se me han hecho tan largos. Jamás de los jamases.

La mujer nos guió a través de una serie de pasillos, mesas y habitaciones, hasta llegar a un despacho bien decorado, con emblemas por las paredes y títulos que daban prestigio al oficial Brandon. Brandon, muy típico.

—Señor Brandon —habló la recepcionista—, estos señores necesitan hablar con usted.

El hombre nos miró fijamente, y cuando digo fijamente me refiero a que nos recorrió con la mirada de arriba abajo tomándose todo el tiempo del mundo.

—Gracias, Kate.

La muchacha salió meneando el trasero.

El oficial Brandon tenía unos ojos ámbar espectaculares, de esos que se clavan en tus pupilas y envían una corriente de calor a zonas más privadas del cuerpo. Cuando se levantó tuve que obligarme a respirar para no desmayarme del gusto: alto, fuerte, con unas arrugas graciosas que se formaban alrededor de sus ojos al sonreír. De forma aproximada diría que tenía cuarenta años. Cuarenta años muy bien llevados. Su sonrisa era perfecta (al contrario que la de Ronald), su nariz recta y su pelo rubio, brillante, peinado muy corto. Parecía una persona segura de sí misma, conforme con su trabajo, con su vida en general. Estaba segura de que cualquier hombre que lo viera desearía ser él.

Hizo un gesto para que tomásemos asiento. Nosotros le obedecimos.

—Díganme, señores.

Vaya, iba al grano, ¿eh?

Ronald fue el primero en hablar.

—Oficial Brandon, yo soy Ronald y esta es Viana.

—¿Y bien? ¿Qué les trae por aquí?

—Mi hija —contesté yo.

El ex-mendigo me miró sorprendido. Sí, me había recomendado que me mantuviese callada. Sí, no le hice caso. Estaba tan impaciente que las palabras salieron antes de que me diera cuenta.

—Huyó de casa hace poco y la estoy buscando para hacerla entrar en razón... huyó de España, señor. Estoy preocupadísima. La razón por la que huyó no es muy madura que digamos, teniendo en cuenta que acaba de cumplir los dieciocho...

—Pero señora, si lo que quiere es pedir una orden de búsqueda, no podemos hacer eso. La muchacha es mayor de edad y se largó voluntariamente.

—No —negué con ímpetu. Sentí los latidos del corazón bajo mi piel—, lo que quiero saber es saber de ella.

—¿Cómo? —El hombretón pareció sorprendido.

—Sí. —Hice una pausa—. Verá, solo la estoy buscando para hablar con ella. Sigo su pista, pero parece que siempre se me escapa. Es

una adolescente difícil, ya me entiende.

Su duda me ofendió. Bueno, más que ofender me molestó. Puede que estuviese pensando en que esas cosas pasaban, o me estaría compadeciendo por tener una hija así, qué sé yo.

—Señora, esa información es confidencial.

—¿Tiene usted hijos? —le solté.

Puse las manos en la mesa con más fuerza de la que pretendía. Noté que Ronald se tensaba a mi lado, listo para intervenir. El oficial ni se inmutó.

—Sí.

—Entonces comprenderá usted por lo que estoy pasando. Mi hija se ha ido de casa con un hombre que no le conviene. Por Dios... ¡tiene veintitantos años! Veinticuatro, creo, o más, yo que sé. El tema es que se conocen desde hace solo unas semanas, ¿sabe? Por más que le he dicho que no se fie de él, ella ha decidido que huir a Londres es lo más sensato. ¡Lo más sensato! ¿Cómo va a saber ella lo que es mejor, si tiene dieciocho años recién cumplidos? —Mi voz se quebró. Noté que las lágrimas se agolpaban detrás de mis ojos, pero aguanté—. Lo único que quiero es hacerla entrar en razón. Tengo la esperanza de que me escuche, de que vea lo mal que estoy y vuelva... por favor. Necesito saber dónde ha ido.

Ahora sí, me tapé la cara temiendo que las lágrimas me venciesen.

Brandon, por su lado, resopló y se revolvió incómodo en su asiento.

—Los adolescentes son de lo que no hay. Aquí tenemos casos parecidos todas las semanas.

Me restregué los ojos y volví a mirarlo.

—Ha dicho que tiene hijos. Por favor... póngase en mi lugar por un momento. Mi hija con un hombre mucho mayor, en otro país... a saber dónde está ahora o lo que le está haciendo.

Mentí como una bellaca. No era cuestión de explicarle toda la historia. Si empezaba a hablarle de vidas pasadas, de reencarnaciones, me encerraría en el manicomio.

Tras un silencio que pareció interminable, concluyó:

—Está bien, señora. Dígame el nombre de la muchacha.

—Jazmín, su nombre es Jazmín Castillo. Unos sesenta y ocho más o menos, ojos verdes, esbelta, cabello castaño.

—Ah, sé a quién se refiere; la chica que me describe estuvo aquí ayer mismo.

—¿A... ayer? —tartamudeé.

De haberme tirado en paracaídas me habría sentido igual.

—Ayer mismo. Vinieron para denunciar un intento de secuestro, no por parte de él. De hecho, por lo que me contaron, de no ser por él ella no estaría aquí hoy. Al parecer su hija trabaja como stripper en un club bastante caro cerca del metro. Un adinerado intento sacarla de Londres, ella saltó del coche en marcha y el veinteañero la recogió. Tuvo que pelearse para alejar a su hija del peligro. Los dos venían con daños visibles.

Me mareé. El suelo que me sostenía desapareció bajo mis pies, me sentí caer al vacío, el mundo giró a mi alrededor, volví a la realidad. Stripper, secuestro, daños visibles. La separación había empezado.

—¿Daños visibles?

—Ella tenía la muñeca escayolada y él el labio partido.

Me levanté con la sangre bombeando en mi cabeza. Las piernas pasaron de no sostenerme a inquietarse. Di vueltas en la habitación, muerta de miedo. Tenía que hacer algo rápido. El tiempo se estaba acabando y era mi hija la que peligraba. Ella, parte de mí. Si le pasaba algo mi vida no volvería a ser igual.

—Viana, tranquila. —Sentí que Ronald me cogía del brazo.

—Mi hija... —murmuré.

—Señora, está bien. Está fuera de peligro. La chica nos ofreció un retrato del secuestrador, su acompañante nos dio la matrícula del vehículo. La orden de arresto ya está en marcha.

—De acuerdo. —Sacudí la cabeza.

No sabía en qué momento Ronald me cogió y me sentó. En aquel momento no estaba en mis cabales. Estaba al borde del ataque de

ansiedad. Hiperventilaba, mi vista se tornó borrosa, mis pensamientos espesos. Solo existían tres palabras que me golpeaban. Tres palabras que lo ocupaban todo: stripper, secuestro, daños visibles.

El principio del fin.

—Por favor, dígame —continué—. ¿Dónde ha ido ahora? Dígame algo que haya escuchado. Una simple pista.

Lo vi pensar, aunque reconozco que no recuerdo bien lo que pasó. Estaba tan alterada que olvidé la mitad de lo que dijo. Escuchaba muchos «bla, bla, bla» entre palabras sueltas.

—Iban a visitar a alguien. Ella le dijo a él que si estaba seguro de hacer eso, y él le respondió que sí, que debían confiar en ella y tener fe en que pudiese sacarlos de ese embrollo.

—¿A alguien?

Se encogió de hombros.

—Es lo máximo que puedo aportar. No sé en qué problemas estarán metidos, pero espero que no sean graves.

Asentí.

Después solo:

—Bla, bla, bla, suerte, bla, bla, bla, cuidado, bla, bla, bla, bla, bla, bla, bla.

—Gracias por sus servicios, señor —agradecí a pesar de que no recuerdo nada de lo que dijo al final.

—Que tengan un buen día —se despidió.

Al salir de la comisaria la brisa me golpeó ahuyentando la ansiedad que me ahogaba. No era el momento de dejarme llevar por los instintos, por los impulsos, los miedos... más bien lo contrario. Si no mantenía la cabeza fría no conseguiría hacer otra cosa que agobiarme, llorar y alejar a Jazmín más.

Ronald me agarró del brazo mirándome serio.

—Tenemos que acordarnos de todo lo que ha dicho.

—Tampoco es que nos haya dicho mucho. Lo único que he sacado en claro es que han ido a visitar a alguien que los podrá sacar de sus

problemas.

—Exacto. Pero ¿qué problema será?

Ahugué un resoplido; ella le había confesado el por qué de la conexión, estaba segura. Por una parte me aliviaba que no le hubiese roto el corazón, por otra me enfurecía: si él la quería de verdad lo más lógico sería cortar con ella para alejarla del peligro. Eso, o habían encontrado una solución. Una solución que no me parecía muy segura. En realidad, ni era segura, ni lógica, ni nada.

—Viana, ¿estás bien?

Ronald me sacudió.

Al alzar mis ojos hacia él, observé una figura blanca y luminosa. Una figura con esencia bondadosa a la que conocía bien. La había visto en mi casa, me había ayudado a liberar a Ronald de la sombra, me había guiado cuando me sentí perdida. Ese espectro era bueno, poderoso.

Noté que alguien me sacudía por los hombros, pero ya era tarde para volver a la realidad, era tarde para librarme de esa visión que me haría desmallarme sin remedio. Estaba acostumbrada.

Fue cuestión de tiempo que la oscuridad me engullera. A continuación me sentí caer, unas imágenes penetraron en mi mente y me hicieron ver a una adulta morena que no parecía inglesa, de ojos rasgados y pelo negro como el azabache. Jazmín y Alím estaban con ella y se veían nerviosos, aunque también felices. Por primera vez tuve la oportunidad de estudiar ese lazo que los unía, fuerte... demasiado fuerte para ser normal. Era de color rojo, brillante e invisible a personas normales. Entonces, en el momento menos pensado, la mujer morena me miró. Fue una sensación rarísima, ya que nunca antes nadie había contactado conmigo en medio de una visión. Lo que más me sorprendió fue esa conexión tan especial que experimenté con ella. Una conexión que me sumió en la dicha y, además, me transmitió un escalofrío; ella era una médium. Ella era como yo (quitando que era el doble de poderosa), y sabía que iría a buscarla.

Me esperaba.

Capítulo 17

JAZMÍN: UNA PROPUESTA ARRIESGADA.

La mujer vivía en un piso y se llamaba Rubí. Cuando Alím y yo entramos a su hogar, nos quedamos impresionados por la decoración que lo inundaba todo. Lo digo literalmente. No era una decoración estilo abuela, muy antigua, recargada, con tapetes de punto y marcos dorados estilo rococó. Era más bien asiático. Había multitud de inciensos consumiéndose en cada esquina, velas, figuras de mujeres desnudas fabricadas de madera, figuritas de elefantes con varios colores, alguna que otra lámpara anticuada y espejos varios. Estuve segura de que me marearía por la multitud de olores si pasaba allí más tiempo del necesario.

—Bienvenidos a mi hogar —saludó la mujer con tono de adulta sabia.

Os preguntaré: ¿cómo es un tono de adulta sabia? Pues en mi opinión diré que es una voz suave, hospitalaria. Una voz que transmite energía, confianza. Es la voz de una persona que ha vivido decenas de experiencias constructivas que la han hecho mejor persona. Con decirnos que con el recibimiento ya me sentía más tranquila... ¡Incluso me pareció que Alím soltó un suspiro de satisfacción!

Lo miré a él: tez clara, alto, con ojos oscurísimos, manos masculinas (las mismas que adoraba encontrarme bajo mis braguitas al despertar de madrugada), boca perfecta... mejor no diré la de maravillas que conseguía con su lengua. Ains... mi Alím era adorable.

A continuación centré mi atención en la fémina: piel tostada, suave, con unos ojos rasgados color miel que fácilmente podrían quitar el sentido a muchos hombres. Su cabello azabache brillaba con luz propia, tanto que me dieron ganas de preguntarle sobre el champú que usaba; debía de ser muy bueno. Olía a muchas cosas: A lavanda, a rosa, a una extraña combinación de inciensos, a frescura y a libertad.

—Señora —saludé cogiendo la mano que me ofrecía con la que no tenía fracturada.

—Madame Rubí —comentó Alím

La mujer alzó una mano.

—Por favor, basta de formalidades. Llamadme Rubí a secas.

Sonreímos.

—Verás, Rubí, resulta que...

—Sé porqué venís, —me interrumpió. Con otra persona me habría sentido molesta, pero ella no dejó de sonreír en ningún momento. Y estaba la energía que la rodeaba... era imposible enfadarse con alguien así—. No necesito explicaciones. Toda médium medianamente buena puede observar el lazo especial que os une. Por favor, seguidme.

Anduvimos por el pasillo del apartamento en línea recta hasta llegar al salón, el cual mantenía la misma decoración que el resto de la casa. Los sillones eran rojos, había una estantería con libros y una televisión de pantalla plana que ocupaba casi la mitad de la pared. Bajo la mesita de café había una alfombra con estampado también rojo. Reconozco ahora que el rojo me enerva, sin embargo, Rubí había encontrado la forma perfecta de incluirlo en esa habitación con paredes blancas y muebles marrones.

—Sentaos. —No sonó como una orden.

—Gracias por tu hospitalidad, Rubí —agradeció Alím.

—No me agradezcáis nada —dijo ensanchando su sonrisa blanca—. Veo vuestro lazo de conexión. Es fuerte, mucho, y solamente pueden poseerlo unas almas que ya se han encontrado por segunda vez. Un caso extraño, sí, muy arriesgado, como ya os habréis dado cuenta.

—Nos hemos dado cuenta, por eso venimos. Creemos que tiene que haber una solución para nuestro problema. ¡Dos personas que se quieren tanto no pueden estar separadas! No lo entiendo. Dios es amor, ¿no? Entonces ¿por qué tratar de separar uno tan real? Porque nadie puede negar que lo que tenemos es real. Podría decir que hasta palpable.

Me buscó de reojo y yo le cogí la mano. Él la apretó.

Rubí apoyó las manos en la mesa suspirando, pero no fue un suspiro de pesar, sino uno relajado y paciente.

—Esta conversación se alargará, creo que os vendría bien un té. ¿Deseáis alguno en especial?

—Claro —respondí sin dudar.

Alím asintió con la cabeza.

—¿Un té negro, verde, rojo, manzanilla, manzanilla con anís,

Rooibos con vainilla?

—Rooibos con vainilla, gracias —contesté.

—Yo también.

La médium asintió y partió deslizándose con suavidad por el suelo. Por un momento me recordó a un espíritu: ligero, tranquilo. Escuchamos que habría el grifo del agua y llenaba un par de vasos.

—Mi joven responsable —susurró Alím. Yo jugueteaba con los dedos de nuestras manos—. ¿Tienes miedo?

Me encogí de hombros.

—Cuando lo tengo pienso que lo hacemos para poder estar juntos.

—Me pasa lo mismo. Eso sí, estoy intrigado.

—Por poco tiempo, mi sabio. Por poco tiempo.

—Y tan poco. Parece mentira lo que hemos conseguido en unas semanas. ¿Eres consciente de que tenemos una vida aquí? Trabajo, comida... lo único que falta es superar los obstáculos del destino. Cuando eso pase...

—Cuando eso pase volveremos a España —lo interrumpí.

No solía pensar mucho en el tema, pero era cierto que yo quería continuar con los estudios.

Noté que dejaba de jugar con los dedos. Yo seguí como si nada.

—Allí tengo a mi familia, mis amigos, mi vida. Es cierto que aquí estoy siendo feliz contigo, pero no quiero ser stripper toda mi vida. Quiero ir a la universidad. Luego, ya se verá.

—Te entiendo. Es lo que esperaba.

Lo miré con una ceja levantada.

—¿Es lo que esperabas? —Asintió—. ¿Y lo que quieres, qué es?

—Estar contigo, Jazmín. —Tragó haciendo que quedase hipnotizada con el movimiento de su nuez—. En España no me gusta el trabajo, lo mío es viajar, ya lo sabes. No obstante, por ti esperaré a que

termines la universidad. Después habrá tiempo de viajar en nuestros días libres, en las vacaciones de verano... encontraremos el equilibrio.

Me emocioné. Me emocioné tanto que casi me echo a llorar allí mismo. En la cocina escuchamos el sonido de tazas chocar contra algo metálico, lo que me hizo suponer que Rubí estaba colocando las bebidas en una bandeja.

—Alîm, lo que acabas de decir...

—Es lo más normal del mundo, Jazmín. Haría mucho más que eso por ti.

Me lancé a sus brazos y lo besé con pasión. Mis labios se pegaron a los suyos y nuestras lenguas se encontraron y danzaron acariciándose. Su sabor era fantástico, muy él. Para mí era una marca más de identificación. Puede sonar asqueroso, pero tengo que decirlo: si besase a ciegas a cientos de hombres, al final reconocería a Alîm por su sabor.

Me separé de él al oír los pasos de Rubí.

—Queréis que os ayude, pareja, pero lo que me pedís es muy arriesgado. —Entró diciendo.

—¿Por qué? —interrogó Alîm—. Lo único que queremos es ser felices. ¡No puede ser tan difícil! También pensamos en separarnos, ir cada uno por su lado, pero no lo soportaríamos. Nos sentiríamos vacíos.

—Lo sé, por eso intentaré buscar una solución. Sois conscientes de que todo os tratará de separar; el universo, el mundo, el destino, los espíritus... Todo, absolutamente todo no descansará hasta que cada alma viva sus propias experiencias. Yo no estoy a favor de esto. Entiendo el significado del verdadero amor y no me parece bien ese sufrimiento continuo al que estáis sometidos. Por eso os ayudaré.

—Gracias. Muchas gracias —dije.

—Sin embargo, lo que os voy a proponer es más que arriesgado.

—No me importa. Lo arriesgaré todo para que lo nuestro salga bien. Por favor, cuéntenos qué haremos.

Mi tono no dejó lugar a las réplicas.

La mujer asintió.

Ya no sonreía. Estaba sería, con los ojos entornados, fríos.

Un escalofrío recorrió mi espalda mientras pensaba en el miedo que daba esa mujer. Hasta hoy pensé que ser sabia y dar miedo no eran compatibles.

—También tú tienes parte de vidente, ¿verdad? —me preguntó al notar mi estremecimiento.

—Sí. Mi madre es vidente y médium, como tú. Yo he heredado algo de su don, pero no tanto como otro de mis hermanos.

Rubí sonrió misteriosamente como si ya supiese lo que acababa de decirle. Pensé que ahondaría más en el tema. Al parecer me quedé con las ganas. Vi cómo se cruzaba de piernas lista para continuar.

—No me gusta andarme con rodeos, supongo que lo habréis notado.

—Algo hemos notado, sí.

Alîm soltó una risita a mi lado.

—Así que voy a soltarlo así, sin anestesia. —Le dio un sorbo a su té creando misterio—. Jazmín, Alîm, la única forma de no ir en contra de las leyes, es viajar al pasado.

—¡Viajar al pasado!

—¿Viajar en el tiempo? —repitió Alîm con los ojos como platos.

—Sí, viajar en el tiempo. No pongáis esas caras, habéis escuchado bien. Es la única forma de acabar con esto. La pregunta es: ¿Estáis dispuestos?

Silencio. Un silencio en el que mi cabeza trabajaba al máximo.

Había escuchado historias sobre viajes en el tiempo y visto las suficientes películas como para saber que cambiar el pasado podía cambiar el presente de forma radical. Había unos libros que adoraba llamados Los Elegidos, en los que los viajes en el tiempo eran normales. Se cambiaba el pasado como me cambiaba yo de ropa interior: todos los días (tras una buena ducha donde Alîm y yo nos enjabonábamos y devorábamos poco a poco).

Apreté los muslos reprendiéndome: no era momento de calentar

motores.

—Yo lo estoy —respondí.

¿Hola? Boca, ¿cuándo te he dado yo la orden para responder? ¿Eres consciente de lo arriesgado que es viajar al pasado? No solo porque puedes cambiar el presente, también porque puedes quedarte allí atrapado o qué sé yo.

Alím me estaba dedicando una sonrisa de enamorado. Se formaron arruguitas alrededor de sus ojos que me dieron ganas de morder.

—Yo también lo estoy.

Rubí suspiró. Por un momento algo me dijo que ya sabía que aceptaríamos.

—En ese caso, os cuento —dijo descruzando las piernas y apoyándose sobre los codos—. Abriré una especie de portal por el que vuestras almas podrán viajar al pasado... solo vuestras almas, es decir, vuestro cuerpo se quedará aquí, bajo mi responsabilidad. Una vez viajéis al pasado ambos os sentiréis atraídos hacia vuestra alma del pasado, ya que sois vosotros mismos y es inevitable la atracción.

—¿Y no hay posibilidad de que nuestro yo del pasado se dé cuenta de que estamos ahí? —inquirió Alím.

Ya no jugueteaba con mis dedos.

—Esa es una buena pregunta. Y no, no se darán cuenta a no ser que tengan el don que poseo yo. Lo máximo que harán será notar un cosquilleo cuando estéis cerca.

Alím asintió y continuó escuchando. Yo, por mi parte, empezaba a estar algo aturdida por el olor de las velas aromáticas. Le di un sorbo largo a mi infusión. Buenísima, por cierto. Me encantaba la vainilla.

—Pues bien —continuó Rubí—, lo que debéis hacer en el pasado es evitar que vuestros «yos» se conozcan. ¿Lo entendéis? ¡Si no os conocéis en el pasado, no tendréis impedimento para estar juntos en el presente!

—¡Claro! ¡De ese modo solo nos habremos conocido una vez!
—Me sobresaltó Alím

—Exacto. Por fin podréis vivir en paz.

Él parecía emocionado. A mí, por otro lado, había algo que no me cuadraba. Si matábamos a nuestros cuerpos del pasado solo nos conoceríamos una vez, lo cual implicaría que la conexión entre ambos se rompería. Seríamos una pareja normal. No lo sentiría anclado a mí. La telepatía, el sentir lo que siente el otro, la plenitud al hacer el amor... ¿qué pasaría con eso?

¡Qué cojones! ¡A preguntarlo se ha dicho!

—¿Desaparecerá esa conexión tan especial que hay entre nosotros?

Rubí me miró seria.

—Eso es algo que desconozco, joven, es la primera vez que hago esto. Aunque teniendo en cuenta que esa conexión se debe a que vuestras almas ya vivieron juntas antes... supongo que sí desaparecerá. Vosotros decidís si podréis seguir amándoos a pesar de eso.

Sí, sí, isí! Mi respuesta sería mil veces sí. Quería a Alím por cómo era, por cómo me trataba. Era cierto que la conexión ayudaba, no lo niego, pero él era él. No había otro. Por mucha conexión que existiese yo estaba enamorada de él.

—Necesitamos un momento para hablar, Rubí —comentó él.

Mierda. Por poco no se me salió el corazón por la boca. ¿Cómo que necesitábamos un momento para hablar? ¿Es que no me quería lo suficiente? ¿Por qué necesitaba tiempo para pensarlo?

—Claro.

La médium salió por la puerta. De inmediato la tensión entre nosotros creció.

Oh, oh, esto no me gustaba nada.

—Jazmín, ¿qué piensas? —empezó.

—Yo... yo creo que te amo a pesar de la conexión. Creo que te quiero por cómo eres tanto por fuera como por dentro. Estoy segura de que podré seguir contigo pase lo que pase. ¿Y tú?

—No lo dudo ni un segundo. Tú eres la persona a la que más adoro en este mundo. Sin ti no sabría lo que significa amor. Lo he pensado mucho, me he preguntado muchas veces qué era esa conexión

tan extraña... —Se acercó a mí colocando su frente contra la mía. Así pegados, notaba su aliento— Lo que quiero decir es que mis sentimientos no cambiarán. Te quiero por tu carácter, por tu alegría, por tu físico, por lo parecida que eres a mí. Te quiero a ti, no al lazo que nos une.

—¿Entonces estás seguro de que debemos viajar al pasado?

—Yo lo estoy, ¿y tú?

Asentí feliz.

Joder, ¿cómo podía querer tanto a una persona?

—Entonces vamos. —Nos sobresaltó Rubí entrando por la puerta.

—¡Rubí! —exclamé escandalizada— ¿Has estado cotilleando?

Se encogió de hombros y sonrió.

—Quien calla otorga. —Me carcajeé.

Fui a levantarme, pero vi que Rubí se sentaba con las piernas cruzadas por segunda vez.

—Sabéis cuales son las consecuencias, ¿no? —cambió de tema.

—¿A qué consecuencias te refieres? —pregunté.

Bebí el último trago de mi taza de té.

—Me refiero a que podéis cambiar el mundo. Imaginaos que descubris que en vuestra vida anterior fuisteis Cleopatra y Julio César, algún personaje importante de la historia. Podéis cambiarlo todo. Cuando volváis puede que el mundo no sea como lo conocéis.

—Lo entiendo —afirmé—. He estado pensando en eso antes. Eso sí, también pueden ser dos personas insignificantes. Creo que merece la pena el riesgo. Todo por estar juntos.

—Todo por estar juntos —repitió Alím

—Estamos locos —seguí.

—Lo estamos —me apoyó él.

Rubí sonrió haciéndonos un gesto con la mano para que la

siguiésemos.

—En ese caso seguidme a uno de los cuartos. Allí pondré a buen recaudo vuestros cuerpos mientras evitáis que vuestros yo del pasado se conozcan.

Lancé una risita chillona y aguda repleta de nervios. A ver si me iba a convertir en rata de repente... Alîm soltó una carcajada al escucharme y clavó su vista en mí, muerto de risa.

No, no estábamos eufóricos. Vale, por un lado sí, porque queríamos acabar con los obstáculos. Por otro lado no. Había algo dentro de mí que me gritaba por ser tan irresponsable, tan inmadura. Mi consciencia me regañaba porque podía poner en peligro al mundo entero y parecía no importarme. Me daban igual esas voces. Lo haría. Lo haría pasara lo que pasase. Por él, por mí.

—Por aquí —informó Rubí.

Nos metió en un cuarto amplio, luminoso, decorado al estilo árabe, con dos camas de edredones rojos y dorados. En las paredes había estanterías con libros.

—Tumbaos —ordenó.

Pero antes de eso Alîm me cogió por la cintura y me abrazó con todo su amor. Yo sentí que mi corazón quería explotar. Me engulló una increíble sensación de plenitud que dejaba claro que él era la pieza que me faltaba para estar completa. Ya era parte de mí.

—Nos vemos allí ¿está bien?

—Sí. Nos vemos allí.

Me tumbé en la cama de la derecha, él en la izquierda. Nos miramos con emoción rebosando por todos los poros y nos cogimos de la mano. La corriente eléctrica nos sacudió. Su energía recorrió mi brazo, mi pecho, carbonizó mis braguitas (sí, así me ponía). Ni dormidos nos separaríamos.

—Apareceréis en la época y el día en el que vuestros yo se conocieron, así que tendréis poco tiempo para actuar —informó Rubí—. Ahora, cerrad los ojos y relajaos, ¿está bien?

Asentí con los ojos cerrados respirando lentamente. Después cogí aire y volví a repetir el proceso hasta que mi cuerpo y mi mente se

serenaron.

De lejos escuché la voz de la médium que trataba de hacernos de guía. No era un rezo, ni un cántico, sino unas palabras relajadas que nos marcaban los pasos que debíamos seguir.

—Ahora tenéis que buscar en vuestro interior esa sensación de amor que tanto adoráis —comenzó con tono bajo y ritmo lento—. Buscad... buscad en vuestro interior el sentimiento que os mueve a hacer esto. Encontradlo y volad como un pájaro que surca el cielo. Dejaos abrazar por él y abrazadlo a vuestra vez... Escondeos en él, interiorizadlo... Y ahora, ahora que ya lo tenéis bien agarrado, haced que llegue a todas las extremidades de vuestro cuerpo: Los dedos de las manos, de los pies, la cabeza, el corazón, los brazos, las piernas...

Empecé a sentir una vibración recorriendo mi cuerpo. ¿Sabéis esos sillones de masaje que te hacen vibrar? Pues así me sentía, con la diferencia de que la vibración provenía de mí misma extendiéndose por cada rincón de mi anatomía. En ese temblor había algo más. Algo que quería salir. Yo era una cárcel.

—Y ahora dejad que esa sensación salga de vosotros. Dejad que la piel abra sus poros y rompéd las cadenas de ese soplo de alma que os ruega ser libres. Permitid que las vibraciones latan hacia el exterior. No lo hagáis de golpe. Relajaos, es un proceso que lleva su tiempo... muy bien. Así. es el momento de abrir los ojos.

Ya no sentía la vibración en las manos ni en las piernas. De hecho no sentía nada, absolutamente nada, a parte de una sensación de júbilo y libertad que me llenaba entera.

Tal y como había dicho Rubí, abrí los ojos y miré a un lado y a otro: Seguía en la habitación, sí, pero estaba flotando y veía mi cuerpo respirando relajado en la cama, como también veía el de Alím. Aún estábamos con las manos unidas. ¡Éramos adorables! Lo cierto es que el momento tenía algo de escalofriante. No pude evitar compararlo con los famosos viajes astrales, donde el alma se separa del cuerpo en sueños.

—Ahora buscad un portal o una puerta en forma de rectángulo resplandeciente.

Giré mi incorpórea cabeza, y la vi: Una entrada blanca como la nieve en forma de cuadrado alargado, junto la que se encontraba mi sabio, tan luminoso y sonriente... No tenía rostro. Era su forma la que reconocí. Su esencia me alcanzaba a oleadas, sus gestos los sentía en el corazón (o donde sea el lugar en el que las almas sienten).

—¿Así es como ves tú a los espectros?

Me sobresalté. Cuando yo era humana había entendido a los espectros, pero nunca había escuchado a uno con tanta claridad. Supuse que nos entendíamos bien porque ambos éramos iguales.

—Exactamente así. Brillantes u oscuros, ambos sin rostro, solo la forma de su anterior cuerpo.

Me volvió a sonreír tendiéndome una mano. Yo quise cogerla... ¡me caí! Error. Nuestras manos se traspasaron dejando solo un soplo cálido. No supe cómo, nuestras esencias se mezclaron, se tocaron.

—¿Preparada? —me preguntó.

—Preparada —respondí.

Ambos entramos en esa resplandeciente puerta que dejó tras nuestro paso una habitación roja con dos cuerpos que reposaban esperando volver a tener contacto entre ellos alguna vez.

Capítulo 18

ALÍM: MOMENTOS EN LA INDIA.

—¡Es increíble! —exclamó Jazmín emocionada—. ¡Estamos en la India! Y... ¿lo notas? ¿Notas esa atracción que nos lleva hacia nuestro yo del pasado?

Sí, lo notaba. Era algo que te absorbía hasta desesperarte. Te incitaba a ir hacia una sola dirección. Para que lo entendáis: una aspiradora gigante quería absorberme. Una aspiradora gigante que era yo mismo en el pasado.

—Lo noto —respondí—. Y sí, estamos en la India, aproximadamente en el S III después de Cristo.

El alma de Jazmín me miró impresionada.

Curioso cómo notaba las reacciones de mi joven responsable.

—¿Cómo sabes tú esas cosas?

—¿Lo olvidabas? ¡Soy un sabio!

La muchacha se carcajeó y su risa fue lo más bonito del universo.

—Tienes razón, pero ahora en serio. ¿Cómo lo sabes?

—Fíjate bien. Ese siglo estuvo lleno de prosperidad, por eso se llama «La Edad de Oro de la India». Mira a tu alrededor: la cultura, la gente, la alegría, la vegetación... ¿no es impresionante? —Inspiré (o mi alma inspiró. Estaba acostumbrado a los gestos humanos).

Poca gente entendía la satisfacción que sentía al aprender cosas nuevas. Me encantaba. Viajar, descubrir, investigar... Había escuchado hablar de la India, de su mejor época, pero vivirla... vivirla era una de las mejores cosas que podía pasarme en la vida. El simple hecho de estar allí ya me hacía feliz. Ojalá tuviera cuerpo y cámara de fotos para inmortalizarlo todo.

—En esta época fue conquistada por Chandragupta Mauria. La dinastía grupta llevó al imperio a un período de prosperidad llamado «La Edad de Oro de la India». Se diferencia, no solo por la riqueza, también por los avances tecnológicos, de ingeniería, de arte, literatura,

astronomía, religión... somos afortunados por vivirla, Jazmín.

—Sí, bueno, «vivirla».

Puede que ella no considerase que lo estaba viviendo, y tenía razón en cierto modo. Pese a ello me sentía afortunado de estar ahí de forma incorpórea. Disfrutar de sus maravillas, observarlo, era una oportunidad única. Lamenté no poder empaparme de su cultura, gastronomía, arte y costumbres, pero valoraba lo que tenía. Además, venía aquí con una misión, no quería distraerme.

—Es precioso, ¿verdad?

—Lo es, Alím. Recordaré esto cuando volvamos al presente.

—Y... ¿A que no sabes qué?

Jazmín voló a mi alrededor intrigada.

—¿Qué?

—Estamos en el siglo tres, ¿sabes lo que eso significa?

—¡Oh, déjate de misterios y suéltalo!

—¡Estamos en la época del Kamasutra! —Me carcajeé.

—¿Cómo?! —Rio ella—. ¿Y qué hacemos aquí parados? ¿Por qué no hemos poseído un cuerpo ya? No es que tengamos todo el tiempo del mundo.

De estar volando como una loca, paró en seco.

—¿Qué pasa? —Me alarmé.

—Mis recuerdos —murmuró—. Kama significa amor, placer, deseo y sexo, y Sutra significa tratado. ¿Cómo sé eso?

Me encogí de hombros. Yo también recordaba: unos ojos grandes de mujer diciéndome que me quería, unos padres problemáticos, un amor prohibido, un parto difícil, una lucha a sangre fría...

—La experta en almas aquí eres tú.

—Bueno, tengo una teoría. —Hizo una pausa.

—¿YYYYYY? —insté.

—Creo que podemos recordar porque nuestra alma ya ha vivido aquí. Al visitar la época hemos despertado recuerdos sueltos. Eras guapísimo, Alím. Te veo acariciándome la barbilla, escondiéndote conmigo.

—Yo también lo he visto. Tus ojos... eran grandes, preciosos. Me enamoré de ti en cuanto te vi. Y te encantaban los niños.

—Y tú eras el único que conseguía erizarme el vello.

—Porque la piel es de quien la eriza.

—Cosa que yo siempre te decía.

—Es cierto. También nos veo huyendo, Jazmín.

—Porque mis padres querían casarme con un ricachón mucho mayor que yo.

De haber tenido tripas, se me habrían revuelto.

—Te propuse huir —seguí yo.

Nuestras almas se acercaron hasta estar una frente a otra. La sensación de que nuestras esencias se rozaran era más que agradable.

—Y yo recogí mis cosas y me escapé por la noche. Al principio todo fue bien. Encontramos una casa, un trabajo. ¡Tuvimos un hijo!

—Un hijo que casi te mata, Jazmín. Lo queríamos más que a nada en el mundo, pero decidimos no tener más.

—Fuimos felices hasta que mi padre nos encontró.

—Y entonces solo veo lucha, sufrimiento, sangre...

—Lo pasamos fatal.

Una pausa que se hizo eterna.

—Incluso en el pasado nuestra historia fue intensa —dijo.

—Incluso en el pasado tuvimos obstáculos.

—Mirándolo por el lado bueno, cuando nos matemos ahorraremos

todo ese sufrimiento. Cuando nos matemos. Qué mal suena eso.

—En realidad vamos a asesinar al cuerpo, no al alma.

—Pero antes de ponernos manos a la obra, quiero hacer eso.

—¿Eso? —pregunté haciéndome el tonto.

—Sí, eso. Ya sabes... poseer un cuerpo.

Sonreí. Estaba seguro de que, de tener cuerpo, Jazmín se habría puesto roja como un tomate. Su inocencia de adolescente seguía ahí, volviéndome loco. Esa mezcla de pureza y picardía tenía un efecto exagerado en mí.

—Hmmm —ronroneé juntando nuestras esencias más aún— te echo una carrera.

Cuando quise darme cuenta Jazmín volaba entre risas buscando una mujer india atractiva a la que poseer. Su fulgor plateado dejaba un brillo en el camino parecido a la purpurina.

Yo decidí hacer lo mismo y partí en busca de algún indio fornido. No sería difícil encontrarlos ahí, teniendo en cuenta que casi todos eran escuálidos o muy musculados. Allí la obesidad era un cuento de terror para niños.

Miré la mercancía.

Joder, que raro me pareció eso de elegir a un hombre. Me hacía sentir tan homosexual... En general eran morenos, con los ojos preciosos y la nariz grande. Me fijé en las manos y en los paquetes (aunque me cueste horrores reconocerlo), me colé en las casas valorando varones hasta que llegué a una casa pequeña, decorada con multitud de sedas de colores cálidos y figuras de madera.

Me paré en seco.

Sin querer me había dejado llevar por la atracción de mi propia alma, y me encontré frente a mí mismo.

—¡Me cago en...! ¡Qué susto! —grité consciente de que él era humano y no podía verme ni oírme.

Los ojos de mi yo pasado eran exactamente iguales a los míos. No los ojos en sí, ya que los suyos eran verdes, pero sí lo que había en su interior. Su brillo, su alma... entendí al instante el significado de que los ojos son el espejo del alma. Me escruté: sí señor, estaba bueno. Tanto

que quise poseerlo para utilizarlo con Jazmín.

Tranquilos, no lo hice. No soy tan tonto. Si lo hubiese poseído Jazmín y yo nos habríamos conocido en el pasado, de otra forma, sí, pero lo habríamos hecho y habríamos creado un vínculo sentimental.

Me largué de allí antes de que la tentación me venciese.

En la casa de al lado encontré a un hombre lavándose, con una cara atractiva, un buen arma y unos abdominales que envidié. Me lancé a por él y, al meterme en su cuerpo, noté una resistencia brutal que me expulsó. El hombre se quedó tieso y miró a un lado y a otro, dijo unas palabras en su idioma y se incorporó. De nuevo lo intenté con más fuerza y, esta vez, sentí que lo que se resistía era la propia alma del cuerpo.

Mi primera posesión. Me sentía hasta culpable.

Utilicé toda mi voluntad (pues la voluntad era la fuerza del alma), hasta que noté que la esencia del espíritu del hombre se apartaba como achicándose. Seguí ejerciendo presión hasta que noté que mi alma encajaba en el cuerpo.

—A partir de hoy creeré en los exorcismos —murmuré.

Inmediatamente después de adueñarme del cuerpo, los recuerdos de esa persona me pertenecieron: él era un soldado casado, sin hijos. Tendría unos veintidós años y provenía de una familia de clase baja.

Me estiré y me dispuse a salir de la casa cuando me detuvo una mujer preciosa, de ojos negros y largas pestañas, esbeltísima, de pechos turgentes y el pelo negro como el carbón.

—¿Me reconoces? —me preguntó.

En sus ojos pude ver a Jazmín, radiante y divertida.

—¿Cómo me has encontrado?

—¿Cómo puedes preguntarme eso a estas alturas? —Rio—. ¡La conexión, tonto! ¡Todavía no puedes huir de mí!

—Tampoco es que quiera.

Me acerqué más a ella para agarrarla de la cintura.

—¿Sabes que has escogido un cuerpo muy atractivo, Jazmín?

—continué sin apartar mi vista de ella.

—Puedo decir lo mismo de ti, mi sabio. Fornido y con unos preciosos ojos almendrados y verdes. HmMMM... ¿Esto no es una infidelidad, verdad?

Negué con la cabeza.

—No dejamos de ser nosotros.

Nos quedamos mirándonos un rato.

Solo necesitaba que me mirase para sentir mi miembro erecto, y recordad que este cuerpo estaba lavándose cuando lo encontré, así que ropa, desde luego, no había. Jazmín me miró con sus ojos negros y sonrió de medio lado.

Como hombre admiraba el cuerpo que había escogido para mí, y es que Jazmín había tenido un gusto excelente.

La besé con pasión saboreando su boca, oliendo su cuerpo. Especias y flores fue todo lo que me inundó. Si alguna vez me preguntaba por el olor de una mujer india, ya tenía la respuesta.

—Esto es divertido —me susurró la joven al oído.

—Yo te voy a dar a ti diversión...

La agarré por las nalgas cuando ella enrolló sus piernas en mi cintura, y me dirigí hacia una cuarto con cama. Con cada paso notaba sus partes más íntimas rozando mi miembro erecto, lo cual hacía que me encendiese todavía más.

La cama era destartalada, sin embargo, la salvaban unas cortinas de seda que caían vaporosas a su alrededor. También había incienso medio consumido y un cuenco con agua fresca. En una esquina localicé una mesa de madera con pergaminos enrollados.

Me la follaría también ahí si surgía.

Con más brusquedad que cuidado, deposité el cuerpo elegido por Jazmín en la cama y me coloqué sobre ella. Moví mi cintura arriba y abajo para hacerle notar lo duro que estaba pese a que ya lo podría ver por ella misma. La besé, primero disfrutando de esos labios nuevos, esponjosos, explorando su boca con mi lengua, después con más pasión. Fue uno de esos besos que pasan de ser para mayores de trece, a ser para mayores

de dieciocho.

—Tu boca sabe a especias, Alím —dijo con una voz velada por el deseo.

—Tú sabes a curry, a pasión, a todas las cosas bonitas de la India.

Esta vez fue ella la que me atrajo a sus labios. Yo la agarré de las caderas para moverla mejor, apretándola contra mí. Empecé a subir las manos con lentitud hacia su ombligo, levantando así la falda que llevaba. Bueno, quien dice falda dice vestido, porque aquello se parecía más a lo segundo. Lo levanté hasta sacárselo por los brazos y dejarla desnuda.

Tenía esos pechos de mujer joven con pezones duros que miran al cielo, aureolas tamaño Oreó color canela, curvas de infarto, ancha de caderas.

En cuanto un pezón escapó juguetón, lo atrapé entre mis labios y lo recorrí con mi lengua. Hice círculos a su alrededor acariciando con una mano la parte baja del pecho haciéndole soltar con gemido.

—Espera un momento —dije.

La voz me salió tan grave que no me reconocí, lo cual era normal, teniendo en cuenta que no era mi cuerpo.

Me levanté sintiendo la pesadez de mi miembro, y cogí el cuenco de agua fría.

—¿Qué vas a hacer? —inquirió ella llamándome desde la cama.

Allí tumbada parecía una gatita buscando caricias.

—Shhhh... paciencia, morena.

Se encendió. Yo también estaba encendido, no teníamos tiempo y no debíamos retrasarlo más.

Volví su lado y me tumbé con la mano metida en el agua. Al sacarla dejé que las gotas frías la golpearan (a posta, claro) sobre la piel. Jazmín chilló divertida y tuve la satisfacción de ver cómo sus pezones se endurecían más. De nuevo repetí el proceso hasta que las gotas resbalaron hacia la cama. Solté el cuenco en el suelo y le lamí los pezones de nuevo. Empecé a bajar por su cuerpo escuchando cómo gemía, notando cómo se retorció bajo mis manos, cómo se estremecía, hasta estar a la altura de su clítoris. Me apeé de la cama y la atraje hacia mí

hasta que su coño estuvo delante de mí, a mi disposición.

—Joder, como empieces a hacer eso no podré aguantar...

Soltó un gemido antes de acabar la frase.

Mi lengua ya estaba explorando entre los nuevos pliegues de la india morena. Primero lamí su vagina, después subí a su clítoris y volví a bajar hacia su vagina. Ella ronroneó con cada subida y bajada. Yo aumenté la velocidad.

—Alím... —susurró.

Cambié de técnica.

Dirigí mi lengua hacia su clítoris y empecé a dar vueltas a su alrededor. Entonces en la habitación solo se escucharon sus jadeos, el sonido de mi lengua sobre su humedad y la respiración agitada de ambos.

—Alím, Alím...

Qué bien sonaba mi nombre en su boca.

Disimuladamente miré los dedos de mi nuevo cuerpo para descubrir que eran anchos, lo que me hizo sentir una punzada de envidia. Envidia sana. Metí uno en su vagina sin darle tregua con la lengua y, al hacerlo, se estremeció a mi alrededor, presionando con su vagina mi dedo. No oculté el gemido de satisfacción que escapó por mi garganta. Unos minutos después, cuando el dedo ya se deslizaba perfectamente, introduje un segundo que se mojó al instante. Jazmín movió la cadera buscando el orgasmo, yo subí el ritmo. Lamí, sorbí, acaricié su punto G, y al fin se deshizo en gemidos mientras las piernas le temblaban violentamente.

Me puse tanto que estuve a punto de correrme.

—¡Alím! ¡Alím! —gritó—. Vamos, ifóllame! Quiero que me hagas tuya.

—¿Quieres que te haga mía?

Asintió con las mejillas sonrosadas.

—¿Quieres que te folle? —pregunté.

—Hasta que los dos caigamos inconscientes.

Levanté las cejas.

—Pues yo quiero follarte hasta que no puedas moverte. Quiero reventarte por dentro con mi polla.

Sucio. Todo era muy sucio ese día.

—Lo que sea, pero te necesito ya.

De rodillas a los pies de la cama, la agarré de las caderas y la clavé en mí.

Estaba durísimo. Noté cada uno de sus pliegues abrirse a mi paso. Sentí la humedad resbalar por mi piel, sus contracciones vaginales, sus manos agarrando mis brazos, clavando sus uñas... y sentí un placer que casi me hizo correrme.

—Joder —gruñí.

Salí de ella y volví a entrar. La embestí primero con lentitud, para disfrutarla bien, sacando mi polla hasta la punta y metiéndola hasta el fondo de golpe. Metí las manos en el cuenco de agua fría y rocé su clítoris después sin dejar de embestirla. Ella gritó más fuerte. Yo no paré. Lo que había entre nosotros en ese momento era más animal que humano. Nuestras almas se reconocían, se disfrutaban. Cada penetración era (aunque suene muy feo) como follarse a su alma. Estábamos haciendo el amor follando, y nos gustaba. Estábamos enloquecidos, sin escuchar nada de lo que pasaba a nuestro alrededor, existiendo solo ella y yo. Nadie más. Nada más.

La cogí de las caderas y la tumbé a mi lado de espaldas a mí, como si estuviésemos durmiendo en la postura de la cucharita. Me introduje en ella y noté que se restregaba contra mí moviendo las caderas, ansiosa. Yo, excitado, comencé a embestirla con más velocidad mientras le tocaba el clítoris, hasta que sentí a mi alrededor que sus contracciones empezaban a hacerse más constantes. Me golpearon proporcionándome un masaje divino en la polla que me hizo gemir.

—Jazmín, quiero correrme —le supliqué.

El placer era inmenso. Cada vez que empujaba un escalofrío me ponía los pelos de punta. Cada vez que la embestía quería llenarla entera, correrme dentro de ella y luego volver a follármela.

—Espérame, por favor...

Tuve que aguantarme, y creedme cuando digo que no sé cómo lo hice. No podía pensar en otra cosa que no fuese ella abierta de piernas delante de mí, con la cabeza inclinada hacia atrás, los labios entreabiertos y los ojos en blanco. Recordé el cuerpo de la verdadera Jazmín, la carpa tatuada en su clavícula subiendo y bajando...

—No puedo, no puedo... —susurré.

—Más fuerte —me pidió.

Lo que faltaba.

La embestí cinco o seis veces más al borde de correrme antes de que ella gritara y se contrajera a mi alrededor, moviéndose como una loca. Inmediatamente me dejé ir. Gruñí apretando la mandíbula y poniendo los ojos en blanco. Sentí cómo mi semen resbalaba por su vagina fundiéndose con sus fluidos. La apreté contra mi pelvis sujetándola por las caderas.

¿Tiempo para descansar y hacernos arrumacos en la cama? Cero, y no fue por falta de ganas. A los dos nos fastidió tener que separarnos.

—Ha sido brutal —murmuró estirándose.

Cogió el vestido del suelo y se lo puso.

—Es una mierda que no podamos quedarnos dormidos, porque ahora mismo no puedo tirar de mi cuerpo.

—La mierda no es que no podamos dormir, es que apenas nos queda tiempo para... ya sabes.

Le sonreí mientras buscaba algo que ponerme. Unos pantalones. Lo que sea que se pusiesen ahí los hombres.

—¿Por qué te da tanto respeto decirlo?

—No es que me dé respeto decirlo, es que sigo buscando una solución para no tener que matarlos. Quizás podemos dejarlos ciegos, secuestrarlos... asesinarlos sería muy drástico, ¿no?

—Si tanto te preocupa, me lo puedes dejar a mí.

Negó con la cabeza.

Yo, por mi parte, encontré unos pantalones de tela, bombachos, muy sueltos.

—El caso no es que me preocupe, es que quiero encontrar otra solución.

Resoplé metiéndome dentro de la prenda de ropa.

—La ceguera no impedirá que nos conozcamos y el secuestro... tendríamos que quedarnos aquí toda la vida para asegurarnos de que no escapa uno de los dos.

—Hmmm... me jode tanto reconocer que tienes razón.

Solté una carcajada.

—Vamos, Jazmín, yo me haré cargo.

—¿Me matarás?

Me puse serio.

La verdad es que no me hacía gracia asesinar a la Jazmín del futuro. No dejaba de ser su alma, con otro cuerpo, con menos experiencias, más lejos de la plenitud... pero era ella.

—Te mataré —dije notando un peso frío en mi estómago.

—Ajá. Solo tenemos que matar a uno de los dos para evitar que nos conozcamos.

—Y la muchacha será la presa fácil.

—Sobre todo teniendo en cuenta que eres un hombre fuerte.

—Fuerte y soldado, Jazmín.

Creía que se quedaría callada, pensativa, pero me sorprendió con una risita.

—Me he tirado a un soldado —dijo traviesa.

Puse los ojos en blanco.

—Eres de lo que no hay.

Los dos reímos hasta que no pudimos fingir más que la situación

nos enervaba.

Había que acabarla cuanto antes.

Jazmín me guió hacia su anterior cuerpo.

Era guapa, con unos ojos chocolate muy brillantes, rasgados. Su piel era morena, su pelo, negro, sus cejas del mismo color que su cabello. A decir verdad, le daba un aire al cuerpo que había elegido Jazmín para echarme un polvo. La muchacha estaba lavando la ropa en el río junto a un montón de niños que jugaban. A veces uno se acercaba a ella y le decía algo, ella respondía con una sonrisa y el niño se alejaba satisfecho. Pensé que quizás no era una casualidad que a la Jazmín del presente le gustaran tanto los niños.

—¿Estás preparado? —me dijo Jazmín aún en el cuerpo que había poseído.

—Lo estoy.

Era mentira, pero lo haría por ella una y mil veces. Por nuestro futuro, por tener una relación de verdad, sin obstáculos.

—Yo me iré, Alím. No quiero que note que estoy aquí. Sé que Rubí nos dijo que solo sentiría un hormigueo, pero no me quiero arriesgar...

—Tranquila, es lo mejor.

Se acercó a mí, me sonrió, me acarició la nuca y se despidió con un «te espero» que en sus labios sonó insinuante.

Respiré hondo acercándome al río. No tardo apenas unos minutos en clavar sus ojos oscuros en mí. En cuanto lo hizo me dio un vuelco el corazón y las lágrimas se agolparon detrás de mis ojos. Ella era mi chica, mi Jazmín. No era su cuerpo, pero en el interior era la misma persona... ¿De dónde iba a sacar las fuerzas para matar a mi propia chica?

—¿Desea algo? —preguntó con voz cantarina.

No, Alím, ella no es la Jazmín del presente. Bueno, sí, pero no. Vas a matar a su cuerpo, no a su alma. Jazmín seguirá viva.

Sin embargo, por mucho que me dijera a mí mismo, cada minuto

era una mirada que me quitaba el valor de asesinar.

—Disculpe, señorita, pero es que la he visto tan enfrascada en sus labores, tan alegre con estos niños, que no he podido evitar preguntarme por usted —acababa de hablar en su idioma... brutal.

—Vaya, no todos los días me ocurre esto, señor. Debo decir que me halagan sus palabras sobremanera. ¡Ni siquiera sé qué decir!

—Diga solamente que me concede algunos minutos para hablar con usted, pues quizás de esa forma consiga convencerla de que soy un buen hombre. Después, si lo desea, puede presentarme a sus padres para que me den su bendición.

No estaba seguro de si estaba hablando bien. A juzgar por la época opté por utilizar un lenguaje grandilocuente, directo, atrevido, algo frío para mí. Pareció funcionar, ya que la muchacha se enrojeció y agachó la mirada, señal de que le había dado una buena impresión.

—Creo que va demasiado rápido, caballero, pero lo cierto es que poca gente sincera queda ya a estas alturas. Confío en que no sea solo un engaño y sus intenciones sean realmente buenas.

Demonios... esa muchacha no se merecía lo que estaba a punto de hacer. Me recordaba a mi Jazmín, tan pura, inocente, sonrojándose por todo.

—Mis intenciones no son otras más que hacerla feliz. No importa la casta a la que pertenezca, esos ojos valen más que todo el oro del continente.

—¡Oh, caballero, es usted un verdadero seductor! No puedo negarle que ha tocado el borde de mi corazón, por esa razón acepto pasear con usted.

—Un placer.

—Y dígame, señor —comenzó ella de nuevo mientras andábamos hacia un lugar escondido—, ¿cuál es su nombre?

—Me llamo Harshad, preciosa. ¿Me permite saber el nombre de usted?

—¡Oh, Harshad! Significa el que da placer, ¿no es cierto? Yo me llamo Sahila.

—Era evidente que hasta su nombre iba a ser precioso. Acompáñeme por estos lugares desiertos. El silencio a veces ayuda a

mantener conversaciones más profundas, ¿no cree?

—Sí, lo creo. Mucha gente odia la soledad, pero a veces es necesaria. No obstante no debo retrasarme mucho, pues mis padres son controladores, como usted ya comprenderá.

—Lo entiendo. Otra de las razones por las que prefiero un lugar solitario es para evitarle líos a usted, pues a la gente le gusta hablar mucho y los rumores son como plagas que se extienden a la velocidad del relámpago.

—Agradezco que sea tan atento. Sentémonos en esa roca. Shhh... escuche. ¿No es precioso no oír más que a los pájaros cantar?

Cerró los ojos y estiró el cuello hacia atrás dejando que los rayos de sol recorrieran las facciones de su rostro tostado.

—Sí. ¿No piensa a veces que la naturaleza está hecha solo para satisfacernos?

—Pero también está hecha para enseñarnos que debemos protegernos ante ella. Nos enseña a ser precavidos...

Dejé de prestarle atención y me centré en su cuello desnudo. Era mi momento. Sería tan fácil ahogarla sin mirarla a los ojos, intentando no escuchar sus sonidos estrangulados... y por más que me infundía valor a mí mismo no podía hacerlo.

Sacudí la cabeza apretando los puños.

No era negociable. El tiempo se acababa, ella conocería al Alím del pasado y el viaje no habría servido para nada. Tenía que matarla allí, ahora, por Jazmín, por los dos, por nuestro futuro. ¡YA!

No lo pensé más, extendí las manos y rodeé su cuello con fuerza tirándola al suelo. Ella exclamó y me miró aterrada, sin comprender, con los ojos como platos. Me sorprendí de lo fácil que era estrangular a alguien, de lo tierno que estaba el cuello, de las pocas fuerzas que tenía ella. Cuando el flujo de aire se cortó, ella pataleó con sus manos alrededor de las mías. Boqueó una vez, dos, tres, y yo no la solté. Cerré los ojos para no verla, simplemente esperé con las lágrimas corriendo por mis mejillas hasta que el último destello de luz escapó de sus ojos.

Me acababa de convertir en un asesino.

Capítulo 19

VIANA: VIAJE AL PASADO.

—Sabía que vendrías —dijo Rubí cuando por fin la encontré.

Era igual que la mujer de la visión.

Tenía un halo a su alrededor que hacía ver que era más poderosa que yo. Era una de esas médium que se dedicaron a desarrollar su don desde jóvenes.

—Yo sabía que tú sabías que vendría —sonreí por el juego de palabras—. Ahora dime. ¿Dónde está mi hija?

La mujer me hizo un gesto con el dedo para que la siguiera por el piso.

—Antes de que la veas tengo que decirte que el alma de tu hija no está aquí.

El estómago me dio un vuelco y tuve la sensación de que el corazón bajaba a mis pies y luego subía a mi cabeza (raro, ¿eh? Pues así fue).

—Explícate —ordené.

—En el fondo ya sospechas lo que voy a contarte, ¿verdad? Sospechas que tu hija ha viajado al pasado.

—Pero es demasiado arriesgado. ¡Las dos lo sabemos!

—Es arriesgado, pero ellos querían desafiar al destino y yo no pude impedirlo. ¡Estoy a favor del amor! Los destinos escritos son basura. En eso tienes que darme la razón.

—¡Estás loca! Por muchos que los destinos escritos sean basura, no sabemos si cambiarán el presente de forma radical. No tenemos ni idea de si seguirán queriéndose después de esto. Espero que, al menos, hayas estudiado quiénes eran...

—No lo he hecho, sobre todo porque me habría dado igual. ¡Basta de prohibiciones! Sé bien lo que se siente cuando conoces al hombre de tu vida por segunda vez, y no iba a quitarles eso.

—Así que es por eso, ¿no? Tú también conociste a tu alma gemela

por segunda vez.

—Por supuesto, hace unos años. ¿Y sabes qué pasó? Que era tan débil que no pude evitar lo que se nos vino encima.

—Él murió —afirme.

—Murió delante de mí. El destino me lo arrebató de las manos de la forma más cruel.

—Por eso te has hecho poderosa. Quieres romper las leyes. Volver a encontrarte con tu alma gemela en un futuro.

—Exacto.

—¡Y has decidido utilizar a mi hija como arma! —grité.

¿Estáis pensando lo mismo que yo? Esa mujer era una egoísta de las grandes. Parecía mentira que alguien tan poderoso no supiera que el karma la castigaría por su osadía. De sabia no tenía ni un pelo, no creo que haga falta decirlo.

—¡Eres una inconsciente! ¡No tienes ni idea de los riesgos que corren allí! Por Dios... ¡pueden quedarse atrapados!

—Tu hija ya tenía edad para decidir. No podías protegerla siempre. Además, ¿crees que habría conseguido ser feliz sin él? Lo ha conocido, Viana, ya no hay marcha atrás.

—Yo la habría ayudado. ¡Habría encontrado otra solución!

—Sabes que no. La Ley es la Ley.

—Y Dios es Dios. Es amor en sí mismo, misericordioso, ¡abierto a los tratos! ¡Me habría escuchado!

—Señoras —intervino Ronald que hasta ese momento se mantuvo al margen—. No vale la pena discutir algo que ya ha pasado. Cuanto más tiempo pasas aquí, Viana, más riesgos hay de que Jazmín se quede encerrada allí.

Suspiré.

—Sí, tienes razón, vamos a traer a Jazmín de vuelta.

Me giré hacia una puerta cerrada. Rubí había agarrado y girado el

pomo.

—No —dijo la mujer.

Resoplé. La paciencia nunca había sido una virtud para mí, y menos cuando se trataba de mi hija.

—Tienes que hacerme caso. ¡Soy su madre! —chillé.

—Y ella es mayor de edad y tiene la madurez para tomar sus decisiones. No voy a traicionarla.

Justo entonces abrió la puerta del cuarto dejándome ver a Jazmín y a Alîm tendidos en una cama. Sus cuerpos estaban relajados y su respiración era regular. Ambos estaban sumidos en un sueño tranquilo del que despertarían cuando volviesen a estar completos. Me consoló que ambos cuerpos respiraran, ya que eso significaba que sus almas aún estaban en el mundo, con posibilidad de volver a su cuerpo. De no haber sido así, el organismo habría dejado de funcionar.

—Entiéndeme, por favor —comenté algo más serenada—. Ya has amado a alguien por encima de todo una vez en tu vida. A mí me pasa lo mismo con Jazmín.

Rubí suspiró.

—Eres una mujer poderosa. Puedo ver la energía en ti.

—¿Por qué me dices eso ahora?

Vaya cambio de tema me había metido la tía.

—Porque me vas a ayudar a ver dónde se encuentra la pareja para que pueda enviarte allí. Cuanta menos energía gastes, mejor.

Le preguntaría qué le había hecho cambiar de idea. Hacía un momento estaba segura de que no me enviaría al pasado, de que no me ayudaría a sacar a mi hija de ahí, y ahora parecía impaciente. No sé si es que había recordado algo, si había recapacitado, se había cagado de miedo cuando le dije lo del karma... yo qué sé.

Le sonreí y, entonces, lo vi.

—Eh... ¿Rubí? —preguntó Ronald.

Él también lo había visto.

—Yo... —empezó a decir ella.

Se torció por la mitad ya vomitando como una loca. Yo le recogí el pelo (gesto automatizado de madre) sin apartar mi mirada de sus dedos. Estos se evaporaban muy lentamente. Me recordó a la película de Pixel, donde los extraterrestres deshacían a los humanos en píxeles. Solo que Rubí no se deshacía en píxeles, sino en humo.

—Lo siento —murmuró—. Tenía que haber investigado sus pasados...

—¡Rubí! —exclamé—. ¿Qué te está pasando?

Negó con la cabeza.

—Yo... —susurró.

Y caí. Lo puse. Sin saber cómo, estuve segura de porqué estaba desapareciendo. Y lo peor era que sin ella... sin ella la puerta al pasado se cerraría y Jazmín se quedaría allí para siempre.

—¿De dónde son tus antepasados?

Ni yo me reconocí en mi propia voz.

—Mis antepasados... No lo sé, nunca me lo he preguntado. Mis abuelos eran de la India...

Abrió muchos los ojos al decirlo.

—No me digas que...

Asintió, levantó la cabeza y se sentó en los pies de una cama, sudando. Se aparto un mechón de pelo con la mano que aún tenía todos los dedos.

—Sí. Ellos están en la India. En el siglo tres.

—Y acaban de...

—... Separar a mis antepasados.

—Y por lo tanto cuando mueras la puerta se cerrará y nunca podrás volver a abrirla para que vuelvan, porque solo la que la ha abierto puede traerlos de vuelta.

Me mareé. El mundo se detuvo a mi alrededor como pasaba en los libros. Entendí a todos esos protagonistas que se sentían flotar en un

mundo irreal. Se sentían fuera de ellos, como si la desgracia le estuviese ocurriendo a otra persona. Lo malo era que aquello era real. El final feliz tenía que escribirlo ella, nadie más.

—¿Qué ocurre? No entiendo nada —intervino mi compañero dando vueltas por la habitación.

Yo lo miré con lágrimas en los ojos, y dije:

— Ronald, ¡Rubí está desapareciendo!

—¿Desapareciendo?

—Sí... ¿Es que no lo entiendes? Si los antepasados de Rubí no se conocen, no tendrán hijos y ella nunca existirá ¡Ella, que es la única que puede devolverlos al presente!

No podía ser... ¡No podía estar pasando! Mi hija... ¡Mi hija!
¡Encerrada para siempre en el pasado! ¡Condenada a vagar durante años hasta localizar la luz del más allá!

—Aún hay una salida.

Miré a la mujer, cada vez más pálida, y esta me sonrió alentadora después de vomitar por segunda vez.

—Si viajas al pasado antes de que desaparezca podrás devolver a tu hija al presente. La puerta no se cerrará hasta que yo muera.
—Tosió—. Tienes que ser rápida...

Vomito de nuevo, esta vez con sangre. Hasta su cabello negro estaba apagado.

Asentí dispuesta a aprovechar toda esperanza por poca que fuera. Yo era la única esperanza de mi hija. Sí, era cierto que podía quedarme encerrada en el pasado, pero, si alguna madre está leyendo esto, sabrá a lo que me refiero cuando digo que daría por ella hasta mi propia vida. Si se tenía que quedar encerrada en el pasado, yo lo haría con ella e intentaría buscar una solución desde allí.

—Ronald. —Me giré hacia él—. Si no vuelvo, quiero que contactes con mi marido.

Le entregué el móvil. Él lo miró unos segundos antes de aceptarlo.

—Viana, yo... —titubeó. Para mi sorpresa, una lágrima rodó por

su mejilla—. No tienes ni idea de lo que has hecho por mí. Ni idea.

Me atrajo hacia él apretándome contra su pecho y así nos quedamos unos segundos.

—En cierto modo podría decir que te quiero. No como te quiere tu marido, claro. Más como si fueses mi ídolo. —Se rio—. Sin ti no sé qué sería de mí.

Me separé de él tras darle un beso en la mejilla.

—Mucha suerte, Viana. Me quedaré aquí vigilando.

Le devolví una sonrisa triste mientras me tumbaba en la cama al lado de mi hija.

—Por si acaso no vuelvo..., cuídate.

Cerré los ojos y empecé.

Capítulo 20

JAZMÍN: CONTRA RELOJ.

La conexión se había perdido, lo notaba en todo mi ser. Era como si me faltase algo, como si estuviese sola en medio de un mundo desconocido y... ¿qué podía hacer yo ahora? ¿Cómo se supone que iba a encontrar a Alím para irnos a casa? Sentía que algo no iba bien, aunque lo achaqué a la falta de conexión. Olvidé que yo también tenía algo de médium, que podía tener presentimientos.

—Lo siento, señor —le dije al Alím del pasado—, tengo que irme.

Lo había estado seduciendo mientras que mi Alím del presente asesinaba a la Jazmín del pasado para evitar encuentros innecesarios.

—¿Tan pronto? ¡Si lo estamos pasando muy bien!

—Lo sé, pero las obligaciones son las obligaciones.

Me di la vuelta sin dar más explicaciones y corrí hacia el lugar donde había dejado a Alím. Corrí... con piernas, lo cual me impedía ir rápido.

No lo pensé. Dejé que el alma de la mujer volviese a poseer su cuerpo y yo salí como una exhalación, crucé una manzana entera en línea recta (traspasando paredes, personas... lo típico, vamos) hasta que algo se cruzó en mi camino y me derribó. ¡Derribó a mi alma! Era como si me hubiesen puesto delante un muro de hierro para que chocase contra él. Un muro de hierro efectivo contra almas.

—¡Hija! —Me sobresaltó una voz.

—¿Mamá? —pregunté levantando mi cabeza incorpórea.

—Sí, Jazmín, ¡soy yo!

—Mamá, ¿qué haces aquí? ¿Cómo has hecho eso?

—¡Ha pasado algo horrible! —exclamó ella sin contestarme.

Notaba que su esencia estaba revolucionada, nerviosa. La urgencia vibraba entre ambas, lo que hizo que mi presentimiento de que algo iba mal se acrecentara.

Tenía que encontrar a Alím.

—¿Qué pasa?

—Tenemos que volver ahora mismo —habló tan rápido que apenas pude entenderla—. Vuestros yo del pasado eran los antepasados de la médium Rubí. ¡Habéis conseguido vuestro objetivo y ahora ella está desapareciendo! ¡Tenemos que salir de aquí antes de que se cierre la puerta!

—¡¿Cómo?!

Apenas fui capaz de dar crédito a lo que escuchaba. ¡No podía ser cierto! ¡De veras podían complicarse las cosas más todavía?

—¿Cuánto tiempo tenemos?

—Poco, de hecho la puerta puede estar cerrándose ahora mismo. Si la hubieses visto, Jazmín. Si la hubiese visto desaparecer...

—Pero mamá, ¡tengo que encontrar a Alím!

—No te preocupes por él, ¡vamos!

Me cogió... ¡me cogió de la mano! No sé cómo lo conseguía. Yo me solté de un tirón.

—Que no, mamá. Que no me voy de aquí sin él.

Alím.

Alím era lo más importante de mi vida. Sin él yo no era nada.

—Hija...

—Hemos luchado muchísimo para llegar hasta aquí. Sin él no soy nada, ¿me entiendes? ¡Nada!

—¡Jazmín, cállate! Lo que quiero decirte, y no me dejas, es que él ya va hacia la puerta. ¡Me lo he cruzado por él camino!

Sí, tenía sentido. El sitio donde Alím había asesinado a la Jazmín del pasado estaba más cerca de la puerta. Sin embargo, pregunté:

—¿Seguro?

—Seguro, y si no nos vamos ya, nos quedaremos encerradas aquí

las dos.

La miré, me miró. Había tensión entre nosotras

—Ahora, por favor, vamos a la puerta —Concluyó.

Era mi madre, quería lo mejor para mí, y a estas alturas debería saber que lo mejor para mí era Alím. No. No mentía. De verdad se había cruzado con Alím en su camino.

—Vamos —insté.

—¡Por aquí! —exclamó.

Y juntas realizamos una carrera desesperada. Volamos a través de casas, paredes, personas, animales, plantas... lo que me hizo pensar que aquello sería divertidísimo de estar en otra situación. Me acordé del día del acantilado con Alím, del salto, de que nadamos hacia la cueva oculta del pantano. Recordé el despegue del avión, cómo se veían las casa desde allí arriba, las personas, las piscinas... y también me acordé de cómo me salvó del ricachón. Habíamos vivido tantas aventuras en tan poco tiempo...

—¡Oh, no! —gritó Viana sacándome de mis ensoñaciones.

—¿Qué?

—La puerta está allí, ¿la ves?

La vi. Aunque lo que estaba viendo no podía llamarse puerta. No tenía nada que ver con el rectángulo brillante que había cruzado porque aquello era del tamaño de una pelota de ping pon.

—¿Es ese punto blanco?

—Sí, ¡y se va a cerrar! ¡Corre! ¡Corre por tu vida!

No me preguntéis por qué, pero me acordé de Bambi, cuando su madre le dice que corra antes de morir.

Aumenté la velocidad hasta casi agotar toda mi energía. Nunca creí que un alma podría cansarse, pero así era. Fue una sensación nueva, aún más desesperante que el cansancio físico. Un alma cansada no se la deseo a nadie.

—¡Vamos, vamos!

«Unos metros más... tengo que alcanzarla por Alîm. Él está allí, esperándome. Preparado para vivir una vida conmigo, sin obstáculos. Una vida normal en la que iremos al cine, tomaremos un café y visitaremos el claro de las luciérnagas por la noche en verano... »

Le amaría a pesar de que la conexión ya no existía. Además, si me concentraba la notaba ahí, débil, como si se estuviese volviendo a crear, como si se resistiese a desaparecer. Era un lazo fino, rojo. Un lazo que me envolvía pero no veía hacia qué dirección iba.

—¡Ya casi llegamos, hija!

No le contesté. Ni siquiera tenía fuerzas para hablar.

—¡Vamos, vamos! —me instó.

—Mamá, ¡no puedo más!

—Sí puedes, hija. ¿Vas a dejar que todo lo que has hecho sea en vano?

—Pero mi energía...

—¡Sé lo que se siente, pero la voluntad es más fuerte que todo eso!

Corrí observando cómo la puerta pasaba a ser del tamaño de una castaña. Mi madre saltó a una velocidad impresionante, dejando claro que tenía experiencia en el control de su propio espíritu. Yo lo intenté, lo prometo. Intenté saltar igual que ella y... nada. La puerta apenas era del tamaño de un guisante.

Me desesperé, grité, sollocé, quise revolcarme por el suelo, patallar... no. No lo hice porque no iba a rendirme por tres razones: por Alîm, por mí, por nuestro futuro.

De pronto la mota de polvo en la que se había convertido la puerta dejó de cerrarse dándome la oportunidad de alcanzarla. Noté que me tragaba y que todo a mi alrededor daba vueltas. Cerré los ojos y... cuando volví a abrirlos estaba tumbada en una cama de sábanas rojas, con el cuerpo perlado de sudor y la respiración agitada.

Abrí los ojos de golpe incorporándome con el corazón a cien. Me apoyé en la mano y exclamé por el dolor. Me rocé la escayola del brazo fracturado.

—¡Jazmín! —Escuché.

—¿Mamá? ¿Qué...? ¿Qué ha pasado? La puerta...

—Llegué cuando Rubí estaba al borde de la muerte —me interrumpió sentándose a mi lado—, y conseguí transmitirle mis poderes para mantener la puerta abierta unos segundos más. Ahora está cerrada de forma definitiva, pero lo que importa es que tú estás aquí, a salvo.

Me abrazó.

Percibí en las sombras la forma de un hombre alto de hombros anchos y eso hizo que mi corazón latiese feliz. Alîm estaba ahí de verdad, esperándome con los brazos abiertos, aún recomponiéndose de la carrera.

A mi derecha, junto a mi madre, el cuerpo de Rubí yacía frío, muerto, medio desintegrado en mitad de un charco de vómito. Aguanté una arcada.

Sonreí a Alîm. Este dio un paso colocándose debajo de la luz y... no era Alîm. Por poco no me dio un ataque al corazón.

Lo primero que hice fue alejarme de mi madre.

—¿Pero qué cojones...? ¡Quién eres! —chillé.

—Me llamo Ronald. Me alegro de haberte conocido por fin. No sabes lo que te quiere tu madre...

—¿Dónde está Alîm? —solté buscándolo con la mirada.

Mi madre resopló.

—Quítate de en medio —le ordené.

—Jazmín, yo...

—¡Que te quites!

—Lo siento...

Le empujé.

Uy, sí, qué mal está empujarle a una madre, ¿no? Pues no me importó.

En cuanto lo vi mi corazón se partió en mil pedazos. Allí, tendido sobre la colcha, dormía Alím con la respiración regular. No estaba muerto, al menos no su cuerpo, pero en una zona de mi cerebro algo me explicó lo que acababa de pasar. Me lo explicó y no quise escucharlo. No lo oí porque aquello no podía ser verdad.

Me levanté agarrándome el pecho con la mano buena y corrí hacia su cama. Lo agarré gimoteando.

—¡Alím, Alím! Vuelve en ti por favor. Vuelve en ti...

Mi mundo se redujo a ese cuerpo que respiraba pero no sentía.

No iba a despertarse. No iba a hacerlo porque mi madre me había mentido y él seguía allí. No su forma corpórea, sino su alma... Allí, en el siglo tres. Allí, donde los árboles crecían verdes y todos los habitantes eran morenos. Allí, en la India, donde follamos como locos por última vez, donde nos besamos y demostramos nuestro amor. Allí, lejos de mí, solo.

—No, me niego... ¡Despierta por Dios! ¡Tienes que despertar! No puede pasarme esto, no puede estar ocurriendo...

Sollocé. Lloré como nunca antes había llorado. Lo hice a berridos, lo cual me recordó al bebé falso del callejón. Alím me amaba. Alím me había salvado, y yo... yo lo acababa de abandonar a su suerte.

Mi vida no tenía sentido ahora. Nunca podría ser feliz con él. Después de luchar tanto yo había vuelto para ser la más desgraciada de todo el planeta Tierra.

El destino había ganado. Nos había utilizado, dado una patada en el culo y, encima, el karma castigó a Rubí por ayudarnos.

—Hija —Viana apoyó en mí una mano que me repugnó.

Ella me había mentido. Ella había sido la culpable de mi desgracia porque me había separado de la única persona a la que yo podía querer. Ahora y para siempre.

—Déjame en paz. Tú eres la culpable de esto. ¡¿Es que no te das cuenta de que sería más feliz allí, encerrada con él?!

—No, hija, tenía que hacerlo. No estabais destinados y esta era la única forma de...

—¡¿De qué?! —exploté— ¿De mantenerme bajo tu control? ¿De conseguir tú tu felicidad? No, Viana, no. Eres una egoísta y solo has pensado en ti, no en mí. Me has hecho infeliz y te has aprovechado de mi

confianza mientras que yo creí en ti. Creí en que de verdad mi felicidad te hacía feliz. Pero ahora me doy cuenta de que eres una egoísta... ¡siempre lo has sido!

Su rostro se contrajo. No me importó.

Mi vida ya no era más que un agujero negro del que nunca podría salir. Ahora solo tenía recuerdos: Alîm y yo en la plaza plagada de hojas secas la primera vez que nuestras miradas se cruzaron, la huída al campo de las luciérnagas, la hermosa noche en el hotel que me hizo sentir cosas impresionantes, su mirada ardiente, su sonrisa segura, enamorada... él me había tratado como una reina. Él era mi sabio y yo era su joven responsable.

—No digas esas cosas, hija, yo solo quería tu bien.

—¡Pues si sólo quieres mi bien, devuélveme a Alîm! ¡Tráelo de vuelta! ¡Hazlo!

Ni yo misma me reconocí en esos gritos.

Su rostro no cambió, por lo que fui consciente de que no había solución; nunca volvería a ver a Alîm, y ni siquiera había podido despedirme. No podría volver a decirle que lo amaba, ni tampoco volvería a sentir sus brazos rodeándome.

—No puedo traerlo de vuelta, Jazmín.

—¡Puedes! ¡Puedes! ¡Tienes que hacerlo! ¡Hazlo para que pueda, al menos, despedirme! ¡Ni siquiera he podido darle un último beso! ¡No he podido decirle adiós! Los labios... los labios me duelen.

Me incliné en la cama y lo besé en los labios. Eran sus labios, sí. Estaban calientes... también. Pero era una cáscara vacía. Alîm no estaba ahí dentro. Alîm no volvería a abrazarme ni a acariciarme.

—Dejará de respirar cuando su alma comprenda que debe ir hacia la luz. Cuando esto ocurra su alma irá a los brazos de Dios y su cuerpo dejará de respirar —explicó mi madre.

—Me da igual, eso... ¡me da igual! ¡MIENTRAS QUE SU CUERPO RESPIRE BUSCARÁS UNA SOLUCIÓN PARA TRAERLO! —Era una orden. No me valían las réplicas.

—Jazmín, no puedo...

De nuevo me tocó. Yo me sacudí su mano de encima.

—¿POR QUÉ?!

—Porque solamente Rubí podía. Solo ella habría sido capaz de traer de nuevo lo que envió al pasado. Nadie más puede.

Y seguí llorando. Seguí lamentando haber confiado en mi madre. Me culpé a mí misma por no hacerle caso a mis presentimientos. Me imaginé a Alím perdido en la India, buscándome, lamentándose por los rincones, pensando que yo lo había abandonado, resignándose a ir hacia la luz porque tendría la esperanza de encontrarme. Estaba solo, sin conexión, sin mí, sin nadie.

—Perdóname, mi sabio. Perdóname por no haberme quedado allí contigo. Pero no me resigno, Alím. De un modo u otro, estoy segura de que encontraré la manera de que podamos estar juntos.

Y lloré, lloré, lloré...

Capítulo 21

EPÍLOGO.

Cincuenta años. Cincuenta años han pasado desde que Alím se quedó encerrado en la India. Como comprenderéis, ahora soy una viejecita. Una viejecita achuchable, como yo digo. Rellenita, con arrugas, el pelo blanco y siempre una sonrisa en la cara.

No. No lo superé.

Sí, intenté todo lo que estaba en mi mano para sacarlo de allí.

Al principio no me fui de su lado en... ¿en cuánto fue? Esta memoria no es lo que era antes, pero creo que fueron dos años los que estuve allí con él, manteniendo la esperanza de que despertara. No fue así.

Al principio lo negué. No podía aceptar que, después de haber luchado tanto, Alím se quedase allí. No podía resignarme a perder por culpa del destino. Todo lo que habíamos luchado... por nada. Tanto vivido juntos, tantos sueños por cumplir, tanto dolor. Incluso ahora me duele, creedme. Este corazoncito ama todavía a la misma persona.

Después de esos dos años volví a España, no sin antes obligarle a Ronald que cuidara del cuerpo de Alím. Solo por si acaso, ya me entendéis. Acabé el instituto, fui a la universidad tal y como quería, estudié parapsicología para entender mejor los fenómenos paranormales, lo intenté todo: negocié con espíritus, escalé por las castas más nobles de las almas en busca de ayuda, e incluso estuve años buscando el alma de Rubí para ver si podía ayudarme.

Nada.

Tras veinte años investigando recibí una llamada de Londres... ¡De Londres!

Si sintierais lo que sentí en aquel instante... indescriptible: Alegría, esperanza, plenitud. Lo primero que pensé fue que mi esfuerzo había llegado a oídos de alguien superior, y ese ser superior me había ayudado a recuperarlo. Luego me di cuenta de que, si era Ronald el que llamaba, solo podía significar una cosa: el cuerpo de Alím había dejado de respirar, lo cual implicaba que su alma había abandonado y encontrado la luz.

Si antes tenía pocas esperanzas, imagináis el mazazo que fue que

me las quitasen del todo. Así, de un plumazo.

No me lo tomé bien.

En cuanto a mi madre, la perdoné, o al menos eso es lo que le decía yo, porque hasta hoy he tenido algo clavado en lo más hondo. Una traición que duele, arde en mi corazón.

Pero ya es hora. Ya está bien de lamentarme. Lo digo sobre todo porque hoy, queridos amigos, voy a morir. Bueno, no yo, sino mi cuerpo. Y no os sorprendáis cuando os digo que estoy feliz. No tengo ya padres, ni hijos (no hubo ningún otro)... solo me quedan mis hermanos pequeños y mi amiga María que, por cierto, encontró a un hombre tan buenazo como ella.

Estoy tumbada en una cama con un hermano a cada lado y mi amiga a los pies. En sus brazos lleva un nieto que chilla y patalea ignorante de lo difícil que es la vida adulta. Me transmite felicidad, y es que para llevar una buena vida alejada de las depresiones tuve que aprender a valorar las cosas más pequeñas.

—Toma, hija, llévatelo —le dice a su primogénita, guapísima, por cierto. Con sus mismos ojos azules.

—No te preocupes —dijo. Aunque toso en mitad de la frase y no se me entiende bien. Me cuesta respirar—. Los niños traen alegría.

Ella no me responde, pero me sonrío.

Entonces noto que el aire se escapa de mis pulmones y gimo, sabedora de que el fin está cerca. Después de ese gemido toso más, sin embargo, esta vez las toses no se calman. Sigo, cada vez más débil. Intento respirar sin conseguirlo... me estoy asfixiando. De lejos escucho a mi hermano pequeño llamar a la enfermera. Me gustaría decirle que no, que esté tranquilo porque, quitando el dolor físico, el ardor de pulmones, estoy bien. La muerte no da miedo.

De repente ya no me ahogo. Estoy flotando por encima de mí, viendo cómo ahí abajo intentan reanimarme sin conseguirlo. Mi amiga llora, mi hermana y mi hermano... me miran. Ellos tienen ese don, recordadlo: pueden verme. Lo sé, y les hago un gesto tranquilizador mientras sonrío. Quiero transmitirles esa plenitud que experimento fuera de ese cuerpo viejo, ya inservible.

Me giro cuando una luz me deslumbra y voy a ella sin pensármelo dos veces. A lo lejos, me parece observar una figura esbelta, alta, de hombros anchos. Teniendo en cuenta que el alma se queda con la forma del cuerpo en el que estuvo, no puede ser otro más que Alím. Por un

instante siento vergüenza. Vergüenza porque yo tengo esta figura vieja y él... él está tan bueno como siempre.

—Jazmín.

Es un susurro que cruza la distancia que nos separa y me acaricia.

Si tuviese cuerpo lloraría. Su voz... su voz grave que tanto me gustaba, que tantas veces me dijo «te quiero», es real. Esta vez no está en mis sueños ni en mis pesadillas. Está delante de mí, con los brazos abiertos y el alma más brillante que antes.

—¿Alím? —pregunto.

Vuelo. Vuelo hacia él como una exhalación. Tengo ganas de abrazarlo, de besarlo, pero lo traspaso. Gracias al cielo que nuestras esencias sienten calor, un pequeño cosquilleo al tocarse. Me tomo esto como un abrazo de alma.

—Alím, lo intenté todo, te lo prometo.

—Lo sé, nena, lo sé. Lo sentía. No sé cómo, pero sabía que me estabas buscando.

—Entonces, ¿por qué te fuiste?

Noté que en su alma había algo de pena y de arrepentimiento. Lo tuvo que pasar fatal allí solo, esperando.

—Me fui porque entendí que seguirías torturándote mientras hubiese una posibilidad. Aprendí mucho de almas en esos veinte años... me costó enterarme de que mi cuerpo aún seguía respirando en nuestra época, y la única forma de que dejara de respirar era irme.

—Y te fuiste para que tu cuerpo dejara de respirar y yo pudiese ser feliz.

Asiente, lo noto en lo más hondo.

—No estés triste —me suelta. Y me doy cuenta de que al recordar me he puesto un pelín sentimental. Curioso que él lo note antes que yo—. Ahora estamos juntos, ¿te das cuenta? Juntos de verdad.

—Sin poder tocarnos, besarnos, abrazarnos...

—¿Y qué más da eso si estamos juntos por fin?

Niego con mi cabeza incorpórea de viejecita.

—Tú no lo entiendes.

—¿Qué no entiendo? —pregunta extrañado.

—Que me siento avergonzada porque yo soy una viejecita y tú...
pues eso.

Se ríe. Su risa de alma suena parecida a su risa real.

—Tú no eres una viejecita. Moriste como una viejecita, es cierto, pero tú alma y la mía son jóvenes. Nos queda mucho por aprender, muchas experiencias por vivir.

—En eso tienes razón, pero no todo es tan fácil.

—¿A qué te refieres?

—A que en cuanto nos reencarnemos, nuestros recuerdos se borrarán para poder acumular experiencias nuevas.

—A pesar de eso cada vez que muramos nos recordaremos.

En eso tengo que darle la razón.

—Además, quién sabe —continúa—, quizás nos volveremos a encontrar en otra vida futura, y no creo que pueda separarnos nadie entonces.

—Y estaremos juntos tú y yo para vivir nuestra vida.

—Una vida normal. Una vida donde podamos hacer cosas normales. Crear una familia, salir con los amigos...

—Una vida juntos, por fin.

Nos cogemos de la mano (o mejor dicho, juntamos nuestras esencias con las manos) y andamos hasta que la luz nos traga. Lo último que pienso es: ¿y por qué no?